

“Pastores en la pandemia”

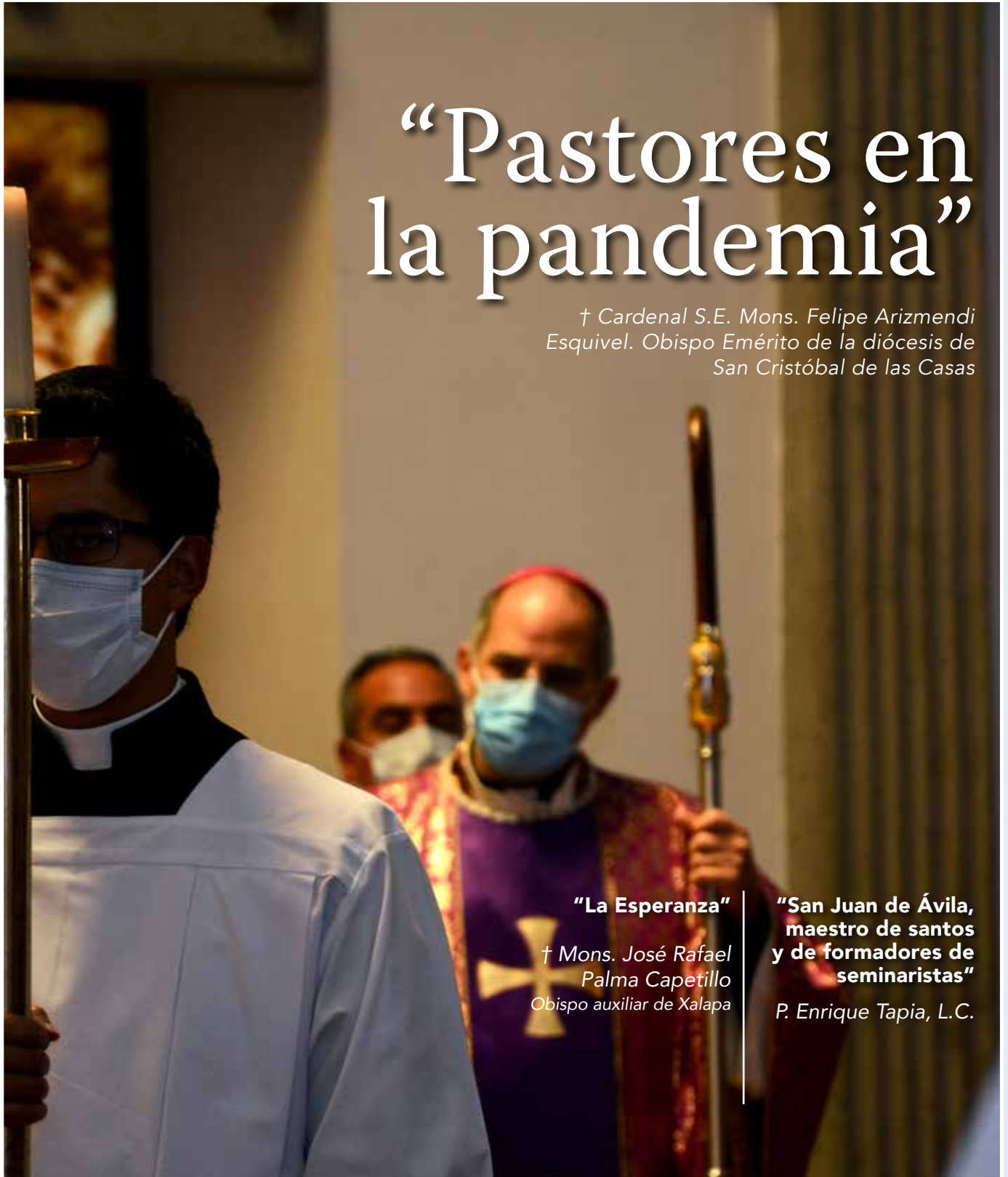
† Cardenal S.E. Mons. Felipe Arizmendi Esquivel. Obispo Emérito de la diócesis de San Cristóbal de las Casas

“La Esperanza”

† Mons. José Rafael Palma Capetillo
Obispo auxiliar de Xalapa

“San Juan de Ávila, maestro de santos y de formadores de seminaristas”

P. Enrique Tapia, L.C.





P. Alfonso López Muñoz, L.C.
Director Editorial Revista
SACERDOS

Estimados hermanos en el sacerdocio:

Reciban un cordial saludo en El Señor, esperando y pidiendo a Dios se encuentren bien, en medio de esta situación tan complicada como dolorosa de la pandemia que ha devastado a nuestro país y al mundo entero; quienes trabajamos en el Centro Sacerdotal Logos, tanto en la oficina central como en las direcciones locales en las diócesis de México y en diversos países de Centroamérica, les enviamos un abrazo solidario para ustedes y les aseguramos nuestras oraciones por sus fieles, de manera especial por los enfermos de Covid-19 y por quienes han fallecidos a causa de éste.

Sin duda, esta prueba por la que estamos pasando todos los humanos de alguna marca nuestra existencia diaria, razón por la cual en la presente edición de nuestra revista varios de los artículos abordan el tema de una u otra manera y desde diversos ángulos; sin embargo, la vida y nuestra misión sigue adelante, por lo que no dejamos de incluir algunos otros temas que tiene que ver con las diversas áreas de nuestro ser y quehacer como sacerdotes y de nuestra formación integral permanente.

En la dimensión humana, se incluyen tres artículos. El primero consiste en la presentación e introducción de un libro que versa sobre la sabiduría sacerdotal de san Juan de Ávila, centrándose sobre todo en el argumento concreto del "discernimiento vocacional", dentro del amplio tema del sacerdocio, hoy por hoy tan necesario, sobre todo ateniéndonos a cuanto el sacerdocio ha sufrido en los últimos años, de manera especial con respecto a las desorientaciones en el campo psicosexual, y muy en concreto en relación a la pederastia por parte de clérigos y personas consagradas. Un segundo artículo aborda el tema de la formación humana desde los tópicos de la fuerza de voluntad y de la perseverancia. Y dentro del sub-apartado del aspecto comunitario de esta dimensión, un trabajo más habla precisamente de la necesaria y fundamental "fraternidad sacerdotal".

Por lo que respecta a la dimensión espiritual, también ofrecemos tres artículos, el primero de los cuales nos invita a escuchar a Dios, a estar atentos a percibir qué es lo que Él nos quiere decir en y por medio de esta pandemia que nos asola en estos tiempos, por lo que, en un segundo trabajo se habla de la virtud teologal de la esperanza, tan necesaria a todos nosotros en estos momentos de la historia, de la historia del mundo, de la historia de nuestro país, de la historia de nuestras comunidades, como también de nuestra historia personal. Por último, en este año consagrado a san José, patrono protector de la Iglesia universal, y especialmente de los seminaristas y sacerdotes, el último artículo en este apartado nos habla precisamente de san José como "padre de Jesús y de los sacerdotes".

En el campo de la dimensión intelectual, se presentan también tres artículos: la segunda parte del artículo sobre la excelsitud del sacerdocio ministerial: "la dignidad sacerdotal", según el documento homónimo del Papa Silvestre II. Asimismo, incluimos "algunas reflexiones filosóficas y teológicas" como ampliación del tema del matrimonio y la familia en relación con "los derechos humanos según el pensamiento de san Juan Pablo II" que abordara un artículo anterior. Y el tercer trabajo, que es de gran actualidad por lo que este año y los próximos estamos celebrando y por celebrar en México, consiste en una reflexión, breve pero rica en contenido, sobre los "500 años del nacimiento de México".

EDITORIAL

En el rubro de la dimensión pastoral, presentamos en primer lugar una reflexión profunda sobre nosotros como “pastores en la pandemia”, la segunda parte del trabajo sobre “la renovación y la conversión de la parroquia y del párroco”, y, finalmente, un escrito sobre nuestra cercanía, siempre como pastores de almas, ante el misterio de la enfermedad y de la muerte, el cual lleva como título: “En la línea entre la vida y la muerte”.

Como artículo de actualidad, compartimos una reflexión sobre qué hacer ante el hecho doloroso de que, desgraciadamente, todos nosotros “hemos perdido a seres queridos en la pandemia”. Como testimonio les compartimos un breve artículo, pero denso en humanidad y cristianismo auténtico, sobre un padre de familia que se prepara a la muerte debido a una enfermedad terminal que padece: “Un católico escribe a sus hijos”.

Por último, dada su importancia para todos nosotros como por su oportunidad en estos momentos graves y decisivos que vivimos en México en todos los ámbitos, social, cultural y político, así como religioso, nos permitimos incluir el documento reciente de la Conferencia del Episcopado Mexicano –: “Unidos por el bien común. Mensaje de los obispos con motivo de diversos proyectos de reforma constitucional y legal en México”, con fecha del 11 de marzo de 2021 y firmado por su presidente, Su Excelencia Mons. Rogelio Cabrera López, Arzobispo de Monterrey, así como del secretario de la misma, Su Excelencia Mons. Alfonso G. Miranda Guardiola. Sin duda hemos de respaldar a los Sres. Obispos y debemos sumarnos por medio de nuestra acción pastoral, con la cual podemos contribuir a que nuestros fieles, y en general todo el pueblo de México, tome conciencia de la suprema gravedad del momento presente para nuestro país, momento en el que están en riesgo los más mínimos derechos naturales fundamentales de la persona humana ante la plaga homicida del aborto y del atentando contra el matrimonio natural –mismo que sólo es posible entre un hombre y una mujer, seres complementarios, única capaz de dar vida de forma verdaderamente humana- y contra la dignidad de la persona humana desde su concepción –por medio de la procreación respetuosa de la dignidad humana- hasta su muerte natural –ahora que también se quiere introducir el mal terrible de la eutanasia, envuelto en una falso concepto de ‘compasión’-, así como a través del asalto a la tutela de los padres de familia. Como éstos y otros, son los males que hoy se quieren proponer a nuestro pueblo como si fueran valores y “derechos” de las personas, cuando no son sino antivalores y la destrucción de la persona humana en su misma raíz y cimiento. Por lo demás, detrás de todo ello también se fragua un ataque frontal y despiadado contra la libertad religiosa en México y contra el derecho sagrado de la objeción de conciencia. Por eso hemos de orar y trabajar por México, invitando a todos los fieles y a todas las personas de buena voluntad a pedir por nuestro país y a defender sus valores y derechos más sagrados y elementales.

Con un cordial saludo y la seguridad de nuestras oraciones por todos ustedes, así como agradeciéndoles toda su entrega a Cristo, a Su Iglesia y a las almas, nos suscribimos de ustedes, sus atentos y seguros servidores en El Señor,

P. Alfonso López Muñoz, L.C.
Centro Sacerdotal Logos

ÍNDICE



DIMENSIÓN HUMANA

"San Juan de Ávila, maestro de santos y de formadores de seminaristas" 9
P. Enrique Tapia, L.C.

"Personalidades vigorosas" 17
P. Javier Jaramillo Cardona



ASPECTO COMUNITARIO

"La hermandad – fraternidad sacerdotal" 19
P. Fredirick Gandiny del Valle Cano



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

"¿Qué nos dice Dios en la pandemia por el COVID-19?" 26
† Cardenal S.E. Mons. Felipe Arizmendi Esquivel

"La Esperanza" 40
† Mons. José Rafael Palma Capetillo

"San José, padre de Jesús, y de los sacerdotes" 44
P. Félix Castro Morales



DIMENSIÓN INTELECTUAL

"De dignitate sacerdotali. Traducción y comentario" (Parte II) 48
P. Florián Rodero, L.C.

"El matrimonio y la familia en relación con los derechos humanos según san Juan Pablo II. Algunas reflexiones sobre la filosofía y la teología católicas" (Parte II) 65
P. Alfonso López Muñoz, L.C.

**Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.*

ÍNDICE

- "500 años del nacimiento de México"** 82
P. Alfonso López Muñoz, L.C.



DIMENSIÓN PASTORAL

- "Pastores en la pandemia"** 88
† Cardenal S.E. Mons. Felipe Arizmendi Esquivel

- "La renovación y conversión de la parroquia y del párroco" (Parte II)** 101
P. Antonio Rivero, L.C.

- "En la línea entre la vida y la muerte"** 108
P. Daniel Valdez García



ACTUALIDAD

- "Hemos perdido a seres queridos en la pandemia: ¿qué hacer?"** 112
P. Antonio Rivero, L.C.

- "Unidos por el bien común"** 123
Mensaje de los obispos con motivo de diversos proyectos de reforma constitucional y legal en México



TESTIMONIO

- "Un católico escribe a sus hijos"** 125
P. Fernando Pascual, L.C.

**Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.*

Director responsable: P. Alfonso López Muñoz, L.C.

Consejo editorial: †S.E. Mons. Rogelio Cabrera López./ Arzobispo de Mty. / Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano, †S.E. Mons. Jaime Calderón Calderón / Obispo de Tapachula, †S.E. Mons. José Rafael Palma Capetillo/ Obispo Auxiliar de Xalapa, S.E.R. Mons. Carlos Enrique Samaniego López, Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de México P. Ignacio Andereggen, P. Salvador Valadez Fuentes, P. Jaime Rivas, P. Octavio Pérez Ramírez, P. Eduardo Muñoz, P. Marcelino Monroy, P. Javier Jaramillo, P. Eduardo Godínez, PP. Fernando Pascual, Antonio Rivero y Alex Yeoung, LL.CC.

Coordinación gráfica: Lic. Hugo Toro Monjaraz

Coordinación Editorial: En Sacerdos velamos porque todo cuanto se escribe en nuestra revista refleje en todo momento la doctrina de la Iglesia Católica sobre cada uno de los temas tratados; sin embargo, la responsabilidad del pensamiento y de las ideas en concreto de cada artículo competen a su respectivo autor.



Si lo que buscas es un espacio de silencio, oración y reflexión, estos son tus:

Ejercicios Espirituales

Para sacerdotes



"Sacerdote: Imita lo que tratas"

FECHA:
11-15 de octubre 2021

Impartidos por: P. Roberto González, L.C.
Centro de Retiro Santa María de la Cascada en Amecameca

Costo: \$3,500.00 en habitación individual.
Registro: 13:00 hrs. del lunes

Llevar Estola, Alba, Liturgia de las horas y Biblia. Los Ejercicios concluyen hasta después de la comida del viernes

PROGRAMAS NACIONALES
www.centrologos.org




P. Roberto González, L.C.

- Nacido el 24 de Agosto de 1940 en Guadalejara
- Licenciado en Filosofía y en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma
- Doctor en Teología Moral y Bioética por la Universidad Reina de los Apóstoles de Roma
- Profesor de Teología Moral General y Especial y de Bioética en la Facultad de Teología y de Bioética de la Universidad Reina de los Apóstoles de Roma
- Profesor de Bioética por 4 años en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Nepi en Viterbo, Italia
- Párroco de la Iglesia de Sta. María Goretti y de San Francisco de Asís en la Diócesis suburbicaria de Porto Santa Rufina por 14 años
- Responsable del Archivo del Dicasterio de los Obispos en la Ciudad del Vaticano por 16 años bajo la Prefectura de los Cardenales Gaetano Confalonieri, Sebastiano Baggio y Bernardin Gantin



CONTACTO:
Gabriela Sordo | Asistente General y Coordinadora de Programas Nacionales
logos@caesc.com | Teles. 55 55 20 54 11/5585
Celular 5517298670

Síguenos:
f Centro Sacerdotal Logos

Acueducto Río Hondo 218,
Lomas de Virreyes C.P. 11000, CdMx.
www.centrologos.org



FECHAS POR CONFIRMAR

Del Lunes 28 de junio al 26 de julio 2021

Curso para Formadores de Seminario en el verano

• PROGRAMAS INTERNACIONALES
www.centrologos.org

LOGOS
CENTRO SACRADO

CONTACTO:
Adriana Bellon | Coordinadora de Programas Internacionales
logosinter@redmision.org | Celular 5528605693



San Juan de Ávila, maestro de santos y de formadores de seminaristas.



P. Enrique Tapia, L.C.

Doctor en Teología Espiritual

Licenciado en Filosofía

Rector del Pontificio Colegio Internacional

Maria Mater Ecclesia (Roma)

Introducción

El 27 de enero de 2021, en el Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum* de Roma, tuvo lugar la presentación del libro *Discernimiento vocacional. Claves para el acompañamiento según San Juan de Ávila*. Hicieron la presentación S.E. Mons. Jorge Carlos Patrón Wong, Secretario para los Seminarios de la Congregación para el Clero, y Mons. Juan Esquerda Bifet, profesor emérito de la Pontificia Universidad Urbaniana de Roma, profundo conocedor de San Juan de Ávila y de la espiritualidad sacerdotal.

El Maestro Ávila fue un sacerdote diocesano del siglo de oro español, santo y "maestro de santos", a quien Benedicto XVI declaró Doctor de la Iglesia universal en el año 2012, por el valor eminente de su enseñanza teológica y espiritual.

Divido este artículo en cuatro partes:

- Comenzamos con una brevísima biografía de Juan de Ávila, pues probablemente algunos lectores no conozcan apenas datos de su vida y de su maravillosa obra evangelizadora. Esto nos hará ponderar el valor de la sabiduría de este sacerdote, "el hombre más consultado de toda España" según el historiador Marcelino Menéndez Pelayo y su segundo biógrafo, el

licenciado Luis Muñoz.

- Después, nos podemos preguntar: ¿por qué escribir un libro sobre el discernimiento vocacional según un autor que murió hace 450 años?
- En tercer lugar, presento una síntesis del libro, destacando las enseñanzas que este doctor de la Iglesia puede dar a quienes vivimos en el siglo XXI, en vistas a poder realizar una buena selección de las vocaciones según lo que el Concilio Vaticano II y los últimos Santos Padres han pedido a la Iglesia.
- Finalmente, expongo los contenidos de las ponencias de Mons. Patrón Wong y de Mons. Esquerda Bifet el 27 de enero de 2021 en Roma.

1. Vida de Juan de Ávila

Joannes (así firmaba él) de Ávila nació el 6 de enero de 1499 ó 1500 (no hay certeza sobre el año¹), en Almodóvar del Campo, actual provincia de Ciudad Real, España. Su padre, Alonso de Ávila, parece que era de ascendencia hebrea, cristiano nuevo, como se les llamaba entonces. Su madre, Catalina Xixón (o Xixona), era una mujer muy piadosa. El Proceso de Beatificación

¹ En la última edición crítica de sus obras completas, el estudio biográfico tiene por más probable la fecha de 1499 (cf. *Obras completas I*, B.A.C., Madrid 2007, 18).



DIMENSIÓN HUMANA



de Almodóvar, cuyo manuscrito se encuentra en el Archivo Secreto Vaticano, narra que Catalina fue descalza durante trece días a una ermita dedicada a Santa Brígida pidiendo al Señor un hijo para su santo servicio. Sus padres peregrinaron también alguna vez para venerar la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. Cuando Juan se ordenó sacerdote, ambos ya habían fallecido.

Juan contaba 14 años -escribe su biógrafo Fr. Luis de Granada-, cuando su padre lo envió a estudiar Leyes a la prestigiosa universidad de Salamanca. Estudió en la ciudad del Tormes desde 1513 hasta 1517. Pero el Señor le hizo "merced de llamarle con un muy particular llamamiento y, dejado el estudio de las leyes, volvió a casa de sus padres" -narra Fr. Luis-. Algo pasó en su interior y Ávila decidió llevar una vida de retiro y oración en su pueblo natal. En 1520, animado por un franciscano que veía en él una posible vocación sacerdotal, fue a la universidad de Alcalá de Henares (Madrid) donde estudió Artes y Teología (1520-1526). En esta universidad también estudió Ignacio de Loyola, quien llegó a Alcalá en la primavera de 1526. No parece que ambos coincidieran en la universidad, ni que llegaran a conocerse personalmente en vida, pero andando el tiempo se tendrán una grandísima estima mutua por sus obras evangelizadoras.

Ordenado sacerdote probablemente en 1526, Juan celebró su primera misa en Almodóvar del Campo "por honrar los huesos de sus padres"; en lugar de banquetes y fiestas, dio de comer a doce pobres y los sirvió a la mesa. Ese mismo año se trasladó a Sevilla

con la intención de zarpar para las Indias, la recién descubierta América; quería aprovechar la ida del dominico Fr. Julián Garcés, primer obispo de la Tlaxcala y de la Nueva España. Pero el arzobispo de Sevilla, don Alonso Manrique, viendo en él un clérigo ejemplar, le mandó que se quedase en la capital andaluza. Juan inició entonces su ministerio y predicación por los pueblos del arzobispado. Vive pobremente, cuando él predica se pueblan las iglesias; es humilde, paciente y celoso del bien de los prójimos: organiza colectas para ayudar a los necesitados y sostener a los clérigos estudiantes.

En 1531 fue acusado ante la Inquisición sevillana de proposiciones sospechosas de no ser conformes con la fe cristiana. En esos años las acusaciones ante la Inquisición estaban a la orden del día. Tras un proceso informativo, en 1532 Juan ingresó en prisión. En la cautividad le fue dado un particular conocimiento del misterio de Cristo. Así lo expresa en una carta:

Dios quiere abrir vuestros ojos para considerar cuántas mercedes nos hace en lo que el mundo piensa que son desfavores, y cuán honrados somos en ser deshonrados por buscar la honra de Dios, y cuán alta honra nos está guardada por el abatimiento presente [...]. Aunque no sé si digo bien en llamar trabajos a los de la cruz, porque a mí me parecen que son descansos en cama florida y llena de rosas (Carta 58: Obras Completas IV, 268-269).

El 5 de julio de 1533, la sentencia le absolvió de la instancia del juicio, pero le ordenaron moderarse en el hablar. En cuanto recobró la libertad exterior, continuó su labor de predicador y pastor de almas. En 1535 fue a Córdoba, diócesis en la que se le asignó el beneficio eclesiástico de Santaella y a la que desde entonces perteneció. Se dedicó a predicar y realizar misiones populares por toda Andalucía, Extremadura, parte de La Mancha y Sierra Morena. Predicando en Granada ayudó a Juan Cidade (futuro San Juan de Dios, fundador de la Orden Hospitalaria) a cambiar de vida (1537); se conservan hermosas cartas de dirección espiritual entre ambos. Fundó colegios, residencias clericales y colaboró en la organización de la universidad de Baeza. Atendía espiritualmente a muchas personas: clérigos, religiosos,



DIMENSIÓN HUMANA

monjas y seglares.

Influyó también en el cambio de vida de Francisco de Borja (1539), futuro Prepósito General de la Compañía de Jesús. En 1546, el P. Cristóbal de Mendoza, discípulo de Ávila, entró en la Compañía de Jesús. Fue el primer discípulo de varios que lo harían (unos 30). Ignacio de Loyola deseaba muy de veras que el mismo Maestro Ávila entrara a la Compañía de Jesús. Sin embargo, esto no llegó a suceder, aludiendo Ávila (ya en la década de 1550) su avanzada edad y su mal estado de salud.

En 1551 comenzaron sus enfermedades, que durarían hasta su muerte, 18 años después. En 1554, aquejado y doliente, se retiró a Montilla (Córdoba), donde llevó una vida de intensa oración, dedicando parte del día a escribir y a atender algunas personas. Su producción literaria de esos años fue copiosa y de gran contenido teológico y espiritual; destacamos los dos *Memoriales al Concilio de Trento* (1551 y 1561), y la carta a Santa Teresa de Jesús aprobando su autobiografía (carta 158, fechada el 12 de septiembre de 1568).

Juan de Ávila murió el 10 de mayo de 1569 en Montilla. Fue enterrado en la iglesia de la Compañía de Jesús del mismo pueblo, según fue su voluntad. Su epitafio resume su vida: *Messor eram* (fui segador). Actualmente sus restos reposan en la Basílica que lleva su nombre en Montilla.

2. ¿Por qué un libro sobre el discernimiento vocacional según un autor del siglo XVI?



Comencemos ponderando la trascendencia de la selección de las vocaciones en la vida de la Iglesia. El discernimiento vocacional es de capital importancia por dos motivos principales:

- Primero: por el bien de las personas. El discernimiento vocacional consiste en la acción, o mejor dicho, el proceso que lleva a distinguir si Dios llama a un fiel laico a la vida consagrada o al ministerio ordenado. Acertar en esto es de suma importancia pues la plena felicidad y realización de un cristiano está en el cumplimiento amoroso de la Voluntad de Dios y, por tanto, en el estado de vida al que el Señor le llame. La experiencia nos muestra que cuando una persona no está en el lugar donde Dios la quiere, no es plenamente feliz.

- Segundo: por el bien de la Iglesia y de la comunidad. La Iglesia –nos recuerda *Lumen Gentium* 8-, siempre está necesitada de purificación. Para lograr esta renovación y purificación es necesaria una buena selección y formación de sus ministros (cf. *Optatam Totius, proemio*), pues los malos pastores causan graves daños en el rebaño del pueblo de Dios (Ez 34, 2-10). El Papa Francisco, y también sus predecesores, han insistido repetidamente en la importancia de este discernimiento vocacional, como queda de manifiesto en este libro.

Ahora bien, ¿por qué Juan de Ávila, un autor que murió hace 450 años y cuyo contexto social, cultural y eclesial es, a priori, muy diferente del nuestro?

El 7 de octubre de 2012 el Papa Benedicto XVI declaró al Maestro Ávila Doctor de la Iglesia Universal, reconociendo así que su doctrina y enseñanza son ortodoxas y de gran valor teológico. A Juan de Ávila se le ha estudiado en muchos aspectos, pero poco en relación con la selección de las vocaciones. Sin embargo, los estudiosos podrían plantear dos objeciones: por un lado, parecería que Ávila no habla mucho del discernimiento vocacional, ni siquiera usa esta expresión; por otro lado, lo que eventualmente dijera, ¿no sería algo del pasado, aplicable solamente a su contexto histórico, social y eclesial? ¿Serviría para nuestro tiempo?

Veremos que sí. Es más, nos daremos cuenta de que la enseñanza del Maestro Ávila sobre la selección de las vocaciones responde a muchas peticiones del Concilio Vaticano II y de los últimos Papas, desde San



Juan Pablo II hasta Francisco.

El siglo XX y los inicios del XXI han supuesto un redescubrimiento de esta gran figura no digo de la Iglesia, sino de la humanidad, sobre todo tras su canonización en 1970 y su declaración como Doctor de la Iglesia. Con todo, Juan de Ávila es todavía un autor por descubrir para la mayoría de los cristianos, sacerdotes y teólogos. Quizás este artículo y el libro del que se habla ayuden a vislumbrar las riquezas que sus enseñanzas y espiritualidad contienen para nuestra vida.

3. Síntesis del libro

Esta obra consta de tres partes:

3.1. En la primera parte nos acercamos al tema del discernimiento vocacional desde dos enfoques complementarios: el lenguaje y la historia. Esta parte se divide a su vez en tres secciones:

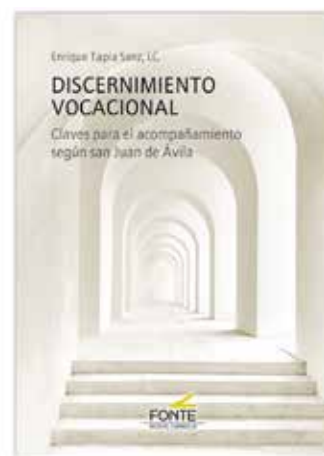
A. Partiendo de un estudio etimológico y teológico de los términos «discernir» y «vocación», llegamos a definir el discernimiento vocacional como la acción y el efecto de distinguir si Dios llama a un fiel laico a la vida consagrada o al ministerio ordenado. Se trata por tanto de un proceso, de los que habla el Papa Francisco en *Evangelii Gaudium* (n. 169-173). Y dado que la vocación tiene un aspecto objetivo y otro subjetivo, podemos hablar de un doble discernimiento: el personal (o subjetivo) y el institucional (u objetivo). En palabras de San Juan Pablo II, la historia de toda vocación «es la historia de un inefable diálogo entre Dios y el hombre, entre el amor de Dios que llama y la libertad del hombre que responde a Dios en el amor. Estos dos aspectos [son] inseparables de la vocación, el don gratuito de Dios y la libertad responsable del hombre» (*Pastores dabó vobis*, 36).

B. Después, recorreremos la historia cristiana de este concepto (discernimiento vocacional) desde la Sagrada Escritura hasta nuestros días. Constatamos que en la Biblia no aparece la expresión discernimiento vocacional; sin embargo, sí se habla de discernir (principalmente en el Nuevo Testamento) y el concepto de vocación está presente desde la misma creación, sobre todo en la narración de la llamada de varios

personajes bíblicos (Abraham, Moisés, Isaías, Jeremías, los apóstoles, María la Madre de Jesús, etc.). Los grandes autores espirituales del siglo XVI español (Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola, Juan de la Cruz, Juan de Ávila) tampoco usan esta expresión; más bien, hablan de “discreción de espíritus”, de “elección de estado”, de “selección” de los candidatos al sacerdocio. De hecho, la expresión “discernimiento vocacional” solamente en las últimas décadas del segundo milenio se ha ido haciendo de uso común.

En los Hechos de los Apóstoles, en las cartas de San Pablo, en documentos de sínodos, concilios y Santos Padres, hasta nuestros días, hemos comprobado que la Iglesia exige algunas cualidades a quien quiere seguir más de cerca al Señor, y exige asimismo que sea una elección libre. “La libertad es esencial para la vocación” (*Pastores dabó vobis*, 36). A lo largo de los siglos la Iglesia ha insistido también en que se haga una buena selección de los candidatos al sacerdocio o a la vida consagrada. Dios llama a algunas personas a seguirlo más de cerca, pero no a todas ni a la mayoría. Se impone una delicada selección. San Juan de Ávila se lo dijo a Diego Laínez, Prepósito General de la Compañía de Jesús, con estas palabras: “Deseo que la gente de esta santa Congregación no fuese mucha. No porque esté el bien en ser pocos, sino porque está en ser buenos, y de lo bueno suele haber poco” (carta 191: *Obras Completas* IV, 639).

C. Esta primera parte concluye intentando presentar de manera clara y sencilla los elementos fundamentales a la hora de discernir una vocación,





DIMENSIÓN HUMANA

cuándo se debe hacer este discernimiento y quiénes son los responsables de hacerlo.

3.2. Titulada “Práctica y doctrina del discernimiento vocacional en San Juan de Ávila”, la segunda parte del libro se articula de la siguiente manera:

A. Tras una breve biografía de Juan de Ávila, presentamos la dramática situación de la vida sacerdotal y religiosa en la España del siglo XVI. El estado clerical se presentaba sumamente atractivo para quien quisiera vivir cómodamente y disfrutar de toda clase de beneficios. Con bella expresión lingüística, Ávila escribe: “Quienquiera que quiere, con un breve de Roma es brevemente ordenado, para mal suyo, y de quien lo ordenó, y de toda la Iglesia, por lo cual estamos como estamos” (*Memorial primero al Concilio de Trento*, n. 6: *Obras Completas II*, 488).

B. Analizamos después cómo practicaba el discernimiento espiritual el Maestro Ávila, tanto en su propia vida como en la de otras personas.

C. Finalmente, presentamos su doctrina sobre el discernimiento vocacional. A modo de resumen, podemos sintetizar así su enseñanza:

- Ávila no usa los términos «discernimiento vocacional»; más bien habla de llegar a conocer la voluntad de Dios sobre algo particular, y de la necesaria selección que hay que hacer de quien aspira al presbiterado o a consagrarse al Señor.
- Para él la vocación es una llamada divina desde toda la eternidad. A quien Dios llama le da unas cualidades humanas, intelectuales y espirituales (reconocibles externamente) que lo hacen idóneo para esa vocación. Hoy esto nos puede parecer obvio, pero en la época de nuestro autor aún no se encontraba esta doctrina en los índices de teología ascética.
- El Apóstol de Andalucía habla también de la rectitud de intención y de la debida libertad que se necesitan para iniciar un camino vocacional, así como de la mediación y llamada eclesial que corroboran que existe un llamamiento divino.
- La concepción avilista de la vocación es tan

elevada que pide estar muy seguros antes de asumir un compromiso definitivo. Entre otras frases del Maestro en este sentido, sirva ésta como botón de muestra: “Tómese lo más cierto y déjese lo más dudoso, que así se suele hacer en los negocios de mucha importancia” (*Memorial primero al Concilio de Trento*, 18: *Obras Completas II*, 496).

3.3. En la parte final, buscamos aplicar la sabiduría humana y sobrenatural de este doctor de la Iglesia a la importante labor de seleccionar los candidatos al sacerdocio o a la vida consagrada en el siglo XXI. Consideramos que la enseñanza de San Juan de Ávila:

A. Puede resultarnos particularmente útil en los siguientes aspectos:

- En la dimensión espiritual, haciendo valorar más de lo que se suele hacer la altísima dignidad que supone la vocación al sacerdocio y a la vida consagrada. Dice Ávila: “Entre todas las obras que la divina Majestad obra en la Iglesia por ministerio de los hombres, la que tiene el primado de excelencia y obligación de mayor agradecimiento y estima, el oficio sacerdotal es” (*Tratado sobre el sacerdocio*, 1; *Obras Completas I*, 907). Dos aspectos importantes de la idoneidad espiritual del candidato son la capacidad y el don de oración, por un lado, y la auténtica caridad pastoral, por otro. Tanto Mons. Patrón Wong como Mons. Esquerda Bifet destacaron esto en sus ponencias, como veremos más adelante.



- En la dimensión humana, Ávila destaca la necesidad de que el candidato sea una persona madura. Para procurar esto, no han de ingresar a los seminarios mayores o noviciados personas con poca edad (en el libro concretamos de qué edad estamos hablando). Después, tendrán que pasar largos años de oración, reflexión, deliberación y experiencia antes de asumir los compromisos definitivos del presbiterado o de la vida religiosa. El Maestro Ávila sugiere que no se ordenen presbíteros antes de los 30 años, idea retomada por algunos autores en el siglo XX y considerada por el Concilio Vaticano II (cf. *Optatam Totius*, 12), dejando a la decisión de los obispos la posibilidad de aplazar la recepción de las órdenes sagradas.

B. Responde a numerosas peticiones y sugerencias del Concilio Vaticano II y de San Juan Pablo II en *Pastores dabo Vobis*, como son:

- El deber de conocer la naturaleza y misión del ministerio sacerdotal para poder discernir bien la vocación (cf. PDV 11).
- La necesidad de comprobar la recta intención, libertad e idoneidad de los candidatos, procediendo en esto con firmeza (cf. OT 6). Ávila en esto se mostró muy firme y exigente, como se puede ver en sus dos Memoriales al Concilio de Trento.
- La importancia de cultivar y comprobar la madurez humana, afectiva y psicológica en los candidatos (cf. OT 11; *Perfectae Caritatis*, 12).



- El saber descubrir el llamado de Dios a través de las cosas ordinarias (cf. *Presbyterorum Ordinis*, 11). A este respecto, decía el Maestro Ávila que los que han de ser elegidos para formarse en los colegios sacerdotales han de ser hombres buenos, virtuosos, “y de esa manera vendrán llamados, no injeridos, y entrarán por la puerta de obediencia y llamamiento de Dios, por donde entran sus ministros en el santuario, sin que ellos se metan con desvergüenza y soberbia. Y éste es el camino más cierto y seguro que la prudencia humana puede hallar, pues que no hemos de pedir revelación particular de Dios, ni tampoco echar suertes” (*Memorial primero al Concilio de Trento*, 17: *Obras Completas II*, 495).

4. Ponencias de Mons. Jorge Carlos Patrón Wong y de Mons. Juan Esquerda Bifet

El Secretario de la Congregación para el Clero, Mons. Jorge C. Patrón Wong, comenzó explicando que el discernimiento vocacional no se refiere a un único momento o algunos momentos en la vida, sino que la experiencia de discernimiento abarca un horizonte más amplio y ambicioso, que es la formación de la conciencia cristiana. Citando el n. 281 de la Exhortación Apostólica *Christus vivit*, dijo que “formar la conciencia es camino de toda una vida, en el que se aprende a nutrir los sentimientos propios de Jesucristo, asumiendo los criterios de sus decisiones y las intenciones de su manera de obrar”. En este contexto se encuadra el presente libro.

El Papa Francisco -añadió- habla de dos miradas de Cristo: una dirigida a Dios Padre y otra dirigida a los hombres. Esas dos miradas son las que permiten que un hombre o una mujer se vayan configurando con Cristo. De hecho, este es el objeto del discernimiento constante: irse configurando con Cristo, con esas dos miradas al Padre y a los hermanos.

Un futuro presbítero ha de ser capaz de interpretar su propia vida -primer ámbito del discernimiento- y la realidad del mundo que le rodea, conforme a Dios y a sus designios, teniendo como referencia el Evangelio y a Jesucristo (cf. RFIS 43).

Otro ámbito de discernimiento importante, continuó diciendo Mons. Patrón, es la otra mirada de Jesús, hacia los hermanos, pues todo discernimiento vocacional ha de hacerse en clave misionera. Citando al Papa Francisco, dijo que un cristiano es misión, es misionero. Esta concepción de la vida cristiana nos libera de cualquier auto-referencialidad, lejos del culto a la propia personalidad.

Monseñor Jorge planteó entonces la pregunta sobre cuál es la misión esencial de un sacerdote o de una persona consagrada. Y respondió con las palabras del Maestro Ávila: la caridad para con todos y la caridad en la oración, haciendo amistades entre Dios y los hombres (cf. Sermón 10, 10).

Por otra parte -continuó-, el discernimiento vocacional no depende solamente de quien es llamado. La vocación debe ser confirmada, y aquí entra la mirada de la Iglesia. Es misión de la Iglesia cuidar el nacimiento, el crecimiento, el acompañamiento de todas las vocaciones, especialmente la vocación al sacerdocio y a la vida consagrada. La Iglesia ha de cerciorarse de la idoneidad de los candidatos y es aquí donde San Juan de Ávila de una manera genial -dijo Monseñor- exhorta a verificar la madurez humana de un candidato, con un ejemplo que hace ver que no cualquier persona puede tener las cualidades para ser sacerdote:

Un hombre, con cuatro o cinco arrobas de peso, anda encorvado. ¿Qué haría si le echaran encima una casa entera? ¿Qué si un pueblo entero? ¿Qué si grandes ciudades? ¿Qué si un reino? Pues, si todo el mundo estuviese encima de él, ¿tendría fuerzas para saltar?, ¿tendría gana de reír? ¿No le apesgaría tanto aquel peso que, para poderle llevar, procuraría aliviarse de todos los otros, y pediría a sus vecinos que le ayudasen, y a Dios con lágrimas que le socorriese? Pues, cuando nosotros entendamos que está sobre nuestros hombros la carga de nuestros pecados, bastantísima para hacernos gemir, y la de nuestro pueblo, y, según san Basilio dijo, la de todo el mundo, entonces comenzaremos a sentir qué cosa es ser sacerdote (Plática segunda a sacerdotes, 20: Obras Completas I, 811).

En este sentido, el libro que presenta el P.



Enrique Tapia -siguió diciendo Mons. Patrón-, viene a renovar y actualizar la riqueza de San Juan de Ávila en contextos eclesiales, lingüísticos, pedagógicos muy nuestros, y esta obra nos hace reflexionar sobre la importancia de verificar la intención de quien se acerca a las órdenes sagradas. Hay que verificar que existe un llamado divino y, durante el tiempo que sea necesario, hay que analizar la idoneidad, la rectitud de intención y la libertad de la persona candidata al sacerdocio o a la vida consagrada.

Finalmente, el secretario de la Congregación para el Clero puso a san José como ejemplo de cómo responder al Señor con fe, confianza, generosidad y mucha valentía.

Por su parte, Mons. Juan Esquerda Bifet centró su ponencia en la figura del Maestro Ávila en relación con el libro presentado. El mérito de este libro -dijo- es la claridad con que presenta el tema en San Juan de Ávila y cómo lo aplica con una propuesta concreta para nuestros días.

Juan de Ávila escribió centenares de cartas a jóvenes, sacerdotes, laicos, religiosas, gobernantes, enfermos, personajes famosos como San Juan de Ribera, Fray Luis de Granada, y a cada persona la iba guiando hacia la santidad. Algunas cartas responden a la pregunta sobre la vocación sacerdotal, a algunos les dice que sí, a otros les dice que no.

Cuando en el siglo XVI alguno se quería ordenar sacerdote -dijo Mons. Esquerda, citando al Maestro



DIMENSIÓN HUMANA



Ávila- les examinaban de algunos cuántos cánones. Pero, ¿de qué les va a examinar Dios? De la caridad.

Monseñor hizo un recorrido por algunos de los escritos del Apóstol de Andalucía (pláticas a sacerdotes, *Audi Filia*, los dos *Memoriales al Concilio de Trento*). En éstos últimos, Ávila explica que para reformar y renovar la Iglesia hay que comenzar reformando a los obispos, sacerdotes, religiosos y laicos.

En aquella época, la mayoría de los que se ordenaban sacerdotes no estaban preparados. No había seminarios para la formación del clero. Ávila explica esto en los *Memoriales* y dice que la solución es formar seminarios, y que el obispo tome las riendas del mismo, estando cercano en la labor de formación y, sobre todo, dando ejemplo de una vida al estilo de los apóstoles.

J. Ratzinger, antes de ser Benedicto XVI, dijo que los protestantes del siglo XVI no aceptaron el sacerdocio católico porque veían que los que se llamaban sucesores de los apóstoles no vivían como los apóstoles, y por eso concluyeron que no hacía falta el sacerdocio ministerial. Con el fin de reformar el clero, el Concilio de Trento decretó la formación de seminarios, y esto se debe en gran parte -dijo Mons. Esquerda Bifet- a San Juan de Ávila.

El libro del P. Enrique nos puede ayudar, pues toma una figura histórica de gran envergadura teológica y va actualizando lo que Ávila dijo y vivió en aquella época tan difícil, concluyó el profesor emérito de la Universidad Urbaniana, e invitó a los sacerdotes y personas consagradas a formar un corazón de padre y

de esposo, como lo tuvo San José.

Conclusión

Juan de Ávila vivió "tiempos recios", como los llamaba Santa Teresa de Jesús. Hombre santo y de consejo, de oración y de acción, gran contemplativo y gran emprendedor, su aportación a la reforma de la Iglesia es notable. Pablo VI lo canonizó en 1970. Benedicto XVI lo nombró Doctor de la Iglesia. El Papa Francisco, este año, ha inscrito la celebración de su memoria litúrgica en el Calendario Romano General. Y si en algo destacó el Maestro Ávila fue en su espiritualidad y escuela sacerdotal, y en el don del Espíritu para discernir los caminos de Dios en la vida de las personas.

El acercamiento a su vida y a sus obras puede enseñar mucho a quienes hoy tenemos en la Iglesia la delicada labor de colaborar con la gracia de Dios en el discernimiento de las vocaciones y en la formación de los candidatos al sacerdocio y a la vida consagrada. Verificar la idoneidad, la rectitud de intención y la libertad de las personas es, a veces, difícil, pero sumamente importante y necesario, pues, como dijo Ávila, "no hemos de pedir revelación particular de Dios, ni tampoco echar suertes".



Personalidades vigorosas



P. Francisco Javier Jaramillo Cardona

Maestro en Teología Bíblica y Espiritualidad
Párroco en Nuestra Señora del Carmen
Arquidiócesis de México

Los superhéroes de hoy están haciéndonos un daño terrible. Muchos de ellos manifiestan ciertas fortalezas que impresionan a chicos y grandes. Pero el origen de esas facultades con las que realizan misiones sorprendentes no vienen del entrenamiento cotidiano y monótono, que es el secreto de las grandes personalidades que siempre hemos admirado. Terminamos creyendo que nos convertiremos en lo que ellos son por decir una palabra clave, por pulsar un botón o por chocar unos anillos. En el fondo, todos los superhéroes actuales son marionetas cuyos hilos se mueven detrás de carteleros o efectos especiales de los últimos y sofisticados aparatos.

Sea cual sea la orientación pedagógica que asumamos, si es humana, necesita de modelos o personas que hayan realizado un camino cuesta arriba para vencer las adversidades o los retos que aparecen en todos los lugares y en todos los tiempos. Nada que tenga valor se consigue fácilmente, y esto parece ser un discurso pasado de moda, pero no es así. Y no lo es porque seguimos admirando a los grandes atletas y a los músicos y cantantes exitosos, pero ninguno de ellos ha llegado donde ha llegado sin dos cosas: pasión y disciplina.

Lo que se aprende desde pequeños va a ser el estilo propio que imponemos en todo lo que llevemos a cabo, aunque sea cocinar, pintar, coser, cantar o administrar una empresa. Y lo que vemos primero es el ejemplo de personas concretas que han estado presentes en nuestras vidas. No sólo padres o madres, sino también amigos, maestros, abuelos o compañeros de clase o de trabajo. Cuando hablo de estas personas

hablo de miles de héroes anónimos que hacen posible que la vida sea buena, humana y hasta placentera. Sí, el placer más intenso es el que se experimenta cuando has alcanzado esos pequeños éxitos que nadie percibe pero que son parte de la pasión y de la disciplina de las que hablábamos.

Pasión significa inspiración, vocación y ganas de hacer las cosas. Es algo con lo que se nace, pero necesita disciplina como las dos ruedas de un tractor para labrar la tierra. Mozart, Gandhi, Octavio Paz o cualquiera de los grandes santos de nuestra iglesia como: Francisco de Asís, Teresa de Calcuta o Beato Padre Pro han sido instrumentos para que esta humanidad sea un poco menos cruel, más humana y abierta a Dios. El secreto de esos reales superhéroes es esa pasión ejercitada, entrenada a lo largo de muchos años pasando quizás hambre, persecución y hasta indiferencia de parte de las mismas instituciones, amigos o familiares como le pasó al mismo Jesús.





DIMENSIÓN HUMANA

El ser humano está hecho de tres dimensiones que en cualquier filosofía o cultura no deben faltar. Capacidad de relación con Dios, relación con las demás personas y relación con su mundo y tiempo. Son los soportes del trípode. Y en el crecimiento humano y desarrollo de la personalidad no deben faltar estas dimensiones. Hacia arriba (trascendencia), a su alrededor (relaciones humanas básicas empezando por la familia) y relación con su medio ambiente y época histórica. Todo lo que sea disminuir una de estas facetas sería deformar la formación de cada persona.

No es el momento de detenernos en el desarrollo de la capacidad de trascender, sino que nos queremos fijar en las dos dimensiones más humanas, si así las queremos llamar. Las relaciones humanas y su perfecto desarrollo son base necesaria aun para la misma religión o espiritualidad. Es la familia, y siempre lo será, la célula básica donde cada uno de nosotros vive las etapas de búsqueda de la propia identidad y donde es aceptado, o en su defecto rechazado por no ser amado. Las emociones surgen de todo ese proceso de aceptación-rechazo de parte de los padres, hermanos y demás familiares. Sólo aquellos/as que han aprendido a manejar la ansiedad por la aceptación o no de su persona son los que manejarán pacífica y afectuosamente las demás emociones que surgen en los diferentes ámbitos, también en el laboral y social.

Familias y sociedades perfectas no las hay, y en toda historia personal hay situaciones no queridas o no asimiladas que nos pedirán en cualquier momento ser manejadas con madurez. El proceso de convertirnos en personas es lento y requiere paciencia y dirección. Por eso insistimos en la necesidad de modelos y de soportes humanos para construir personalidades que dejen huella positiva en este mundo y en nuestra época. Creemos que todos necesitamos recrear nuestras experiencias para que ocupen un lugar apropiado en nuestra manera de vivir la vida.

Propongo tres cosas para la construcción de personalidades fuertes y vigorosas siguiendo a esos superhéroes reales, que muchos de ellos están vivos y podemos encontrarlos donde menos lo pensamos: primero, saber escuchar la historia de esas personas, sus luchas, sus frustraciones, sus anhelos y sus logros. Escuchar lo que Dios les ha regalado y qué han hecho



con eso ("si del cielo te caen limones aprende a hacer limonada"). Segundo: aceptar lo que ya te ha pasado, lo que has vivido, las cosas tal y como se han dado en el pasado, porque lo que tienes ahora es el presente. Aceptar no significa resignarnos o hacernos víctimas, sino conocer nuestro terreno y creer que "no se puede tallar en madera podrida", o sea, todos somos buena madera, sólo que nosotros mismos somos los artistas para construir con lo que tenemos. Y tercero: comenzar ya a hacernos planes y metas desde lo que somos hoy, para ser lo que Dios quiere que seamos. "Hoy es el primer día del inicio de nuestras vidas", es el lema de una organización que conocí hace años. Necesitamos un plan de trabajo, un proyecto de vida, pero sin olvidar las tres dimensiones: ser espirituales, ser prójimos y ser transformadores de nuestro mundo dejando huella en la historia.

De nosotros depende si queremos seguir siendo polluelos de gallina cuando en realidad nacimos para volar como las águilas.



La hermandad – fraternidad sacerdotal



P. Fredrick Gandiny del Valle Cano
Maestro de Educación primaria urbana
Diócesis de Huehuetenango
Originario de Guatemala

Querido hermano y amigo: la llamada e invitación que Dios te ha conferido para servir en estos días es sumamente grande; hay por delante una inmensa responsabilidad que abrazaste en plena libertad. La madurez humana y cristiana con que has iniciado tu ministerio te lleva ahora a ser entre nosotros padre y amigo, maestro y dispensador de las gracias que sólo Nuestro Señor confiere a quienes elige por amor. De ahí que la llamada a ser pastor ha de comprenderse como una vocación a ser padre, maestro y servidor al igual que Jesucristo, de quien eres representante.

El modelo de vida sacerdotal está forjado en el corazón de tu espiritualidad, conferida desde el día que libre y voluntariamente acogiste el ministerio de vida sacerdotal, por el cual eres llamado a vivir en comunión para implorar la misericordia del Señor por el pueblo que se te confía. Sin embargo, la imposición de manos recibida te hace copartícipe de la responsabilidad de hacer de tu persona otro Cristo que busca en todo cumplir la voluntad del Padre. En él se funda y sustenta toda la experiencia de encuentro personal con tu amigo y hermano Obispo, con quien se es discípulo para el pueblo; siervos que caminan juntos.

Es evidente que Cristo nada hacía antes sin orar; él nos orienta hacia el primer vínculo de fraternidad: la comunicación plena y profunda con Dios, en quien se une todo nuestro caminar; así lo recuerda el evangelista Marcos luego de la primera multiplicación de los panes: mandó a sus discípulos que subieran a la barca y se adelantarán a la otra orilla, en dirección a Betsaida, mientras él despedía a la gente. Cuando los despidió se fue a la montaña para orar (Mc 6, 45-46).

La fraternidad del Señor obedece a que luego de una misión bien enraizada en el amor de Dios, despidió a la gente, tratándolos como verdaderos hermanos; luego se ocupa de sus discípulos, para después entablar comunicación con aquel de quien procede todo su espíritu de auténtica comunión: el Padre. Es junto a él que, en filiación, eligió a los doce para construir una fraternidad: subió a la montaña, llamó a los que él quiso y se acercaron a él. Este es quizá el principio, querido hermano, de tu misión sacerdotal en primer grado: sentirte cercano a quienes son llamados a ser colaboradores en la predicación para que con la gracia del Espíritu Santo dé frutos en el corazón de todo hombre y toda mujer.

Cada sacerdote tiene esta experiencia: es llamado de entre el pueblo, en una comunidad determinada, para estar con el Señor, formar parte del grupo de los elegidos que servirá al pueblo y a la comunidad, siendo destinado en completa y total fraternidad y amor. Y ya que los pastores han sido formados en el camino discipular y configurados a imagen del Buen pastor, ellos son para ti, querido hermano y amigo, la comunidad de vida que no has elegido, sino que el Señor ha puesto en tus manos y sembrado en tu corazón para que en comunión den frutos de vida nueva y esa fraternidad emprendida sea grata a los ojos del Señor.

Hermanos entre el pueblo llamados a la fraternidad

El Presbítero y el Obispo son hermanos entre el pueblo, invitados a engendrar fraternidad, a consolidar la primera comunidad cristiana, entendiendo por ésta la



ASPECTO COMUNITARIO

comunidad de vida sacerdotal diocesana y eclesial, mas con un tinte particular: el de cristianos a quienes el mundo mira cómo se aman (cfr. Hch 11,26). La hermandad no es una técnica, es actitud de vida aprendida, inhalada, aspirada y asumida como opción de vida. De eso se trata la dimensión comunitaria de la espiritualidad sacerdotal.

Una vida de comunión y fraternidad enraizada en el amor permite llevar con más alegría la pobreza, la castidad y la obediencia, opciones personales que caracterizan la edificación constitutiva del verdadero espíritu del ágape fraterno en la vida sacerdotal, espíritu de auténtica comunión.

Hombres del pueblo, servidores de la comunidad

El tomar conciencia de que somos llamados de entre el pueblo y puestos para servir voluntariamente a la comunidad, anima nuestro corazón a abrazar con un espíritu siempre nuevo la condición de ser maestros de comunión, hermanos entre sí y partícipes de la comunión que Cristo Jesús, con la gracia de su Santo Espíritu, derrama sobre nosotros desde el momento en que nos elige. El primer testigo de esta comunidad de vida sacerdotal es el Obispo, que es aquel que, puesto a la cabeza, está en principio invitado a consolidar un camino de vida junto a todos los que ahora somos familia, no sólo como fieles dispensadores del evangelio según los proyectos pastorales establecidos, sino como familia sacerdotal, familia diocesana, familia de Dios que tiene como centro al enviado por parte del Padre. Como fiel representante de Cristo, Señor Obispo, eres para nosotros un hermano y amigo. Y aquellos a quienes en primer lugar has de guiar y acompañar, es decir primerear en tu labor evangelizadora, son los sacerdotes.

Consciente de esto, es decir de ser hombre de pueblo, tu responsabilidad, sobre todo desde el compromiso bautismal, no ha de olvidar la llamada a ser de verdad pueblo de Dios, familia de Cristo que llama para estar con Él. Ciertamente, querido hermano y amigo, el no ser del lugar y provenir de otras regiones con una cultura o experiencia distinta hace del encuentro en un inicio algo difícil, pero ¿qué padre inicia sabiendo? ¡Ninguno! Pero si Cristo te ha encomendado la edificación de este espíritu de vida fraterna, ha depositado ya en el interior de tu corazón lo que necesitas para obrar. Así lo recuerda San Agustín:

Señor, dame lo que me pides, y pídemelo lo que quieras. De ahí que cada hijo que nace es un hijo al que se ha de amar y aprender a conocer; y cada hijo que llega se ha de abrazar y amar con el mismo corazón, en igualdad de orientación y de corrección. De ahí, querido hermano y amigo, el Señor te invita a casarte con una tierra donde has de desgastar tu vida, comprometido con ella hasta entregar la última gota de sangre, si el Señor así lo pide. Y ante esta fuerte invitación, y a ejemplo del Maestro de hermandad y fraternidad, el camino de ágape fraterno se ha de cultivar de rodillas ante el Sagrario y en el camino, con quien contigo se va también desgastando.

El método de hermandad y fraternidad: el diálogo

Sí el diálogo permanente con Jesucristo afianza una relación de ascética y mística cada vez más profunda, tan amplia es la reciprocidad de amor que tú conoces, entonces vislumbra los misterios divinos que te edifican y el Señor conoce tus misterios donde haces historia de vida. Así se habla, se dialoga, se comparte y se aprende a escuchar.

El diálogo fraterno edifica a la familia, por grande o pequeña que ésta sea; cada hijo tiene historia, y es a la vez historia de salvación donde cada uno se ve empeñado y empatado, sobre todo si existe el desglose de una empatía cada vez más auténtica. Recordamos aquel momento cuando los primeros discípulos una vez escucharon de Juan decir: He ahí el cordero de Dios (Jn 1,36); se encaminaron entonces a donde Jesús se dirigía, y entonces se emprende un diálogo profundo donde el





maestro pregunta: ¿Qué buscan?, y ellos responden: Maestro, ¿dónde vives? Inmediatamente les responde: vengan y lo verán (Cfr. Jn 1, 38). Así inicia el seguimiento de aquellos que buscaron hacer camino de vida con el Señor: un diálogo abre al discipulado, pues el diálogo sostiene la vida de comunión y fraternidad.

La apertura al diálogo será siempre un reto abrazador para toda la familia sacerdotal, puesto que la misión apremia; pero no podemos confundir las conversaciones en torno a las tareas pastorales con aquel diálogo que involucra la vida de los que forman parte del hogar diocesano. La misión fundamental del obispo es evangelizar, camino que ha de hacerlo con total y entera responsabilidad, atendiendo una mirada no sólo a la organización de un proceso evangelizador catequético, sino más bien él ha de tornarse compañero de camino, lo cual, dicho en palabras de los Padres del siglo primero, sería la dirección de vida espiritual para cada uno de aquellos que le han sido encomendados como hijos muy queridos, a quienes ha de aceptar, amar y asumir como padre y amigo.

El diálogo se abre al ámbito sacerdotal, diálogo entre elegidos para el servicio del pueblo con quienes se hace vida de comunidad y auténtica hermandad. La verdadera comunidad cristiana según el corazón de Dios es comunidad de dialogantes, expertos en la escucha, amantes de la ley del amor, que se toman mutuamente de la mano y no dejan sólo al caído y se alegran con los triunfos de quien camina a su lado. Maestros del diálogo y profesionales de la escucha que construyen y edifican la verdadera hermandad en torno al ágape fraterno.

Sin pretender apartarnos de la realidad de toda comunidad humana y de vida cristiana, en la que se pueden dar las riñas, rivalidades, discordias e inclusive, lamentablemente, las enemistades, la comunión de vida sacerdotal ha de ser testigo de perdón y reconciliación, abierta al diálogo con la verdad, llena de comprensión y con un forjado corazón de misericordia para ayudar a volver a la unidad. Y como testigos, los hermanos sacerdotes hemos de aprender a escuchar al que se sienta solo, desolado, desamparado, o a quien por decisiones no compartidas se está alejando del verdadero sentido de su espiritualidad, de tal manera que el diálogo y la escucha le lleve a acercarse, y con actitud de rectitud, justicia, verdad, amor, responsabilidad, confianza y en libertad busquemos todos su bien, así como hemos de ver por el bien del resto de nuestros hermanos.

El acompañante del acompañado.

Cuidado elemental es de ti, querido amigo y hermano obispo, atender este fructuoso camino de hermandad y fraternidad, de tal manera que te interese como parte de ti mismo; y así como tú has de ser vivo testimonio, que cada uno de los presbíteros gocen de una guía o acompañante con quien puedan drenar las situaciones de vida y compartir las experiencias de vida espiritual, camino necesario para su entera santificación. Porque es necesario un compañero de camino de aquel que como caminante en los misterios del reino lleva el acompañamiento de otros. La hermandad sacerdotal se configurará en un amor íntimo y de mayor calidad con Jesucristo en la medida en que se goce de un guía espiritual, pues la fraternidad no debe sólo conocerse como término, sino elevarse a hechos concretos de vida que susciten encuentros empáticos.

Si tú, querido hermano y amigo obispo, eres ese vínculo empático, el orden ministerial al que has sido llamado participa del misterio salvífico de la redención, puesto que no sólo te acercas a la vida de tus colaboradores, sino que además eres parte de los padecimientos y dolores de tus hermanos, de sus alegrías y sus gozos, de sus proyectos e inquietudes pastorales, así como de las gracias de santidad y madurez humana que el Señor suscita en quien camina a tu lado.

A este camino es al que le podemos llamar la hermandad sacerdotal, más aún si los mayores



acompañan a los jóvenes, ya que como hermanos mayores son verdadero testimonio de vida y ejemplo de santidad, en cuanto testigos de verdadera humanidad y como siervos hacen únicamente lo que les toca hacer. No podríamos hablar de hermandad y comunión en una diócesis donde los maestros, pastores y siervos no son comunidad ni mucho menos testigos del auténtico amor de Dios entre sí. Por ello el papel indispensable de los acompañantes en el camino del acompañado. ¿Qué acompañante aspira a una auténtica hermandad y empatía con su acompañado si no tiene esa íntima comunión con aquel que es la fuente de toda llamada y misión? Este vínculo de comunión fraterna, que exige también el orar unos por otros ocuparse los unos por los otros es lo que da a la vida comunitaria un sentido totalmente nuevo y auténtico.

Jesús es el primer acompañante de los discípulos, primer hermano, padre, maestro y servidor. Con el pasar del tiempo dice de sí mismo, para que crean a profundidad y se configuren en él: Yo soy la luz del mundo, luz que se convierte luminosa para el mundo y para la vida personal. Es un camino que tiene una ruta clara y definida: el amor. Luz que vivida desde la verdad no omite el sacrificio de la muerte y la cruz, doloroso camino para alcanzar la gloria de la Resurrección. Ser partícipes de este misterio es el vínculo de comunión más íntima de hermandad y fraternidad, a la cual está llamada toda la familia sacerdotal: Quien no renuncia a sí mismo, toma su cruz y me sigue, no es digno de mí (cfr. Mc 8,34). Y esto de tal manera que la fuente primaria de la fraternidad sacerdotal y hermandad ministerial se condensa en aquel que es el camino, la verdad y la vida: éste ha de ser además el rostro del hermano que camina y trabaja hombro con hombro como el de quien está a la cabeza de la familia, ya que en Cristo se esclarece el camino de la auténtica fraternidad. El Amor, verdad contenida en la Palabra de aquel que dice al Padre: que todos sean uno como tú y yo somos uno; sí, éste será sin duda el reto más abrazador de la familia sacerdotal: ser uno en comunión con el obispo y uno en comunión con el pueblo; así como el pueblo también ha de ser uno en comunión con aquellos que han sido elegidos de entre el pueblo para servir con amor y obrar conforme a la verdad, la justicia y la paz.

Hermanos en diálogo a la luz de la Palabra



La gracia que Dios otorga proviene de todo su amor: El Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros; y esto es de tal manera, que somos llamados y enviados a evangelizar, elegidos a proclamar la Buena Nueva a todas las gentes. La hermandad sacerdotal tiene este vínculo fraterno de comunión en la verdad, en la buena nueva que se presenta, en la unidad sacerdotal y pastoral, en un solo espíritu de hijos profundamente enamorados de su Padre. No en proyectos individuales y desencarnados, sino más bien en la exhortación de ejercer con valentía el reto de anunciar y denunciar, como uno solo, en acuerdos comunes, y dejándose guiar por la íntima comunión con el Espíritu de Dios; es decir, el hecho de ser conscientes de que todo lo que se realiza es ofrenda a imitar y de que la vida misma se ha de configurar con el misterio de la cruz.

Por tanto, la fraternidad sacerdotal, querido hermano y amigo obispo, unida a la Palabra, permite un rostro diferente de cara al acompañamiento, puesto que el acompañado nunca se sentirá solo ante quien le acompaña; grande es para ti este reto, puesto que el sacerdote es hijo y amigo, y lo puedes llegar a comprender como hijo y amigo sólo si lo acompañas haciendo vida la misión principal de todo tu ser, que ha de ser un profundo testimonio desde la Palabra, es decir si eres un verdadero anunciador de la Buena Nueva.

La fraternidad-hermandad sacerdotal, un proyecto común

Somos hijos en el Hijo amado del Padre, ya que en Él hemos alcanzado las riquezas de su amor. Y si una



ASPECTO COMUNITARIO

expresión de este amor es que nos ha llamado para estar con Él, Él mismo es el responsable de habernos ubicado en este lugar y territorio determinado, así como la llamada al servicio episcopal es también una gracia infinita de amor, de entrega y de servicio en total y plena humildad, aceptada desde el primer sí. Ya lo decía San Juan Crisóstomo haciendo suyas las palabras de Cristo, quien agradece al Padre el que haya puesto en sus manos a aquellos que antes de ser sus discípulos son, en efecto, un don del Padre. Somos un fruto del amor de Dios, que nos llama a estar con él y nos invita a enraizar el vínculo de la fraternidad en el servicio al que Cristo, en el cierre de su misión, deja establecido con un gesto de profundo amor: Si no te lavo los pies no tienes parte conmigo.

El servicio nos lleva a ser servidores unos de los otros, amigos, hermanos unos de los otros, compañeros de camino, testigos, siervos unos de otros; mas con responsabilidades diferentes. Sin embargo, el camino de vida fraterna es común, puesto que formamos parte de la misma familia; somos familia de Dios. Y a ejemplo de la Reina del cielo, el servicio se profundiza con mayor intimidad: Que no se haga mi voluntad sino la tuya; y en palabras de mayor entrega: Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra (Lc 1,36).

El sentido de vida comunitaria sacerdotal crece más a ejemplo de quienes aguardan la alegre esperanza en el Señor; así lo atestigua el anciano Simeón que, movido por el Espíritu de Dios, aquel día en que José y María presentaron al niño Jesús en el templo, se dirige hacia éste, y, tomándolo entre sus brazos, expresa con

plena confianza: Ahora Señor puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto a tu salvador. Por tanto, Simeón se sabe siervo del Señor, esclavo de Él, servidor de sus designios, por lo que es ejemplo vivo del sacerdote que comprende en profundidad que la comunión con el obispo implica abrazar juntos al pueblo de Dios, familia de Cristo, con el cual está llamados a hacer vida en común. De ahí, hermano y amigo obispo, que vivir la fraternidad sacerdotal como verdadera hermandad de siervos del Señor es caminar como familia en un proyecto común, proyecto para el cual, de hecho, se ha preparado el sacerdote; sin embargo, el solo hecho de haber culminado la formación básica en el seminario no significa estar de hecho preparado para todo lo que implica la realidad que le espera. Por ello, la hermandad exige un acompañamiento humano, espiritual, pastoral, misionero y comunitario; responsabilidad ésta que implica orientar adecuadamente los valores y principios adquiridos para ser una auténtica familia sacerdotal, la cual se asimila si se la vive, y se la vive únicamente si antes es asimilada.

La hermandad vivida en fidelidad se manifiesta con un testimonio que abraza, atrae, ilusiona y plenifica de tal manera que el hermano nunca abandona a su hermano, sino que está siempre al tanto del otro, sobre todo del pequeño, que inicia los pasos de amamantamiento en el servicio pastoral-ministerial y de vida cristiana; así como del mayor y anciano, que pueda sentir dolor, achaques, enfermedades, así como conflictos pastorales o espirituales. El padre preocupado por la estabilidad de la familia que se le ha encomendado necesitará, apoyándose todos los talentos recibidos, multiplicar la apertura de su corazón, y con los latidos de sabiduría, misericordia y gracia ocuparse en la construcción y edificación de este proyecto común de amor.

Cristo modelo perfecto de hermandad y fraternidad

Ante la crisis existencial en el seguimiento del Señor Jesucristo, no pasa desapercibido el conocimiento que él tiene de sus amigos, ni el dolor interno que provoca el alejamiento de aquello que en verdad sustenta el encuentro con Él. Como Maestro y amigo, se acerca a la humanidad, entendiéndose con ésta el amigo y hermano sacerdote; comparte también





ASPECTO COMUNITARIO



con cada uno de sus sacerdotes la experiencia de vida, al grado de profundizar en las verdaderas angustias y tristezas, los gozos y las esperanzas; y con ojos de misericordia reorienta en el interior la mirada hacia el amor primero, ahí donde el encuentro recobra nuevamente la calma. Este encuentro es aquel donde al haberlo amado, Él nos amó, siendo conscientes de que, en realidad, Él nos amó primero; es ese encuentro en el que aprendimos a ser hermanos primero, y después también amigos. El maestro discierne la manera de acercarse; no irrumpe en la libertad de hermandad, más bien acompaña fraternalmente en el camino, al grado de volver a encender el fuego del amor en quien, después de muchos años, pudo haberse apagado con alguna tristeza. Es el fuego que, cuando se descubre, ya está ardiendo.

Tal actitud fraterna se da cuando el hermano mayor y amigo nos ama, la cual se alimenta mediante un diálogo profundo con el Evangelio, en el que el Señor en principio nos habla de sí mismo, de cómo los profetas anunciaron su venida y de cuál era el camino para alcanzar la promesa de la salvación. En él, el acontecimiento de Emaús marca sustancialmente la vida discipular, y por ende marca la hermandad y fraternidad sacerdotal, ya que el Maestro hace camino con los suyos ahí donde fueron convocados al centro y corazón de su espiritualidad. Jesucristo, Palabra revelada del Padre, hace camino con cada discípulo de su familia sacerdotal y suscita nuevamente el ardor de la llamada, atendiendo la invitación desde el amanecer hasta el atardecer (niñez, juventud, edad adulta y vejez), al grado de sacar

de sí mismos, dicho encuentro, lo mejor de sí mismos, es decir los valores de vida cristiana, siendo uno de ellos especialmente apreciado: la hospitalidad. Esta característica ha de ser esencial en la vida del ministerio sacerdotal, pues el ser hospitalarios unos con otros es un aliciente efectivo de cara a la fraternidad ministerial. De tal manera que tanto la casa del Señor obispo como la casa parroquial han de ser casas de puertas abiertas.

Y volviendo a Emaús, luego de un largo camino desde el amanecer hasta el atardecer, Jesús hace además de tener que continuar el camino, pero ellos le invitan a quedarse en su casa, y entonces se enciende el espíritu de la hospitalidad, puerta de entrada para la hermandad. Hay que dejarse invitar, pero al mismo tiempo hay que invitar que otro, el hermano, entre a la casa, que ingrese a la intimidad del lugar más sagrado. Los verdaderos hermanos, que viven con sinceridad la fraternidad sacerdotal, se conocen porque se aman. Es ahí donde el Señor no se hace esperar para ingresar; se ha hecho ya encontradizo, y por eso ahora se hace invitar; él quiere ingresar a nuestra casa como hermano, maestro y amigo. Jesucristo, se insinúa hasta el límite con la invitación, y, una vez dentro, hace historia con nuestra historia más íntima de comunión, se hace uno con nosotros, comparte una triple mesa, la de la historia personal, la del compartir fraterno y la del Ágape de mayor Fraternidad, el Banquete Eucarístico, de tal manera que el regalo más profundo de su fraternidad con el discípulo que le sirve y ama es que se descubre, se revela y abraza nuestra verdadera identidad tal cual somos.

Jesús se da a conocer sin velos, con transparencia, suscitando una empatía de máxima manifestación, sin omitir el peso de la cruz se da a conocer con entera claridad, abrazando así con infinita misericordia de amor la vida de quien lo ama y busca con sincero corazón; es ahí donde se abre el corazón a la verdadera fraternidad, la del amor en la comunión de auténtica hermandad. De la misma manera, el presbítero que busca a su hermano presbítero o a su hermano obispo, y el obispo que busca al presbítero o a su hermano obispo, han de reconocer que se trata de un encuentro con una persona humana en quien Cristo se manifiesta. Y lo que ofrece como hermano, de forma de verdad fraterna, es una casa de puertas abiertas, donde como caminante hace camino



en el camino del otro, sin forzar la fraternidad, pero sin desistir ni abandonar el camino, hasta llegar al límite de la hospitalidad. La paciencia y la perseverancia son, pues, dos hermanas que acompañan la ruta emprendida. Se comprende que con algunos somos hermanos, muy fraternos de verdad, desde su entrada a nuestra casa, desde su mirada primera, hasta que se van; con otros lo seremos hasta el lecho de su muerte... o de la nuestra.

Finalmente, querido hermano y amigo obispo: es en Cristo Jesús donde toda nuestra hermandad encuentra sentido, porque somos una familia sacerdotal en la que cada encuentro se hace con historias vivas de salvación, que hacen camino y se edifican mutuamente. Grande y profunda es la fortaleza que otorga la verdadera hermandad, la cual, obrando en todo y haciendo el bien, viven con plena felicidad los sacerdotes verdaderamente hermanos, porque se tienen el uno al otro y porque hacen suyas las experiencias de aquella primera comunidad cristiana, en la que ninguno pasaba necesidad material ni espiritual. Grande y hermosa es la familia sacerdotal en la que se ama de verdad, y en la que el amigo y hermano es realmente amado y porque ama; más aún, cuando cada uno discierne que el encuentro con el otro es el encuentro con Cristo, y que realmente Cristo hace camino con el que camina a su lado con amor.



¿Qué nos dice Dios en la pandemia por el Covid-19?



† Felipe Arizmendi Esquivel
S. E. Obispo Emérito de San Cristóbal de las Casas

Introducción

“¿Cómo es que saben interpretar la apariencia del cielo y no pueden discernir los signos de los tiempos?” (Mt 16,3).

“Para cumplir su misión, es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y futura y sobre la mutua relación de ambas. Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza”¹.



1. EL SARS-CoV-2 NO ES CASTIGO DE DIOS

- a) El ser humano es responsable del origen y de la propagación del virus.
- b) Los pecados de la humanidad son muchos y merecerían un castigo de Dios. En la Biblia hay constancia de que Dios ha castigado a la humanidad.
- c) Jesucristo nos ofrece el perdón y la misericordia de Dios, pero nos invita a la conversión.

Palabra de Dios

“Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para que el mundo se salve por él” (Jn 3,17).

“Los escribas y los fariseos le trajeron a una mujer que había sido sorprendida cometiendo adulterio... Aquel de ustedes que no tenga pecado, que sea el primero en apedrearla... Jesús se levantó y le dijo: ‘Mujer, ¿dónde están tus acusadores? Nadie te ha condenado... Tampoco yo te condeno. Vete y no vuelvas a pecar’ (Jn 8,3-11).

“Se presentaron algunos ante Jesús para informarle de que Pilato había asesinado a algunos galileos y mezclado

¹Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et spes*, 4



su sangre con los sacrificios que ofrecían. Jesús les respondió: *‘¿Piensan que esto les sucedió a esos galileos porque eran más pecadores que todos los demás? Les aseguro que no, pero, si ustedes no se convierten, entonces morirán de manera semejante. ¿Y piensan que aquellos dieciocho hombres que murieron cuando cayó sobre ellos la torre de Siloé eran más culpables que todos los demás habitantes de Jerusalén? Les aseguro que no, pero si ustedes no se convierten, morirán como ellos’* (Lc 13,1-5).

Magisterio eclesial

El Papa Francisco, en su Meditación del viernes 27 de marzo en la Plaza de San Pedro, dijo: *“Nos llamas a tomar este tiempo de prueba como un momento de elección. No es el momento de tu juicio, sino de nuestro juicio: el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es. Es el tiempo de restablecer el rumbo de la vida hacia ti, Señor, y hacia los demás”*².

Reflexiona: ¿Qué te dice Dios en esta pandemia? **¿Cómo has reaccionado ante** ella?

2. ERES FRÁGIL Y VULNERABLE

- a) Tu vida puede ser destruida por un microscópico virus.
- b) El dinero, los títulos, el puesto, ser presbítero, no te hacen inmune.
- c) No eres intocable por la pandemia; no eres inmortal y todopoderoso.

Palabra de Dios

“Entonces el Señor Dios formó al hombre con el polvo de la tierra y sopló en sus narices aliento de vida, de modo

que el hombre se convirtió en un ser viviente” (Gén 2,7).

“¿Quién es el hombre, para que te acuerdes de él, el hijo de Adán, para que cuides de él?” (Salmo 8,5). *“Señor, dame a conocer mi fin y cuál es la medida de mis días, para que reconozca lo frágil que soy. Los días que me has dado son unos pocos y la duración de mi existencia es nada ante ti. El ser humano es apenas un soplo; el hombre va y viene como una sombra; se inquieta en vano y amontona bienes sin saber quién los recogerá. Y ahora, ¿qué puedo esperar, Señor? ¡Yo sólo espero en ti!”* (Sal 39(38),5-8). *“Nuestros días declinan por tu ira, nuestros años se disipan como un suspiro. Nuestra vida se extiende por setenta años, y los más fuertes viven hasta ochenta; pero la mayor parte de ella es sólo cansancio y pena; pasa veloz y desaparecemos... Enséñanos a llevar la cuenta de nuestros días, para que obtengamos un corazón sabio”* (Sal 90(89),9-12).

“Recuerda que mi vida es un soplo” (Job 7,7).

“Había un hombre rico cuyo campo produjo una gran cosecha. Entonces reflexionó: ‘¿Qué haré?, porque ya no tengo dónde acumular mi cosecha’. Y dijo: ‘Haré esto: derribaré mis graneros y construiré otros más grandes, para guardar allí todo el trigo y los demás bienes. Después me diré: Alma mía, ya tienes bienes acumulados para muchos años. ¡Ahora descansa, come, bebe y disfruta!’ Pero Dios le dijo: ‘¡Necio! Esta misma noche tendrás que entregar tu vida. ¿Para quién será todo lo que acumulaste?’ Así será para el que junta tesoros para



²Papa Francisco, Meditación en la Plaza de San Pedro, 27 de marzo de 2020



sí mismo, pero no es rico respecto a Dios" (Lc 12,16-21).

Magisterio eclesial

El Papa Francisco, en su homilía del Miércoles de Ceniza, expresó: "Comenzamos la Cuaresma recibiendo las cenizas: 'Recuerda que eres polvo y al polvo volverás' (cf. Gn 3,19). El polvo en la cabeza nos devuelve a la tierra, nos recuerda que procedemos de la tierra y que volveremos a la tierra. Es decir, somos débiles, frágiles, mortales. Respecto al correr de los siglos y los milenios, estamos de paso; ante la inmensidad de las galaxias y del espacio, somos diminutos. Somos polvo en el universo. Pero somos el polvo amado por Dios. Al Señor le complació recoger nuestro polvo en sus manos e infundirle su aliento de vida (cf. Gn 2,7). Así que somos polvo precioso, destinado a vivir para siempre. Somos la tierra sobre la que Dios ha vertido su cielo, el polvo que contiene sus sueños. Somos la esperanza de Dios, su tesoro, su gloria".

La ceniza nos recuerda así el trayecto de nuestra existencia: del polvo a la vida. Somos polvo, tierra, arcilla, pero si nos dejamos moldear por las manos de Dios, nos convertimos en una maravilla. Y aun así, especialmente en las dificultades y la soledad, solamente vemos nuestro



polvo. Pero el Señor nos anima: lo poco que somos tiene un valor infinito a sus ojos. Ánimo, nacimos para ser amados, nacimos para ser hijos de Dios.

No podemos vivir para ir tras el polvo que se desvanece. Si vivo para las cosas del mundo que pasan, vuelvo al polvo, niego lo que Dios ha hecho en mí. Si vivo sólo para traer algo de dinero a casa y divertirme, para buscar algo de prestigio, para hacer un poco de carrera, vivo del polvo.

Valemos mucho más, vivimos para mucho más: para realizar el sueño de Dios, para amar. Los bienes terrenos que poseemos no nos servirán, son polvo que se desvanece, pero el amor que damos —en la familia, en el trabajo, en la Iglesia, en el mundo— nos salvará, permanecerá para siempre"³.

Reflexiona: Tu vida es frágil. ¿Qué es lo más valioso para ti? ¿Eres rico ante Dios?

3. PUEDES ENFERMAR

- A nadie nos gusta enfermarnos.
- Nos preocupan los parientes, amigos o conocidos que se enferman.
- La enfermedad es parte de nuestra limitación humana.
- ¿Qué actitud asumir ante la enfermedad?

Palabra de Dios

"Lo vimos sin aspecto atractivo, despreciado y rechazado por los hombres, abrumado de dolores, acostumbrado al sufrimiento, como alguien a quien no se quiere mirar, lo despreciamos y no lo tuvimos en cuenta. Sin embargo, él cargaba y soportaba nuestros dolores; nosotros lo consideramos un castigado por Dios, golpeado y humillado. Pero él fue traspasado por nuestras rebeliones y quebrantado por nuestros crímenes. Sobre él recayó el castigo que nos trae la paz, y por sus llagas fuimos

³Papa Francisco, Homilía del Miércoles de Ceniza, 26 de febrero de 2020



curados" (Is 53,2-5).

"Al atardecer le llevaron muchos endemoniados, expulsó a los espíritus con su palabra y curó a todos los enfermos, para que se cumpliera lo que dijo el profeta Isaías: Él tomó nuestras debilidades y cargó con nuestras enfermedades" (Mt 8,16-17).

"Jesús llamó a sus doce discípulos y les dio autoridad para expulsar espíritus impuros y sanar toda enfermedad y dolencia" (Mt 10,1). "Estas señales acompañarán a quienes crean: ...impondrán las manos a los enfermos y los sanarán" (Mc 16,17-18). "Sacaban a los enfermos y ponían los lechos y camillas en las calles, para que, cuando pasara Pedro, su sombra cayera sobre alguno de ellos. También la muchedumbre de las poblaciones cercanas a Jerusalén acudía trayendo a los enfermos y a los que estaban atormentados por espíritus impuros, y todos quedaban sanos" (Hech 5,15-16).

Podemos orar: *"Señor, si quieres, puedes curarme"* (Mt 8,2). O también: *"Señor, mi servidor está acostado en casa con parálisis y terribles sufrimientos"* (Mt 8,6); o con la versión de Juan: *"Señor, baja antes de que se muera mi niño"* (Jn 4,49). O *"Hijo de David, ten piedad de nosotros"* (Mt 9,27). Y tantas otras plegarias que salgan de nuestro corazón, con fe y confianza, como hizo aquella mujer enferma que, con sólo tocar el manto de Jesús, quedó curada (cf Lc 8,43-44; Mc 6,56), siempre dispuestos a aceptar la voluntad de Dios, como nos enseñó Jesús: *"Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo"* (Mt 6,10).

Podemos ofrecer nuestros dolores por la salvación de los demás: *"Ahora me alegro de mis padecimientos por ustedes, pues así voy completando lo que falta a los sufrimientos de Cristo en mi cuerpo por el bien de su Cuerpo, que es la Iglesia"* (Col 1,24). Así, unidos a Cristo, colaboramos con Él en la redención de la humanidad.

Magisterio eclesial:

El Papa Benedicto XVI, en su Encíclica *Spe salvi*, afirma: *"El sufrimiento forma parte de la existencia humana. Es cierto que debemos hacer todo lo posible para superar el sufrimiento, pero extirparlo del mundo por completo*



no está en nuestras manos, simplemente porque no podemos desprendernos de nuestra limitación, y porque ninguno de nosotros es capaz de eliminar el poder del mal, de la culpa, que –lo vemos– es una fuente continua de sufrimiento. Esto sólo podría hacerlo Dios: y sólo un Dios que, haciéndose hombre, entrase personalmente en la historia y sufriese en ella. Nosotros sabemos que este Dios existe y que, por tanto, este poder que «quita el pecado del mundo» (Jn 1,29) está presente en el mundo. Con la fe en la existencia de este poder ha surgido en la historia la esperanza de la salvación del mundo. Pero se trata precisamente de esperanza y no aún de cumplimiento; esperanza que nos da el valor para ponernos de la parte del bien aun cuando parece que ya no hay esperanza, y conscientes además de que, viendo el desarrollo de la historia tal como se manifiesta externamente, el poder de la culpa permanece como una presencia terrible, incluso para el futuro"⁴. "Podemos tratar de limitar el sufrimiento, luchar contra él, pero no podemos suprimirlo. Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito"⁵.

"La grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre. Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y

⁴ Benedicto XVI, Carta Encíclica *Spe salvi*, 36

⁵ Ibid, 37



sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana. Aceptar al otro que sufre significa asumir de alguna manera su sufrimiento, de modo que éste llegue a ser también mío. Pero precisamente porque ahora se ha convertido en sufrimiento compartido, en el cual se da la presencia de un otro, este sufrimiento queda traspasado por la luz del amor. Pero también la capacidad de aceptar el sufrimiento por amor del bien, de la verdad y de la justicia, es constitutiva de la grandeza de la humanidad porque, en definitiva, cuando mi bienestar, mi incolumidad, es más importante que la verdad y la justicia, entonces prevalece el dominio del más fuerte; entonces reinan la violencia y la mentira. La verdad y la justicia han de estar por encima de mi comodidad e incolumidad física, de otro modo mi propia vida se convierte en mentira. Y también el «sí» al amor es fuente de sufrimiento, porque el amor exige siempre nuevas renunciaciones de mi yo, en las cuales me dejo modelar y herir. En efecto, no puede existir el amor sin esta renuncia también dolorosa para mí, de otro modo se convierte en puro egoísmo y, con ello, se anula a sí mismo como amor”⁶.

Reflexiona: ¿Qué actitud asumes ante tus enfermedades, ante la posibilidad de enfermarse, ante tus hermanos presbíteros enfermos, ante tus feligreses y familiares enfermos?

4. PUEDES MORIR

- a) Todos tememos la muerte.
- b) Hacemos hasta lo imposible para que no llegue a nosotros y a los demás.
- c) Sin embargo, la enfermedad y la muerte son realidades que, tarde o temprano, de una forma u otra, son parte de nuestra historia.

Palabra de Dios



“De cualquier árbol del jardín puedes comer, pero no comas del árbol del conocimiento del bien y del mal, porque el día en que lo hagas, morirás” (Gén 2,16-17). “De la misma manera que por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, así también la muerte se propagó a todos, por cuanto todos pecaron” (Rom 5,12).

Ante el temor y la angustia por la muerte, propia o de nuestros seres queridos, hay que orar como Jesús en el Huerto de los Olivos: “¡Padre, si quieres, aparta de mí esta copa amarga, pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya!” (Lc 22,42). Y ponernos en sus brazos misericordiosos, como decía Jesús al expirar: “¡Padre, en tus manos entrego mi espíritu!” (Lc 23,46).

Saber llorar, sin vergüenza, como Jesús ante la muerte de su amigo Lázaro (cf Jn 11,35).

Confiar en su promesa: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, jamás morirá” (Jn 11,25-26). “Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él” (Jn 6,54-56).

⁶ Ibid, 38



"Si lo que esperamos de Cristo se reduce sólo a esta vida, somos los más desdichados de todos los seres humanos. Lo cierto es que Cristo ha resucitado de entre los muertos como fruto primero de los que murieron. Porque si a causa de un hombre vino la muerte, también a causa de un hombre vino la resurrección de los muertos" (1 Cor 15,19-21).

Se necesita mucha madurez, sobre todo cuando se tienen responsabilidades pendientes, para poder decir como Pablo: *"Porque Cristo es para mí la razón de vivir, morir es una ganancia. Pero si seguir viviendo en este mundo me significa un trabajo fecundo, entonces no sabría qué elegir. Me siento atraído por ambas cosas: por un lado, deseo partir para estar con Cristo, que sin duda es mucho mejor, y, por otro, quiero quedarme en este mundo, ya que sería más necesario para ustedes" (Filip 1,21-24).*

Ojalá pudiéramos decir igualmente como el Apóstol: *"El momento de mi partida es inminente. He peleado el buen combate, he concluido la carrera, he conservado la fe. Sólo me queda recibir la corona de los justos que el Señor, el justo juez, me concederá en el día final, y no sólo a mí, sino también a todos los que esperan con amor su manifestación" (2 Tim 4,6-8).*

Magisterio eclesial

El Concilio Vaticano II, en la Constitución sobre la Iglesia



en el mundo actual, dice: *"El máximo enigma de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo. Pero su máximo tormento es el temor por la desaparición perpetua. Juzga con instinto certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo. La semilla de eternidad que en sí lleva, por ser irreductible a la sola materia, se levanta contra la muerte. Todos los esfuerzos de la técnica moderna, por muy útiles que sean, no pueden calmar esta ansiedad del hombre: la prórroga de la longevidad que hoy proporciona la biología no puede satisfacer ese deseo del más allá que surge ineluctablemente del corazón humano.*

Mientras toda imaginación fracasa ante la muerte, la Iglesia, aleccionada por la Revelación divina, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria terrestre. La fe cristiana enseña que la muerte corporal, que entró en la historia a consecuencia del pecado, será vencida cuando el omnipotente y misericordioso Salvador restituya al hombre en la salvación perdida por el pecado. Dios ha llamado y llama al hombre a adherirse a Él con la total plenitud de su ser en la perpetua comunión de la incorruptible vida divina. Ha sido Cristo resucitado el que ha ganado esta victoria para el hombre, liberándolo de la muerte con su propia muerte. Para todo hombre que reflexione, la fe, apoyada en sólidos argumentos, responde satisfactoriamente al interrogante angustioso sobre el destino futuro del hombre y al mismo tiempo ofrece la posibilidad de una comunión con nuestros mismos queridos hermanos arrebatados por la muerte, dándonos la esperanza de que poseen ya en Dios la vida verdadera"⁷.

El episcopado latinoamericano, en Aparecida, manifiesta: *"Nuestra alegría se basa en el amor del Padre, en la participación en el Misterio Pascual de Jesucristo quien, por el Espíritu Santo, nos hace pasar de la muerte a la vida, de la tristeza al gozo, del absurdo al hondo sentido de la existencia, del desaliento a la esperanza que no defrauda. Esta alegría no es un sentimiento artificialmente provocado ni un estado de ánimo pasajero"⁸. "Ante la desesperanza de un mundo sin Dios, que sólo ve en la*

⁷ Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et spes*, 18

⁸V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y de El Caribe, Documento de Aparecida, 17



muerte el término definitivo de la existencia, Jesús nos ofrece la resurrección y la vida eterna en la que Dios será todo en todos”⁹.

El Papa Benedicto XVI reflexiona: “Ármate de valor y fortaleza, y en el Señor confía” (Salmo 26). “Un lugar primero y esencial de aprendizaje de la esperanza es la oración. Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, ni invocar a nadie, siempre puedo hablar con Dios. Si ya no hay nadie que pueda ayudarme –cuando se trata de una necesidad o de una expectativa que supera la capacidad humana de esperar–, Él puede ayudarme”¹⁰.

“Rezar no significa salir de la historia y retirarse en el rincón privado de la propia felicidad. El modo apropiado de orar es un proceso de purificación interior que nos hace capaces para Dios y, precisamente por eso, capaces también para los demás”¹¹. “Dios existe, y Dios sabe crear la justicia de un modo que nosotros no somos capaces de concebir y que, sin embargo, podemos intuir en la fe. Sí, existe la resurrección de la carne. Existe una justicia. Existe la «revocación» del sufrimiento pasado, la reparación que restablece el derecho. Por eso la fe en el Juicio final es ante todo y sobre todo esperanza, esa esperanza cuya necesidad se ha hecho evidente precisamente en las convulsiones de los últimos siglos. Estoy convencido de que la cuestión de la justicia es el

argumento esencial o, en todo caso, el argumento más fuerte en favor de la fe en la vida eterna. La injusticia de la historia no puede ser la última palabra en absoluto”¹².

Reflexiona: ¿Cuál es tu actitud ante la posibilidad de tu muerte, ante la muerte de tus hermanos presbíteros, ante la muerte de algunos de tus feligreses?

5. INVITACION A LA CONVERSION

- a) No podemos salir de la pandemia sin cambios en nuestra vida.
- b) La “nueva normalidad” no son cambios solamente superficiales.
- c) Dios nos invita a una conversión del corazón.

Palabra de Dios

“El tiempo se ha cumplido, el Reino de Dios está llegando: conviértanse y crean en la Buena Noticia” (Mc 1,15).

“Quienes ya hemos muerto al pecado, ¿cómo vamos a seguir viviendo en él?... Fuimos sepultados con él en la muerte por el bautismo, para que así como Cristo resucitó de entre los muertos por el glorioso poder del Padre, así también nosotros caminemos en una vida nueva..., pues sabemos que nuestro hombre viejo fue crucificado con él, para que fuera anulado nuestro cuerpo sometido al pecado... No permitan, por tanto, que el pecado domine en su cuerpo mortal, para no obedecer a sus deseos desordenados... Así como ofrecieron sus miembros al servicio de la impureza y de la maldad hasta la perversión, ofrézcanlos ahora al servicio del don de Dios que los hace justos hasta alcanzar la santificación. Cuando estaban al servicio del pecado, eran libres del don de Dios que los hace justos. ¿Y qué

⁹ Ibid, 109

¹⁰ Benedicto XVI, Carta Encíclica *Spe salvi*, 32

¹¹ Ibid, 33

¹² Ibid, 43



frutos obtuvieron entonces? Frutos de los que ahora se avergüenzan, porque su fin era la muerte. En el presente, en cambio, como ya están libres del pecado y al servicio de Dios, tienen como fruto la santificación y su fin es la vida eterna” (Rom 6,2-22).

San Pablo exhorta a los creyentes “a despojarse de la conducta de antes, la del hombre viejo que se corrompe por los deseos engañosos, a renovar su mente por medio del espíritu y a revestirse del hombre nuevo, creado a imagen de Dios en vista al don que nos hace justos y a la santidad verdadera. Por eso, despojándose de la mentira, que cada uno diga la verdad a su prójimo, porque somos miembros unos de otros. Si llegan a enojarse, no pequen, y que la puesta del sol no los encuentre enojados. No den oportunidad al Diablo. El ladrón, que no robe más; al contrario, que trabaje honestamente con sus propias manos para compartir con el que tiene necesidad. Que ninguna mala palabra salga de la boca de ustedes; lo que digan, que sea provechoso para edificación del que tiene necesidad, y así harán el bien a sus oyentes. Y no entristezcan al Espíritu Santo de Dios, con el cual fueron marcados para ser reconocidos en el día de la redención. Desaparezca de ustedes toda amargura, ira, enojo, insulto, injurias y cualquier tipo de maldad. Sean bondadosos unos con otros, sean compasivos y perdónense mutuamente, así como Dios los perdonó en Cristo” (Ef 4,22-32).

“Si han resucitado con Cristo, busquen los bienes de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios. Prefieran, pues, los bienes de arriba, no los de la tierra. Porque ustedes han muerto y su vida está escondida con Cristo en Dios. Pero cuando se manifestó Cristo, vida de ustedes, entonces también se manifestarán con él llenos de gloria. Por eso, den muerte a lo que hay de mundano en ustedes: lujurias, impurezas, pasiones desenfrenadas, malos deseos y avaricia, que es una idolatría. Por todo esto sobreviene la ira de Dios sobre los desobedientes. También ustedes se comportaron así cuando antes vivían ese tipo de vida. Pero ahora dejen todo eso: ira, cólera, maldad, injurias y el lenguaje grosero de su boca. No se mientan unos a otros, pues se han despojado del hombre viejo con sus prácticas y se han revestido del hombre nuevo que, mediante el conocimiento, se va renovando conforme a la imagen de su Creador... Como elegidos de Dios, santos y amados, revístanse

de entrañas de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia. Acéptense mutuamente y perdónense cuando alguien tenga una queja contra otro. Como el Señor los perdonó, así también ustedes. Y que por encima de todo prevalezca el amor, que es el vínculo de la unidad perfecta. Y que la paz de Cristo, a la cual han sido llamados para formar un solo cuerpo, sea la que rija en sus corazones. Sean agradecidos. Que la palabra de Cristo habite en ustedes con toda su riqueza, para que -con toda sabiduría- se enseñen y aconsejen unos a otros, y con un corazón agradecido, canten a Dios salmos, himnos y cánticos inspirados. Por tanto, todo cuanto hagan o digan, háganlo todo en nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él” (Col 3,1-17).

Magisterio eclesial

El episcopado latinoamericano, en Aparecida, reflexiona: “El Señor nos dice: ‘No tengan miedo’ (Mt 28,5). Como a las mujeres en la mañana de la Resurrección, nos repite: ‘¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo?’ (Lc 24,5). Nos alientan los signos de la victoria de Cristo resucitado, mientras suplicamos la gracia de la conversión y mantenemos viva la esperanza que no defrauda. Lo que nos define no son las circunstancias dramáticas de la vida, ni los desafíos de la sociedad, ni las tareas que debemos





emprender, sino ante todo el amor recibido del Padre gracias a Jesucristo por la unción del Espíritu Santo”¹³.

El Papa Francisco nos reta: “Espero que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están”¹⁴. “Los desafíos están para superarlos. Seamos realistas, pero sin perder la alegría, la audacia y la entrega esperanzada. ¡No nos dejemos robar la fuerza misionera!”¹⁵.



Reflexiona: ¿Qué debo cambiar en mi vida, para que la pandemia sea un tiempo de gracia para mi conversión?

6. INTENSIFICAR LA ORACION

Palabra de Dios

Jesús dijo que, si tuviéramos fe, moveríamos montañas (cf Mt 17,20). Entonces, ¿qué nos falta, para que nuestra oración tenga eficacia? ¿Cómo orar, para que pase la pandemia?

Cuando Abraham pidió a Dios que no destruyera Sodoma, Dios fue accediendo a su petición; cuando dejó de insistir, vino la destrucción (cf Gén 18, 32-33). Y cuando Moisés, en el Sinaí, mantenía los brazos en alto, en oración, el pueblo vencía a sus enemigos (cf Ex 17,11-13).

Jesús oraba mucho, también con los salmos y con otras fórmulas bíblicas. Oraba en las sinagogas y en las montañas; en todas partes. Lo hacía tan a gusto, que hasta su cara resplandecía, como en el Tabor (cf Lc 9,29).

Por ello, sus discípulos le pidieron que les enseñara a orar. Fue entonces cuando nos enseñó el Padre nuestro, modelo de toda oración (cf Mt 6,9-13; Lc 11,2-4).

En algunos momentos bonitos, Jesús alaba a su Padre y le da gracias (cf Lc 10,21). Antes de resucitar a Lázaro, dice: “Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sé que tú siempre me escuchas” (Jn 11,41-42). Pero en el Huerto de los Olivos sufre mucho, hasta sudar gruesas gotas de sangre, porque parece que su oración no es atendida (cf Lc 22,41-44). En la cruz, orando con el salmo 22(21), le reclama a su Padre haberle abandonado (cf Mt 27,46); sin embargo, muere recitando otro salmo, el 30(31), con esta confiada expresión: “Padre, en tus manos entrego mi espíritu” (Lc 23,46).

En los momentos críticos, digamos a Dios Padre como Jesús: Si es posible, que no nos pase esto y aquello; y pedirlo con insistencia, entre gemidos y lágrimas; pero siempre expresarle: “Que no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc 22,41). O como él mismo nos enseña en el Padre nuestro: “Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo” (Mt 6,10). Es la actitud de la Virgen María: “Aquí

¹³ V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y de El Caribe, Documento de Aparecida, 14

¹⁴ Papa Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, 25

¹⁵ Ibid, 109



está la servidora del Señor. Que se haga en mí lo que tú dices” (Lc 1,38).

Siguiendo el ejemplo de Jesús, procura siempre perdonar de corazón a quien te infiera algún daño: *“Padre, perdónalos; no saben lo que hacen” (Lc 23,34).* Es lo mismo que decimos en el Padre nuestro: *“Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden” (Mt 6,12).*

San Pablo nos dice: *“No han recibido un espíritu de esclavos, para caer de nuevo en el miedo, sino que recibieron el espíritu de hijos adoptivos, gracias al cual llamamos a Dios ¡Abbá, Padre! Ese mismo Espíritu, junto con el nuestro, da testimonio de que somos hijos de Dios” (Rom 8,15-16).*

Pide al Espíritu Santo que te enseñe a orar, pues nada podemos sin su ayuda (cf Rom 8,26), y abandónate en el corazón misericordioso de nuestro Padre, pidiéndole que todo sea según su voluntad y que libre de todo mal a ti, a los tuyos, a tu comunidad eclesial y a todo el mundo. Encontrarás paz, fortaleza, esperanza, ánimo para seguir adelante. E invoca la intercesión de nuestra Madre del cielo, así como la de los santos de tu devoción. Haz la prueba y verás cuán bueno es el Señor (cf Sal 34(33),9).

Magisterio eclesial

La vida espiritual es *“relación y comunión con Dios... Es obra del Espíritu y empeña a la persona en su totalidad; introduce en la comunión profunda con Jesucristo, buen Pastor; conduce a una sumisión de toda la vida al Espíritu, en una actitud filial respecto al Padre y en una adhesión confiada a la Iglesia. Ella se arraiga en la experiencia de*

la cruz para poder llevar, en comunión profunda, a la plenitud del misterio pascual”¹⁶.

“Se requiere, ante todo, el valor y la exigencia de vivir íntimamente unidos a Jesucristo... Solamente podrán comunicar a los demás este anuncio sorprendente y gratificante si logran el conocimiento profundo y la experiencia creciente de este misterio”¹⁷.

En la vida espiritual ocupa un lugar de primera importancia la continua *“búsqueda del Señor, pues es inagotable el misterio de la imitación y participación en la vida de Cristo. Así como también deberá continuar este encontrar al Maestro, para poder mostrarlo a los demás, y mejor aún, para suscitar en los demás el deseo de buscar al Maestro. Pero esto es realmente posible si se propone a los demás una experiencia de vida, una experiencia que vale la pena compartir”¹⁸.*



¹⁶ San Juan Pablo II, Exhortación Postsinodal *Pastores dabó vobis*, 45

¹⁷ Ibid, 46

¹⁸ Ibid



de oración..., sino que también se necesita reanimar la búsqueda continua de un verdadero encuentro personal con Jesús, de un coloquio confiado con el Padre, de una profunda experiencia del Espíritu”¹⁹.

“Jesús llamó a los Doce ante todo para que estuvieran con Él (cf Mc 3,13). En efecto, los Evangelios nos presentan la vida de trato íntimo y prolongado con Jesús como condición necesaria para el ministerio apostólico. Este encuentro con Jesucristo ha de ser una experiencia de existencia plena”²⁰.

“La obra de la redención de los hombres y de la perfecta glorificación de Dios es realizada por Cristo en el Espíritu Santo por medio de su Iglesia no sólo en la celebración de la Eucaristía y en la administración de los sacramentos, sino también, con preferencia a los modos restantes, cuando se celebra la Liturgia de las Horas”²¹.

“Por consiguiente, los que toman parte en la Liturgia de las Horas contribuyen de modo misterioso y profundo al crecimiento del pueblo de Dios... Pues sólo el Señor, sin el cual nada podemos hacer, y a quien acudimos con nuestros ruegos, puede dar a nuestras obras la eficacia y el incremento, para que diariamente seamos

edificados como morada de Dios por el Espíritu, hasta que lleguemos a la medida de Cristo en la plenitud, y redoblemos las energías para llevar la buena nueva de Cristo a los que están fuera”²².

El Papa Francisco, en una de las audiencias generales de los miércoles, dijo: “En estas semanas de preocupación por la pandemia que está haciendo sufrir tanto al mundo, entre las muchas preguntas que nos hacemos, también puede haber preguntas sobre Dios: ¿Qué hace ante nuestro dolor? ¿Dónde está cuando todo se tuerce? ¿Por qué no resuelve nuestros problemas rápidamente? Son preguntas que nos hacemos sobre Dios.

¿Cuál es el verdadero rostro de Dios? Habitualmente proyectamos en Él lo que somos, a toda potencia: nuestro éxito, nuestro sentido de la justicia, e incluso nuestra indignación. Pero el Evangelio nos dice que Dios no es así. Es diferente y no podíamos conocerlo con nuestras fuerzas. Por eso se acercó a nosotros, vino a nuestro encuentro y precisamente en la Pascua se reveló completamente. ¿Y dónde se reveló completamente? En la cruz. Allí aprendemos los rasgos del rostro de Dios. No olvidemos que la cruz es la cátedra de Dios.



Nos hará bien mirar al Crucificado en silencio y ver quién es nuestro Señor. Él es omnipotente en el amor, y no de otra manera. Es su naturaleza, porque está hecho así. Él es el Amor. El poder de este mundo pasa, mientras el amor permanece. Sólo el amor guarda la vida que tenemos, porque abraza nuestras fragilidades y las transforma. Jesús cambió la historia acercándose a nosotros y la convirtió, aunque todavía marcada por el mal, en historia de salvación. Ofreciendo su vida en la Cruz, Jesús también derrotó a la muerte. Desde el corazón abierto del Crucificado, el amor de Dios llega a cada uno de nosotros. Podemos cambiar nuestras

¹⁹ Ibid, 72

²⁰ Conferencia del Episcopado Mexicano, *Normas Básicas para la Formación Sacerdotal en México*, 166

²¹ Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Ordenación General de la Liturgia de las Horas*, 13

²² Ibid, 18



historias acercándonos a Él, acogiendo la salvación que nos ofrece.

*Abrámosle todo el corazón en la oración. Dejemos que su mirada se pose sobre nosotros y comprenderemos que no estamos solos, sino que somos amados, porque el Señor no nos abandona y nunca se olvida de nosotros*²³.

El P. Raniero Cantalamessa, en su homilía del Viernes Santo, dijo: *“¿Acaso a Dios le gusta que se le rece para conceder sus beneficios? ¿Acaso nuestra oración puede hacer cambiar sus planes a Dios? No, pero hay cosas que Dios ha decidido concedernos como fruto conjunto de su gracia y de nuestra oración, casi para compartir con sus criaturas el mérito del beneficio recibido. Es él quien nos impulsa a hacerlo: ‘Pedid y recibiréis, ha dicho Jesús, llamad y se os abrirá’ (Mt 7,7). ¡Dios es aliado nuestro, no del virus! El que lloró un día por la muerte de Lázaro llora hoy por el flagelo que ha caído sobre la humanidad. Sí, Dios ‘sufre’, como cada padre y cada madre. Dios participa en nuestro dolor para vencerlo. ‘Dios —escribe san Agustín—, siendo supremamente bueno, no permitiría jamás que cualquier mal existiera en sus obras, si no fuera lo suficientemente poderoso y bueno, para sacar del mal mismo el bien’ ”*²⁴.

Reflexiona: ¿Cómo ha sido tu oración durante esta pandemia? ¿Tienes fe en la oración? ¿Vives todas las partes de la Liturgia de las Horas?

7. OTROS PUNTOS

7.1 CUIDA TU SALUD INTEGRAL

- a) Vive en paz con Dios y con tu conciencia.
- b) Vive en paz con los demás, en cuanto depende de ti.
- c) Disfruta tu vocación.



- d) Trabaja mucho, usa tu creatividad.
- e) Aprende a descansar.

7.2 QUEDARSE EN CASA NO ES AISLARSE

- a) Quedarse en casa, siempre y cuando sea posible, es lo más recomendable, para evitar contagios.
- b) Quedarse en casa es oportunidad para hacer muchas cosas a las que, en tiempos ordinarios, no les das la atención adecuada.
- c) Puedes leer, estudiar, ayudar en cosas del hogar, comunicarte con muchas personas en forma virtual e informarte de lo que sucede en otras partes.
- d) No tengas miedo al silencio.

7.3 VALORA TU FAMILIA DE SANGRE

- a) Son tus raíces. Mantén relación profunda con ellos.
- b) Es parte muy importante de tu vida y cuentas con ellos.
- c) No olvides decir: *Gracias, permiso, perdón.*

²³Papa Francisco, *Audiencia general*, 8 de abril de 2020

²⁴Padre Raniero Cantalamessa, *Homilía*, Viernes Santo en la Basílica de San Pedro, 10 de abril de 2020



DIMENSIÓN ESPIRITUAL



comunión dando y recibiendo -de sacerdote a sacerdote- el calor de la amistad, de la asistencia afectuosa, de la comprensión, de la corrección fraterna... La capacidad de cultivar y vivir maduras y profundas amistades sacerdotales se revela fuente de serenidad y de alegría en el ejercicio del ministerio; las amistades verdaderas son ayuda decisiva en las dificultades y, a la vez, ayuda preciosa para incrementar la caridad pastoral, que el presbítero debe ejercitar de modo particular con aquellos hermanos en el sacerdocio que se encuentren necesitados de comprensión, ayuda y apoyo”²⁵.

- d) Dialoga, escucha, comprende, tolera, disculpa errores y deficiencias.
- e) Si puedes, ayúdales en sus necesidades económicas.

7.4 VALORA TU MINISTERIO PASTORAL

- a) Has sido elegido por el Señor para ser su ministro.
- b) Vales por lo que eres, no tanto por lo que tienes, por el cargo, por títulos.
- c) Realiza con responsabilidad lo que te compete y, si puedes, haz algo más.
- d) Estando enfermo o anciano, quizá incapacitado, sigues siendo colaborador del Señor y de su Iglesia.

7.5 AMISTADES SACERDOTALES

“El sacerdote hará todos los esfuerzos posibles para evitar vivir el propio sacerdocio de modo aislado y subjetivista, y buscará favorecer la

7.6 ESTUDIO Y REFLEXIÓN COMÚN

“Son también importantes los encuentros de estudio y de reflexión común, que impiden el empobrecimiento cultural y el aferrarse a posiciones cómodas incluso en el campo pastoral, fruto de pereza mental; aseguran una síntesis más madura entre los diversos elementos de la vida espiritual, cultural y apostólica; abren la mente y el corazón a los nuevos retos de la historia y a las nuevas llamadas que el Espíritu dirige a la Iglesia”²⁶.

7.7 DIRECCIÓN ESPIRITUAL

“La práctica de la dirección espiritual contribuye no poco a favorecer la formación permanente de los sacerdotes. Se trata de un medio clásico que no ha perdido nada de su valor, no sólo para asegurar la formación espiritual, sino también para promover y mantener una continua fidelidad y generosidad en el ejercicio del ministerio sacerdotal”²⁷.

7.8 CONFESIÓN FRECUENTE

²⁵ Congregación para el Clero, *Directorio para el Ministerio y Vida de los Presbíteros*, 27-28

²⁶ Ibid, 80

²⁷ San Juan Pablo II, *Exhortación Postsinodal Pastores dabo vobis*, 81



organícense.

7.10 QUE DE LA PANDEMIA SALGAS UN MEJOR SACERDOTE

- La “nueva normalidad” no es volver a ser y hacer lo mismo.
- Nuestra vida es pasajera; ¿qué memoria de ti querrías que los demás conservaran?
- Decide algunos cambios en tu persona, en tus relaciones comunitarias, en tu parroquia, en tu diócesis.

¡ANIMO! ¡SÍ SE PUEDE! JUNTOS, ¡PODEMOS!

¡DIOS ESTÁ CON NOSOTROS!

“Como todo buen fiel, el sacerdote también tiene necesidad de confesar sus propios pecados y debilidades... Es una cosa buena que los fieles sepan y vean que también sus sacerdotes se confiesan con regularidad. Toda la existencia sacerdotal sufre un inexorable decaimiento si viene a faltarle, por negligencia o por cualquier otro motivo, el recurso periódico al Sacramento de la Penitencia. En un sacerdote que no se confesara más, o se confesara mal, su ser sacerdotal y su hacer sacerdotal se resentirán muy rápidamente, y también la comunidad, de la cual es pastor, se daría cuenta... El presbítero dedicará tiempo y energía para escuchar las confesiones de los fieles, pues los cristianos acuden con gusto a recibir este Sacramento, allí donde saben que hay sacerdotes disponibles”²⁸.

7.9 SÉ UN FACTOR POSITIVO EN LA COMUNIDAD

- No sólo te quejes de los males sociales, políticos, económicos, educativos, parroquiales, diocesanos, eclesiales.
- No te conformes con lamentos y críticas.
- Haz algo para que mejoren tu diócesis, tu parroquia, tu decanato, tu Iglesia.
- Evita habladurías y chismorreos.
- Habla, propón, insiste, únete a otros y

²⁸ Ibid, 26



La Esperanza



† José Rafael Palma Capetillo,
Obispo Auxiliar de Xalapa

Introducción

Vamos a partir de dos frases significativas del apóstol san Pablo, que alientan la esperanza:

“Nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan” (2Cor 4,8). La esperanza va acompañada de la fortaleza y hace a la persona más capaz de soportar pruebas y seguir adelante sin desanimarse jamás.

“La creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto, y no sólo ella, sino también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior esperando la verdadera libertad de los hijos de Dios” (Rm 8,22-23). La esperanza es una fuerza, tiene un dinamismo irresistible, no se puede detener. Sin embargo, siempre es obra de Dios, es fruto del Espíritu, es obra de la gracia divina.

1. Descripción de la esperanza como virtud

Es fácil constatar que el tiempo es lento para el que espera; es largo para el que se desespera; sin embargo, el tiempo es perfecto para el que confía en Dios.

“La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al reino de los cielos y a la vida eterna como

felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo” (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 1817).

La esperanza ha sido considerada en la tradición cristiana como “la segunda lámpara de la santificación”. Equivale a la seguridad o certeza en la salvación eterna y se expresa en una plena confianza en Dios. En efecto, vivir la esperanza no es simplemente aguardar y ‘a ver qué sucede’; ya que esperar es caminar hacia el encuentro con el Señor, esforzándonos en la renovación de nosotros mismos y del mundo, de acuerdo al mensaje del evangelio.

La esperanza es considerada la virtud más propiamente teologal, porque Dios la inspira y sostiene plenamente. En efecto, el fundamento de la esperanza no es la confianza del ser humano, sino porque **‘el Señor siempre cumple sus promesas’** (1Re 8,20; 2Cron 6,10; Sal 119,41), sobre todo en la encarnación, muerte y resurrección de Cristo y en la venida del Espíritu Santo.

Al referirse a la figura de **Abraham**, san Pablo indica que la esperanza humana es limitada y frágil, mientras que la esperanza como virtud teologal es amplia, dinámica, llena de alegría y de sanas inquietudes (cf Rm 4,18): *“Abraham esperando contra toda esperanza fue el padre de una gran descendencia”*. Todos los seres humanos, pecadores y justos, debemos esperar, es decir,



confiar en que Cristo vino a salvarnos y conducirnos a la felicidad eterna (cf 1Tim 2,5-8). La esperanza requiere paciencia (cf Rm 8,24-25).

La esperanza cristiana recoge y perfecciona la esperanza del pueblo elegido (cf CATECISMO, 1819). Los profetas alientan constantemente la esperanza del pueblo de Dios. La esperanza implica una total confianza en Dios. Así lo canta la Sagrada Escritura: *“Tú eres mi roca, mi fortaleza, y por tu nombre, me guías y diriges”* (Sal 31,4).

La esperanza es **“el ancla del alma”**, segura y firme “que penetra hasta lo más profundo, a donde Jesús entró por nosotros como precursor” (Hb 6,19-20). A los hijos del Zebedeo, Santiago y Juan, Jesús no ofrece que se sentarán a su lado en la gloria, sino les confirma que beberán el cáliz, es decir, que serán capaces de llegar al martirio (cf Mc 10,35-40). Ante sus discípulos, Cristo resalta que la esperanza sobrenatural que él despierta en los corazones provoca que los intereses puramente terrenos se eclipsen; sin embargo, no por eso se miran con desprecio los deberes humanos, como si no estuviéramos en la realidad del mundo, sino se les otorga el justo valor que tienen.

Como indica sabiamente **san Agustín**, la esperanza *“no sólo consiste en pensar en un futuro mejor, sino sobre todo en echar una mirada hacia la eternidad”* (Confesiones, IX, 10). En efecto, aunque el mañana no sea siempre muy prometedor, la esperanza garantiza ver la realidad desde otra perspectiva mejor. La mirada a la eternidad significa un reconocimiento del Dios eterno presente siempre entre nosotros.

La esperanza cristiana no es un simple sueño, ni engaño, ni enajenación, sino compromiso siempre más vigoroso y permanente. Al respecto, el **Papa Juan Pablo I** señaló (en la Audiencia general del 20 de septiembre de 1978) que: “No todos comparten nuestra simpatía con la esperanza. Por ejemplo, el filósofo ateo alemán Federico Nietzsche (particularmente en su obra *‘Así habló Zaratustra’*), nombra a la esperanza como ‘virtud de los



débiles’, que hace del cristiano un ser inútil, atrapado, resignado, extraño al progreso del mundo. Otros hablan de ‘alienación’, que mantendría a los cristianos al margen de la lucha por la promoción humana. Pero ‘el mensaje cristiano –indica el Concilio Vaticano II–, lejos de apartar a los hombres de la tarea de edificar el mundo, los compromete más bien a ello con una obligación más exigente’ (*Gaudium et spes*, 34). Es un error afirmar que la liberación política, económica y social coincide con la salvación en Cristo; que el reino de Dios se identifica con el reino de los seres humanos”.

2. Aplicaciones de la virtud de la esperanza

a) El anhelo común de felicidad es esperanza

“La virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad, que Dios ha puesto en el corazón de todo ser humano; asume las aspiraciones que están presentes en las actividades de la humanidad y las purifica para ordenarlas al reino de los cielos; protege del desaliento, sostiene en todo desfallecimiento y dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna” (CATECISMO 1818).

La esperanza teológica se sitúa no sólo en el primer paso del seguimiento de Cristo, sino también en cada uno de sus pasos sucesivos. “Ser discípulo de Cristo



quiere decir ser aún peregrino, estar en la prueba, estar todavía bajo el régimen de la esperanza" (cf B. HÄRING, *La Ley de Cristo II*, Editorial Herder, Barcelona 1973, 89-92). Como somos peregrinos, puede surgir en nosotros el temor de no alcanzar el fin eterno. Pero la esperanza infunde la absoluta confianza en que Dios, por su poder, bondad y fidelidad infinita, cumplirá sus promesas.

"Un mundo sin Dios es un mundo sin esperanza" (BENEDICTO XVI, Encíclica *Spe salvi*, 30 de noviembre de 2007, 44). "Si no podemos esperar más de lo que es efectivamente posible en cada momento, nuestra vida se ve abocada muy pronto a quedar sin esperanza... Así, por un lado, de nuestro obrar brota esperanza para nosotros y para los demás; pero, al mismo tiempo, lo que nos da ánimos y orienta nuestra actividad, tanto en los momentos buenos como en los malos, es la gran esperanza fundada en las promesas de Dios" (*Spe salvi*, 35). ¡Hay que dejarle su lugar a Dios!, el primer lugar es para Dios. Eso significa tener esperanza, para asumir nuestra misión sin desalentarnos ni acelerarnos.

La esperanza no es una debilidad ni tampoco pasividad, sino que es fuerza, paciencia y también perseverancia. La esperanza es la virtud de los valientes y sinceros, ya que no caen en la tentación, sutil y peligrosa, del desaliento. "Se esperan las realidades futuras a partir de un presente ya entregado. Dios no nos ha dado un espíritu cobarde, sino un espíritu de energía, amor y buen juicio" (*Spe salvi*, 9). "En el corazón y la vida de nuestros pueblos late un fuerte sentido de esperanza no obstante las condiciones de vida que parecen ofuscar toda esperanza. Ella se experimenta y alimenta en el presente, gracias a los dones y signos de vida nueva que se comparte; compromete en la construcción de un futuro de mayor dignidad y justicia y ansía los cielos nuevos y la tierra nueva que Dios nos ha prometido en su morada eterna" (V CELAM, *Documento de Aparecida*, 536).

La clave del alimento de la esperanza está en la oración

La oración es el acto más pleno y profundo de esperanza. Cuando hemos agotado otras posibilidades, surge la esperanza. "Un lugar primero y esencial de aprendizaje de la esperanza es la oración. Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, ni invocar a nadie, siempre puedo hablar con Dios. Si ya no hay nadie que pueda ayudarme –cuando se trata de una necesidad o de una expectativa que supera la capacidad humana de esperar–, él puede ayudarme" (*Spe salvi*, 32). "En la oración nos hacemos capaces de la gran esperanza y nos convertimos en embajadores (ministros) de la esperanza para los demás. La esperanza, en sentido cristiano, es siempre esperanza para los demás" (*Spe salvi*, 34). "En la oración, encontramos fuerza para saber pedir ayuda, escucharnos y apoyarnos, dedicarnos tiempo unos a otros, corregirnos con comprensión, sobrellevarnos en nuestras limitaciones y amarnos como hermanos. Así renace la esperanza para continuar adelante en el servicio a Cristo y a la Iglesia" (*Spe salvi*, 43). Cuando nos encontramos en situaciones muy difíciles y por más esfuerzo que hacemos no da resultado lo que nos proponemos, hay que orar más.

3) ¿Puede un pecador vivir la esperanza?

Comúnmente todos los seres humanos podemos cometer errores graves y caer en el pecado. Sin embargo, el auténtico camino de conversión solamente se da





con la esperanza. Con la oración y la confianza puesta en Dios, el que se ha alejado, como el hijo pródigo, regresa a la casa del Padre. Cristo, en su trato con los pecadores, no hace trivial el pecado, porque quiere más bien atraer hacia sí a los que han caído. No ve en el pecador sólo lo que ha sido o todavía es, sino aquello en lo que se puede convertir, cuando es tocado por la misericordia divina. Jesús no sólo espera a que acudan a él; frecuentemente es él quien va a buscar 'a la oveja perdida' para conducirla de nuevo al rebaño. Jesús es firme y exigente en sus mandatos, pero sabe cuándo una norma debe ceder paso a un principio superior que es: La misericordia de Dios y la salvación del ser humano. "El sábado es para el ser humano, no el ser humano para el sábado" (Mc 2,27).

También el perdón mutuo alienta la esperanza. "Jesús llama felices a aquellos que perdonan y lo hacen 'setenta veces siete' (Mt 18,22). Es necesario pensar que todos nosotros somos un ejército de perdonados. Todos nosotros hemos sido mirados con compasión divina. Si nos acercamos sinceramente al Señor y afinamos el oído, posiblemente escucharemos algunas veces este reproche: '¿No debías tú también tener compasión de tu hermano, como yo tuve compasión de ti?' (Mt 18,33)" (Papa FRANCISCO, Encíclica *Gaudete et exultate*, 82). "Los seres humanos –decía san Agustín– somos como vasos de arcilla, que sólo con rozarse, se hacen daño" (San AGUSTÍN, *Sermones*, 69, 1). No se puede vivir en armonía, en la familia y en cualquier otro tipo de comunidad, sin la práctica del perdón mutuo y de la

misericordia recíproca.

Procuremos identificar en nuestras relaciones con los demás la que parezca más necesitada de recibir el ungüento de la misericordia, de la reconciliación y de la paz de Cristo.

c) El ejemplo y la intercesión de la Madre de la esperanza

Finalmente, recordemos que "en la **Virgen María** llega a cumplimiento la esperanza de los pobres y el deseo de salvación" (Documento de *Aparecida*, 267). María, elegida de Dios, nos brindará a todos el consuelo, la fortaleza y la esperanza en los momentos difíciles y nos alentará a ser incesantemente discípulos misioneros para el pueblo de Dios. Aprendemos de la enseñanza de Cristo y de la Iglesia, con el ejemplo e intercesión de la madre del redentor, que la virtud de la esperanza es siempre activa, y va acompañada de la alegría de vivir y hacerlo todo por amor a Cristo.

Estamos en las manos de Dios, todos tenemos que aprender a confiar más en él. En realidad, no se puede vivir sin esperanza. Vivir es esperar. Y esperar es tener vida. "Cristo es nuestra única esperanza" (1Tim 1,1).



San José, padre de Jesús, y de los sacerdotes



P. Félix Castro Morales

Doctor en Teología espiritual

Rector del Seminario de Irapuato

Con motivo del 150 aniversario de la declaración de San José como Patrono de la Iglesia Universal, el Papa Francisco declaró el inicio de un año dedicado a este santo. Inició el 8 de diciembre y terminará exactamente un año después. Escribió una Carta Apostólica llamada "Patris corde".

El Papa Francisco afirma que después de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, ningún santo ocupa tanto espacio en el Magisterio pontificio como San José, su esposo.

En estos tiempos de pandemia y dificultades, podemos encontrar en San José un intercesor, un apoyo y una guía. Fue un hombre que pasó desapercibido, de presencia discreta y oculta, que nos recuerda que todos los que están aparentemente ocultos tienen un protagonismo en la historia de la salvación.

La Carta Apostólica aborda siete aspectos sobre la paternidad espiritual de San José: "padre amado", "padre en la ternura", "padre en la obediencia", "padre en la acogida", "padre de la valentía creativa", "padre trabajador" y "padre en la sombra".

"Todos pueden encontrar en San José, el hombre que pasa desapercibido, el hombre de la presencia diaria, discreta y oculta, un intercesor, un apoyo y una guía en

tiempos de dificultad. San José nos recuerda que todos los que están aparentemente ocultos o en «segunda línea» tienen un protagonismo sin igual en la historia de la salvación. A todos ellos va dirigida una palabra de reconocimiento y de gratitud", dijo el Papa Francisco.

1. Padre amado

La grandeza de san José consiste en el hecho de que fue el esposo de María y el padre de Jesús. En cuanto tal, «entró en el servicio de toda la economía de la encarnación», como dice san Juan Crisóstomo [7].

San Pablo VI observa que su paternidad se manifestó concretamente «al haber hecho de **su vida un servicio, un sacrificio al misterio de la Encarnación y a la misión redentora** que le está unida; al haber utilizado la **autoridad legal**, que le correspondía en la Sagrada Familia, para hacer de ella un don total de sí mismo, de su vida, de su trabajo; al haber convertido su vocación humana de amor doméstico en la **oblación sobrehumana de sí mismo**, de su corazón y de toda capacidad en **el amor puesto al servicio del Mesías** nacido en su casa»[8].

Estos son también los rasgos de mansedumbre y humildad del servicio del sacerdote, que es imitar a Dios en el servicio a los demás: acogerlos con amor paciente,



Siena (cf. Libro della Divina Dottrina, 35). (Papa Francisco, 4 de agosto de 2016, Dominicos).

3. Padre en la obediencia

Así como Dios hizo con María cuando le manifestó su plan de salvación, también a José le reveló sus designios y lo hizo a través de sueños que, en la Biblia, como en todos los pueblos antiguos, eran considerados uno de los medios por los que Dios manifestaba su voluntad [13].

comprenderlos sin cansarnos, hacerlos sentir acogidos, en casa, en la comunidad parroquial, donde no es más grande quien manda, sino el que sirve (cf. Lc 22:26). (Cfr. Papa Francisco, 29 de mayo de 2016, Diáconos).

José «ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús mediante el ejercicio de su paternidad; de este modo él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente “ministro de la salvación”» [17].

2. Padre en la ternura

José vio a Jesús progresar día tras día «en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres» (Lc 2,52). Como hizo el Señor con Israel, así él “le enseñó a caminar, y lo tomaba en sus brazos: era para él como el padre que alza a un niño hasta sus mejillas, y se inclina hacia él para darle de comer” (cf. Os 11,3-4).

Jesús vio la ternura de Dios en José: «Como un padre siente ternura por sus hijos, así el Señor siente ternura por quienes lo temen» (Sal 103,13).

Esta es también la misión del sacerdote: ser padre en la ternura. Mirando a nuestro alrededor, comprobamos que el hombre y la mujer de hoy están sedientos de Dios. Ellos son la carne viva de Cristo, que grita “tengo sed” de una palabra auténtica y liberadora, de un gesto fraterno y de ternura... Cuanto más se salga a saciar la sed del prójimo, tanto más seremos predicadores de verdad, de esa verdad anunciada por amor y misericordia, de la que habla santa Catalina de

“¿Me amas tú?”. “¿Eres mi amigo?”. Aquél que escruta los corazones (cf. Rm 8, 27) se hace mendigo de amor, de modo especial en el sacerdote, y nos interroga sobre la única cuestión verdaderamente esencial, preámbulo y condición para apacentar sus ovejas, sus corderos, su Iglesia. Todo ministerio se funda en esta intimidad con el Señor; vivir de Él es la medida de nuestro servicio eclesial, que se expresa en la disponibilidad a la obediencia, en el abajarse, dice la Carta a los Filipenses, y a la donación total (cf. 2, 6-11). (Papa Francisco, 23 de mayo de 2013).

4. Padre en la acogida

José acogió a María sin poner condiciones previas. Confió en las palabras del ángel. «La nobleza de su corazón le hace supeditar a la caridad lo aprendido por ley; y hoy, en este mundo donde la violencia psicológica, verbal y física sobre la mujer es patente, José se presenta como figura de varón respetuoso, delicado que, aun no teniendo toda la información, se decide por la fama, dignidad y vida de María. Y, en su duda de cómo hacer lo mejor, Dios lo ayudó a optar iluminando su juicio» [18].



de la fe y mantuvo fielmente su unión con su Hijo hasta la cruz» [22].

Por tanto, nosotros sacerdotes podemos preguntarnos siempre si estamos protegiendo con todas nuestras fuerzas a Jesús y María, que están misteriosamente confiados a nuestra responsabilidad, a nuestro cuidado, a nuestra custodia. En efecto, de san José debemos aprender el mismo cuidado y responsabilidad: amar al Niño y a su madre; amar los sacramentos y la caridad; amar a la Iglesia y a los pobres. En cada una de estas realidades están siempre el *Niño y su madre*.

La vida espiritual de José no nos muestra una vía que explica, sino una vía que acoge. La acogida de José nos invita, de forma especial al sacerdote, a acoger a los demás, sin exclusiones, tal como son, con preferencia por los débiles, porque Dios elige lo que es débil (cf. 1 Co 1,27), es «padre de los huérfanos y defensor de las viudas» (Sal 68,6) y nos ordena amar al extranjero [20]. Deseo imaginar que Jesús tomó de las actitudes de José el ejemplo para la parábola del hijo pródigo y el padre misericordioso (cf. Lc 15,11-32).

5. Padre de la valentía creativa

Si la primera etapa de toda verdadera curación interior es acoger la propia historia, es decir, hacer espacio dentro de nosotros mismos incluso para lo que no hemos elegido en nuestra vida, necesitamos añadir otra característica importante: la valentía creativa. Esta surge especialmente cuando encontramos dificultades. De hecho, cuando nos enfrentamos a un problema podemos detenernos y bajar los brazos, o podemos ingeniárnoslas de alguna manera. A veces las dificultades son precisamente las que sacan a relucir recursos en cada uno de nosotros que ni siquiera pensábamos tener.

En el plan de salvación no se puede separar al Hijo de la Madre, de aquella que «avanzó en la peregrinación

6. Padre trabajador

Honesto carpintero que trabajó “para asegurar el sustento de su familia”, José también nos enseña “el valor, la dignidad y la alegría” de “comer el pan que es fruto del propio trabajo”.

“Es necesario comprender”, escribe Francisco, “el significado del trabajo que da dignidad”, que “se convierte en participación en la obra misma de la salvación” y “oportunidad de realización” para uno mismo y su familia, el “núcleo original de la sociedad”. Quien trabaja, colabora con Dios porque se convierte en “un poco creador del mundo que nos rodea”. De ahí la exhortación del Papa a todos a “redescubrir el valor, la importancia y la necesidad del trabajo para dar lugar a una nueva ‘normalidad’ en la que nadie quede excluido”. Mirando en particular el empeoramiento del desempleo debido a la pandemia de Covid-19, el Papa llama a todos a “revisar nuestras prioridades” para comprometerse a decir: “¡Ningún joven, ninguna persona, ninguna familia sin trabajo!”.

7. Padre en la sombra

Nadie nace padre, sino que se hace. Y no se hace sólo por traer un hijo al mundo, sino por hacerse cargo



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

de él responsablemente. Todas las veces que alguien asume la responsabilidad de la vida de otro, en cierto sentido ejercita la paternidad respecto a él.

Siempre que nos encontremos en la condición de ejercer la paternidad, debemos recordar que nunca es un ejercicio de posesión, sino un "signo" que nos evoca una paternidad superior. En cierto sentido, todos nos encontramos en la condición de José: sombra del único Padre celestial, que "hace salir el sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos" (Mt 5,45); y sombra que sigue al Hijo.



Siguiendo el ejemplo de la obra "La sombra del Padre" del escritor polaco Jan Dobraczyński, el Pontífice describe la paternidad de José respecto de Jesús como "la sombra del Padre celestial en la tierra". "Nadie nace padre, sino que se hace", afirma Francisco, porque se hace "carga de él", responsabilizándose de su vida.

El Papa Francisco en su homilía del 26 de junio destacaba que "todos nosotros, para ser maduros, debemos sentir la alegría de la paternidad". Un tema que es válido también en el caso del celibato sacerdotal, porque "paternidad es dar vida a los demás": para los sacerdotes será, por lo tanto, "la paternidad pastoral, la paternidad espiritual", que es siempre y de todas formas "dar vida, convertirse en padres".

Los sacerdotes son las manos, los pies, los ojos, la mente, el corazón de Cristo; los canales y medios por los que Cristo se va comunicando a la humanidad. Por medio de los sacerdotes hará sentir a los hombres cuánto los ama y cómo desea ser amado de ellos; por ellos, va a manifestar sus misericordias; por ellos, va a sembrar la paz que anunciaron los ángeles desde el primer día de su nacimiento, cuando cantaron sobre su cuna prometiéndola a los hombres de buena voluntad; por ellos, hermanará a todas las naciones, a todas las razas, a todas las clases sociales, borrando las envidias y los odios y uniéndolos a todos en un solo corazón y en un solo espíritu en su divino Corazón.

Conclusión

"Todo sacerdote es la continuación de san José en cuanto que al sacerdote se le ha dado el cuidado de una Virgen: la Iglesia, y de un Niño: la Eucaristía. "Por eso en el sacrificio eucarístico la iglesia venera ante todo la memoria de la gloriosa siempre virgen María, pero también la del bienaventurado José, porque "alimentó a aquel que los fieles comerían como pan de vida eterna" (San Juan Pablo II, Custodio del Redentor 16). Podemos destacar el trato que hemos de dar a la sagrada Eucaristía, debemos custodiar a ese Niño, que todos los días traemos al altar..."



De dignitate sacerdotali. Introducción al texto (Parte II)



P. Florián Rodero, L.C.¹

Profesor emérito de mariología en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum y
Padre espiritual en el Pontificio Colegio Internacional Maria Mater Ecclesiae.

4. Estructura y comentario literario

a. Estructura

Podemos distinguir claramente dos partes en el libelo: forman la primera los capítulos I al III, con la «digresión» del capítulo IV y la segunda los capítulos V y VI, con la «peroración» del capítulo VII.

La primera parte puede resumirse en los siguientes puntos:

1. Una llamada a la responsabilidad del ministerio sacerdotal.
2. Reflexiones sobre la dignidad del sacerdocio.
3. Digresión: descripción de algunas características de la espiritualidad y de la vida y ascesis sacerdotales.

Segunda parte:

1. Descripción del hecho de la simonía.
2. Reflexión y refutación de la simonía.
3. Peroración: despedida y súplica.

Considerando así la disposición del libelo o discurso, no me parece justificada la opinión de los que han podido afirmar que el opúsculo de Silvestre II no es unitario en el tema y por ello haber deducido que son diferentes los autores de la obra.

Yo creo que no se trata de dos partes independientes (que muy bien podrían también considerarse en sí mismas autónomas), sino de dos partes complementarias, articuladas recíprocamente, de tal manera que forman un conjunto unitario, racional, bien estudiado y que se compenetrán tácitamente para conseguir el fin que el autor se propone: corregir la simonía.

Si partimos del fin que pretende el autor, el

¹ Nota del Editor: la primera parte del presente trabajo fue publicado en el fascículo anterior; cf. *Ecclesia. Revista de cultura católica* 33 (2019), 9-26.²Cf. MANSI 19, 344.

³VATICANO II, *Dei Verbum* n. 23.

⁴*Unitatis redintegratio* n. 15.

⁵*Ibíd.*

⁶Todas las traducciones de las referencias al Migne y al Mansi son mías.

⁷El nombre de *Ambrosiaster* se asignó a un autor desconocido del siglo IV que comentó las cartas de san Pablo y cuyo comentario se atribuyó, durante toda la Edad media, a san Ambrosio.



DIMENSIÓN INTELECTUAL



pensamiento se nos ofrece lineal y progresivo. La primera parte se convierte así en una reflexión sobre el sacerdocio que intenta iluminar más intensamente la realidad perniciosa de la simonía. La descripción y la condena de la simonía están, por tanto, justificadas por la valoración que del sacerdocio ha hecho en los capítulos precedentes.

El mismo autor inicia el capítulo V, es decir, la segunda parte, con estas palabras: «con estas premisas...». En este sentido, el objetivo es solamente uno: desterrar de la Iglesia el vicio de la simonía.

b. Comentario literario

Silvestre II fue un hombre imbuido de cultura clásica² y este tratado, en su brevedad, refleja la forma de un discurso de corte clásico porque, aunque estén invertidas algunas de las partes estructurantes de la presunta alocución, contiene los elementos formales del

discurso clásico.

Podemos descubrir, sin forzar el texto, esos elementos formales del discurso, en el que van alternándose dos tipos de predicación: una persuasiva y otra demostrativa o probatoria.

Los componentes que encontramos son casi los mismos del sermón clásico: exordio, proposición, división, narración, confirmaciónrefutación y peroración.

La disposición de estas partes no sigue el orden habitual por la diferente concepción que ha tenido el autor del libelo. Comienza con un exordio que podríamos calificar, según la terminología clásica, de *ex abrupto*, pues el autor entra de lleno en su tema (esta forma también se denomina *in medias res*) con una imprecación y una llamada fuerte a la responsabilidad de los sacerdotes. Después de este exigente reclamo, aparece, al final del capítulo primero, lo que se denominaría clásicamente exordio, porque da la impresión de que es aquí donde quiere comenzar a abordar el tema y pide, con mucha modestia, permiso a los lectores u oyentes para adentrarse en él, porque la seriedad de la materia así lo exige y sus menguadas fuerzas y una no fingida timidez no le permiten acometerlo con excesiva confianza en sí mismo; por eso solicita la ciencia y comprensión de los sacerdotes a quienes se dirige. Estas palabras tienen el carácter de una *captatio benevolentiae*.

Dado que, a mi parecer, todo el libelo pretende condenar la simonía, los primeros cuatro capítulos pueden considerarse como una previa valoración (incluida la misma digresión). Técnicamente esta parte tendría que colocarse después, como lo exige la valoración de los argumentos contra la simonía, pero su colocación anticipada le sirve a Gerberto para allanar el camino

²Me permito escoger un breve ejemplo que refleja la influencia de los clásicos en Silvestre: este ejemplo se refiere al paralelismo de dos expresiones que manifiestan la influencia del latín de Cicerón en el del Papa Gerberto. La primera expresión es de una carta del Papa y la otra de Cicerón. Veamos la semejanza: «Itane socordiae atque dubiis casibus credidisti, ut gladios cervici imminentes non videas, arietes ac vineas ilia tua pulsantes non sentias?» (PL 139, 247). «Patere tua consilia non sentis, constrictam iam horum omnium scientia teneri coniurationem tuam non vides?» (*Primera catilinaria*). Puede notarse fácilmente en la interrogación de Silvestre que la simetría de su frase es una imitación de Cicerón. Solamente que para que la expresión no sea una simple copia, invierte el tiempo y el orden de los dos verbos principales. O esta otra: «Nam quid est tam optabile quod benevolentia tua non promereatur? quid tam humile quod conferri amicis haec tempora sinant?» (PL 139, 249). «Quid enim est tam admirabile quam ex infinita multitudine hominem existere unum...? Quid tan porro regium... Quid autem tam necessarium quam tenere semper arma...?» (Cicerón, *De oratore* I,8). Léase la carta CLXXIV (cf. PL 139, 258).



de las pruebas. Tratándose, a su vez, de pronunciar una condena, es muy acertada su posición porque esta motivación, para un sacerdote, debería tener más valor que la misma argumentación. De esta forma se ve con mayor claridad las razones por las que condena la simonía, pues la simonía participa de dos características: una, la de ser una herejía, la otra, la de manchar mezquinamente la dignidad sacerdotal. Ha invertido el orden clásico del discurso, pero no por eso pierde eficacia. Lo ha hecho con plena intención porque de este modo le permite descargar, desde el inicio, todo el peso de su desenfado y tristeza al considerar cuánta indignidad entraña para el orden sagrado la simonía. Arrojado este fundamento, se siente, desde una perspectiva sacerdotal, más animado a acometer la condena.

La confutación y refutación se van alternando con pruebas de la Sagrada Escritura y con una dramatización entre el hipotético defensor de la simonía y el autor por medio de un juego de preguntas cortantes que producen el grato efecto de una realidad viva y no simplemente producto de un mero recurso oratorio.

La peroración es muy definida y clásica. Apela el autor a los buenos sentimientos de los oyentes o lectores, pidiendo comprensión, que se acuerden de él

en las oraciones y remitiéndose como última fuente de la inspiración del libelo al Espíritu Santo.

Otras consideraciones de este análisis dan también movilidad y variedad al discurso enriqueciéndolo con su variedad de recursos literarios. Por ejemplo:

El período, bien compuesto, amplio y elegante, permite al autor puntualizar bien su pensamiento. Ya hice ver cómo en algunos pasajes es imitación del latín clásico. Esto no quiere decir que sea uniforme y por ello monótono y pesado. Sabe conjugar los párrafos amplios y bien trabajados con sintagmas más breves y con cierta frecuencia en forma paralela y simétrica: «et licet ad haec predicanda nos retardet vitae improbitas/, invitat tamen praecepti necessitas»/; «Honor quidem coram hominibus episcopalis magnus/, sed post lapsum (quod absit!) dolor magnus»; «Magna sublimitas magnam cautelam desiderat/, honor grandior grandiori sollicitudine indiget»,... Nótese en estos ejemplos escogidos la sonoridad y la musicalidad de esos brevísimos períodos que tienen la cadencia de un hexámetro.

Esta combinación de período clásico con frases cortas, con interrogaciones, etc., hace del libelo una obra de grande elasticidad y dinamismo estilísticos.

Las visualizaciones del primer capítulo basadas en Mt 25,23 o la del capítulo V acerca de la lepra, la dramatización del diálogo, las frecuentes preguntas, las concreciones al comentar la carta de san Pablo a Timoteo, los adjetivos fuertes y precisos que describen la poca coherencia del sacerdote simoníaco con la identidad de su estado..., todo esto da un colorido atractivo y ameno al discurso.

Fuerza a su estilo le dan los diversos juegos de palabras y antítesis. Por ejemplo, al comentar la excelencia de la dignidad sacerdotal³. La oposición conceptual y lingüística de los vocablos es intraducible en español. Al leer, en especial, el capítulo V, nos da la



³ Me permito transcribir en latín este juego de palabras y antítesis, pues es muy difícil traducir en español sin que se pierdan sus valores formales: «et quod sumus professione, actione potius quam nomine demonstramus: un nomen congruat actioni, et actio respondeat nomini: ne sit nomen inane, et crimen immane; ne sit honor sublimis, et vita poenalis; ne sit deifica professio, et illicita actio; ne sit religiosus amictus, et irreligiosus profectus; ne sic gradus excelsus, et deformis excessus; ne habeatur in ecclesia cathedra sublimior, et conscientia sacerdotis reperiatur multo humilior; nec locutionem simulemus columbinam, et mentem habeamus caninam; nec professionem monstremus ovinam, et ferocitatem habemus lupinam» (cap. II).



impresión de que estamos ante uno de los sermones de san Agustín que tanto gustaba de los juegos de palabras y de las oposiciones lingüísticas⁴.

El libelo participa, dije anteriormente, de dos tipos de discurso: persuasivo y demostrativo. Por lo tanto, no intenta el demostrar la inconsistencia de la simonía solamente desde una perspectiva escriturística, sino que hace intervenir la valoración como un elemento de convencimiento, como ya he explicado más arriba. Por esto añade unas breves pinceladas de emotividad que enriquecen humanamente aún más el discurso. Me refiero al uso frecuente de la palabra «hermano». Esta invocación puede aducirse como una prueba de que el libelo es una alocución pronunciada, porque hace referencia al lenguaje coloquial del libelo, dado que la invocación, por lo general, es una forma de llamar la atención de los oyentes. En cualquiera de los lugares donde se encuentra la palabra adquiere una fuerza sensible muy intensa, porque no creo que se trate solamente de un carácter funcional. La palabra encierra en sí misma un valor eminentemente emotivo: cuando la disputa dramatizada entre él y el simoníaco es más candente, llama a éste «hermano», con toda la carga afectiva que entraña esta palabra en un momento tan delicado y que representa el ápice de la disputa y el mismo cenit afectivo de la segunda parte.

En este sentido, creo que la cualidad que pudiera resumir todo el conjunto del discurso sería equilibrio. Armonía en la disposición de las partes; armonía entre la exigencia del contenido y la dura condena y las motivaciones profundamente sacerdotales y fraternales de sus argumentos; armonía estilística entre el período clásico y la frase breve, entre la exposición uniforme y la dramatización mesurada, entre los argumentos intelectuales y el afecto paternal.

5. Simonía



a. Breve historia de la herejía y de su condena

«La simonía en el sentido estricto y primitivo de la palabra, era el cambio de cosas santas por un valor pecuniario, dinero u objeto valorado en dinero»⁵.

Aunque el nombre proviene de Simón el mago (Hch 8,18), por ser el primero que intentó comprar la dignidad sacerdotal, sin embargo en el Antiguo Testamento tenemos otros hechos parecidos (2 Mac 4,7.23 y 4 Re 5,21 a este hecho hace alusión la obra y Num 22,16; 2 Pe 2,15; Jds 11).

San Pablo advertía a los cristianos para que estuvieran atentos a esos doctores que pensaban que podían servirse de la piedad como de un negocio (1 Tim 6,5ss), porque el afán del dinero era la raíz de todos los males (1 Tim 6,10). Hay hombres dice el mismo apóstol que enseñan por torpe ganancia lo que no deben (Tit 1,11). Recomendaba a Timoteo que fuera cuidadoso en la imposición de las manos (1 Tim 5,22.24.25). En este sentido san Pablo, quizá queriendo corregir el vicio anterior, invitaba a los fieles a que a los presbíteros se les

⁴«Dinero fue lo que recibió ordenando, pero lo que confirió fue la lepra. El obispo dice al pueblo: la paz sea con vosotros, pero él no tiene esa paz interior. Vemos con los ojos de la carne a un grande obispo, pero con los ojos del alma contemplamos a un grande leproso. Adquirió por dinero el sacerdocio indebido y delante de Dios ha perdido la grandeza de su hombre interior. El cuerpo recibe la dignidad, pero el alma ha perdido la honestidad. El cuerpo, siervo del alma, se ha hecho su señor, y el alma, que era su señor, se ha convertido en su siervo. La carne reina sobre el pueblo, pero el alma sirve al demonio».

⁵A. Fliche V. Martin, *Historia de la Iglesia*, 500.



diera el sustento necesario para su alimento (cf. 1 Tim 5,1718). Posiblemente el apóstol se refería también en 2 Cor 11,13 a este mismo peligro, cuando hablaba de los falsos apóstoles en contraposición a la actitud del mismo san Pablo, que ofrecía su ministerio con desinterés, pues ha anunciado gratuitamente el Evangelio (cf. 2 Cor 11,7).

La *Didaché* ponía en guardia contra los «profetas» que exigían dinero por su oficio y encarecía a los fieles que a estos «profetas», cuando pedían dinero u otras cosas, no se les debía de dar nada⁶. Por eso velaba para que en la elección de los obispos (sacerdotes) o diáconos se eligiera a hombres desinteresados; es decir, que no se acercaran al sacerdocio movidos por intereses espúreos⁷.

San Policarpo era incansable en aconsejar a sus presbíteros que se guardaran del dinero, de la codicia. Esta sería la razón que movió al que fue «en algún tiempo presbítero, Valente, a olvidarse del cargo que se le había

confiado» (*Carta a los filipenses* 11)

Durante los primeros siglos apenas hay trazas de simonía. Se comenzó a manifestar a partir de la paz constantiniana, cuando algunas conversiones se hacían por intereses⁸. El canon 28 de los cánones apostólicos dice: «si algún obispo o sacerdote o diácono obtuviera por dinero esta dignidad sea desechado y al ordenado y a su ordenante, sepáreseles de la comunidad como a Simón Mago de Pedro»⁹.

Tertuliano ya hace mención hablando de la rectitud de intención de los presbíteros más ancianos: «Nuestros presidentes son ancianos de vida probada, que han conseguido este honor no con dinero, sino con el testimonio de su vida»¹⁰.

San Pedro Crisólogo, antes de morir, recomienda a sus fieles: «No elijáis como padre de vuestra ciudad al que trate de conseguir el sacerdocio por dinero»¹¹.

Fue el concilio de Calcedonia (451) el que promulgó la primera ley en contra de la simonía en el segundo canon: «Si algún obispo comprara o vendiera por dinero la ordenación de un obispo o un presbítero [...], don que no se adquiere sino por gracia de Dios, sea anatema»¹². Este mismo canon sería recogido más tarde por el mismo Graciano en sus *Decretales* (causa I, q.1 c.8): «No debe ser ordenado el que por ambición a ejemplo de Simón ofrece dinero por la ordenación»¹³.

El mismo san Basilio condena a aquellos que reciben dinero antes de su ordenación. Parece ser que, por las condenas frecuentes, no debía ser raro el caso de simonía: carta sinodal del concilio de Constantinopla



⁶ «Pero al que en espíritu dijere: dame dinero u otras cosas, no les deis oído; pero si dijere que se dé para otros menesterosos, nadie lo juzgue» cf. *Didaché* 11; I. Errandonea, *El primer siglo cristiano*, Madrid 1947, 21.

⁷ «Elegíos vosotros mismos obispos y diáconos dignos del Señor, hombres mansos y no codiciosos» (cf. *Didaché* 15).

⁸ Conviene recordar que el cursus honorum pudo favorecer este vicio. «De hecho parece que, desde el tiempo de Constantino, los obispos, sacerdotes y diáconos ocupaban sus puestos en las graduaciones estrictamente jerárquicas de la oficialidad del Bajo Imperio. Se gloriaban con los títulos de *clarissime*, *illustre*, *gloriosissime*, y con las insignias de su rango, entre las cuales estaban el *pallium*, la estola, las sandalias y probablemente también el manípulo» (J. Mohler, *Origen y evolución del sacerdocio*, Santander 1970, 111).

⁹ Mansi 1, 34.

¹⁰ PL 1, 532533.

¹¹ PL 52, 20.

¹² Mansi 7, 393.

¹³ PL 58, 997.



DIMENSIÓN INTELECTUAL



(459):

Jesucristo mandó que lo que habían recibido gratuitamente lo dieran del mismo modo, y que por esto de ningún modo se exigiera oro, plata o cualquier otro recurso material. No existe ninguna razón para cambiar los dones celestiales o espirituales por las cosas terrenas y temporales¹⁴.

Esta razón se concretó a continuación en un canon:

Si algún obispo confiere la ordenación por dinero y pone en venta una gracia que no debe venderse o que ordene a obispos, coobispos, presbíteros, diáconos o a cualquiera de los que entran a formar parte del clero o promueva a ecónomos por dinero o a abogados, o promueva solamente por lucro a cualquiera que forme parte del clero, si se le encuentra convicto de que haya emprendido tales acciones, pone en entredicho su propia dignidad. Al que así es ordenado no se le proporcione ninguna ayuda

ni se le promueva, porque lo ha hecho como si fuera un negocio; es más, queda totalmente al margen de su dignidad y del cargo que ha conseguido por dinero; y si alguno ha hecho de intermediario o de intercesor por estas sórdidas e indignas ganancias, si es clérigo, destitúyasele del primer grado y si fuera laico o monje, sea anatema¹⁵.

Si alguno ha buscado el sacerdocio por vergonzante ambición o por tráfico de dinero, téngasele como réprobo, porque la enseñanza apostólica manda que el don de Dios no se estime por el dinero¹⁶.

El canon 27 del Concilio de Tours (567) condenaba como sacrílegos y heréticos a los que de tal forma se comportaban: «Ningún obispo exija por las ordenaciones alguna clase de recompensa, porque se hace herético y sacrílego»¹⁷.

Así también el canon IV del Concilio VI de París (638) condena a todos los seguidores de Simón que consiguen la dignidad del sacerdocio no por mérito de sus buenas costumbres sino por dinero¹⁸.

Para salir un tanto al paso de la simonía uno de los cánones de Egberto decía: «Se determina que sin la autoridad o consentimiento de los obispos no se ordene sacerdotes para ninguna iglesia»¹⁹.

Es más, podía aplicarse, por extensión, la simonía a aquellos que por dinero no predicaban toda la verdad del Evangelio²⁰.

Osio condenó a los que distribuían dinero entre el pueblo para que los aclamaran como candidatos al

¹⁴ Mansi 7, 911.

¹⁵ *Ibíd.*

¹⁶ Canon IV, Mansi 8, 836. Otro de los concilios celebrado en Orleans (552) se expresaba así en el canon X: «No es lícito comprar el episcopado por medio de recompensas», y volvía a repetirlo en el canon XIV.

¹⁷ Mansi 9, 805.

¹⁸ Cf. Mansi 10, 664. Canon 19 del Concilio II de Nicea (787), Mansi 13, 4367.

¹⁹ Mansi 12, 418.

²⁰ Cf. Mansi 12, 451



episcopado en las iglesias²¹.

Uno de los avisos del obispo anónimo del siglo VIII decía: «nadie obtenga una iglesia por el poder secular»²², para evitar que se pusiera en peligro la independencia del sacerdocio.

Los «capítulos» de los reyes francos prohibían a los sacerdotes que ofrecieran dinero a los laicos para poder ocupar y usufructuar la iglesia de otro sacerdote. A aquel que comete tal robo, debe de privársele del grado o se le meta en la cárcel hasta que haya hecho la debida penitencia²³.

En el año 855, en tiempos del emperador Ludovico II, se condena severamente a quienes ordenan por razones no dignas: familiaridad, parentesco²⁴, pero «especialmente a los que lo hacen por dinero»²⁵. Las Fórmulas antiguas acerca del episcopado condenaban también con las mismas palabras la simonía²⁶, y se la califica de peste²⁷.

En el Concilio Romano (983), presidido por Benedicto VII, se condena al que recibe dinero por el sacerdocio: «como está escrito en los sagrados cánones»²⁸.

El obispo de Vercelli escribió (c.945) la obra *De pressuris ecclesiasticis*²⁹, en la que se daban recomendaciones para la elección de los obispos

y sacerdotes para que no se dejaran influir por los «señores», porque éstos muchas veces no tenían otros intereses sino los suyos privados³⁰.

Asimismo las leyes eclesiásticas del año 994 condenaban cualquier lucro que se pretendiera obtener con el ministerio sacerdotal, considerando estas actuaciones como «un robo y una desmesurada avaricia»³¹.

En el concilio Pictaviense (Concillio de Poitiers, año 999, ya en tiempo de Silvestre II), para evitar mayores abusos, se prohíbe el pedir limosna por la penitencia o la confirmación³².



²¹ PL 140, 554.

²² PL 96, 1377.

²³ Cf. PL 138, 588.

²⁴ Los Cánones apostólicos ya habían dictado esta norma: «No es conveniente que un obispo confiera la dignidad episcopal a un hijo, a un familiar o a cualquier miembro ligado por afecto o parentela. El episcopado no es hereditario, dado que es gracia de Dios. Es ilícita la ordenación del que así procede. Al que así obra, apártese de sus funciones», cf. Mansi 1, 46.

²⁵ Mansi 18B, 353. «Todos deben de saber que el que es ordenado por dinero no puede desempeñar las funciones eclesiásticas. Tanto el que recibe el orden como el que lo confiere deben quedar depuestos, porque debe de quedar bien claro que los que así proceden, se hacen culpables de la herejía de la simonía, pues no entran en el aprisco de las ovejas por la puerta verdadera, sino que entran como ladrones. No sólo deben ser excomulgados los que así proceden, sino también los que consienten en ello», cf. PL 138, 625. Lo mismo repetía el capítulo de Carlos II del año 869, cf. PL 138, 734.

²⁶ Mansi 18B, 597.

²⁷ Mansi 18B, 621.

²⁸ Se refiere a los cánones anteriormente citados del concilio de Calcedonia (451), cf. MANSI 19, 77.

²⁹ PL 134, 5196, especialmente las columnas 6879.

³⁰ El mismo Atón de Vercelli dice que san Gregorio no descansó hasta conseguir que los simoníacos fueran condenados por anatema, cf. PL 134, 73.

³¹ Mansi 19, 183.

³² Mansi 19, 183.



DIMENSIÓN INTELECTUAL

El tráfico de parroquias era menos frecuente porque el beneficio que éstas producían era también menor.

Es más comprensible que este hecho se diera entre párrocos rurales porque estaban más expuestos a estos abusos por su aislacionismo, por sus penurias económicas y por su impreparación; aunque no hay que insistir demasiado en este hecho, porque sabían distinguir entre lo temporal y lo espiritual, como lo demuestra san Abón, abad:

Ved, príncipes, a dónde nos lleva la avaricia cuando se enfría la caridad; de los dones que recibimos gratuitamente de Dios nos hacemos comerciantes y tratamos de vender lo que de hecho no poseemos³³.

Y no solamente se compraba, sino que los clérigos traficaban con las cosas santas, a veces obligados a pagar las rentas al señor que les había otorgado el beneficio. Pero en otros casos no existían tales excusas ni premuras, como es el caso de compra o venta del episcopado, de lo cual se queja más expresamente el presente libelo.

El pago de algún dinero por la investidura en el siglo X era algo habitual, pues era un procedimiento admitido para alcanzar el «honor».

En este ambiente de compra y venta de beneficios, el más execrable era el tráfico de los obispados, que ya era bastante frecuente en el siglo X y en el XI se generalizaría, a pesar de la condena tan clara de Silvestre II.

Hacia el 991, el conde de Toulouse, Guillermo Taillefer, exigía a Bernardo, abad de Beaulieu, una suma de dinero para darle el obispado de Cahors. Fracasó en su intento. El trato se dictaba en términos como éstos:

Nosotros, Frotario y Bernardo, damos a Guillermo, hijo de Bernardo, este obispado a la muerte del



obispo Ameil, de modo que Guillermo, si él se hace obispo o bendice a otro obispo, tendrá este obispado a la muerte de Ameil. El precio de la venta estaba fijado en 5000 centavos³⁴.

Razón tenía el Papa Silvestre II al condenar severamente tal abuso por lo muy arraigado que estaba, de tal manera que no pudo acabar con él, aunque, según dice uno de sus contemporáneos, el Papa procuraba atajar enseguida cuantas herejías levantarán la cabeza.

Ya en el Concilio de Ravena, siendo arzobispo Gerberto, entre las muchas normas disciplinarias, se había condenado decididamente el que el obispo por ningún motivo aceptase dinero al conferir las órdenes sagradas. En realidad, su disposición va más allá de lo que en realidad encierra estrictamente la simonía: «No se pida dinero por el entierro, a no ser que espontáneamente lo ofrezcan los amigos o parientes del difunto»³⁵. En el concilio de Charroux (989) unos años antes de la elección de Gerberto como Papa, hizo jurar a los nobles que no atentarían contra los bienes de la Iglesia, una de cuyas formas de beneficiarse de ellos era la investidura simoníaca.

La simonía no desapareció con esta severa amonestación de Gerberto, como lo testimonian las

³³ PL 139, 466.

³⁴ A. Fliche V. Martin, *Historia de la Iglesia*, 501.

³⁵ Mansi 19, 219221.



siguientes intervenciones de los Papas.

La lucha contra la simonía se hizo más intensa y los testimonios más ejemplares, como el de Halinardo, abad de SaintBénigne, que, al ser elegido arzobispo de Lyon, se negó a prestar fidelidad a Enrique III porque podía interpretarse como un gesto simoníaco.

Clemente II, en el Sínodo Romano del 1047, por lo tanto unos años después de la muerte de Silvestre II, al tratar de la renovación de la Iglesia, afirma que en primer lugar hay que destruir a los simoníacos³⁶.

Nicolás II (1059-61) condenó de nuevo las ordenaciones simoníacas (Dz 354). Particularmente luchó contra esta herejía Gregorio VII (1073-1085). Casi un siglo después el Concilio de Letrán (1123) es tajante:

Siguiendo los ejemplos de los santos Padres y renovándoles por exigencia de nuestro deber, por autoridad de la Sede Apostólica, prohibimos de todo punto que nadie sea ordenado o promovido por dinero. Y si alguno hubiera adquirido de ese modo la ordenación o promoción en la Iglesia, sea resueltamente privado de su dignidad (Dz 359)³⁷.

Actualmente el Código sigue condenando severamente la simonía: «Quien celebra o recibe un sacramento con simonía, debe ser castigado con entredicho o suspensión» (c. 1380).

He querido ofrecer un panorama de la situación de la simonía hasta los tiempos de Silvestre II para que nos podamos percatar de cuán extendida estaba por todas partes dicha herejía. Por ello he escogido testimonios que abarcaran la diversa geografía de la Iglesia en aquellos momentos.

b. Raíces de la simonía

Pérdida de la autonomía de la Iglesia: al pasar en los siglos VII-VIII el sustento y la administración de las iglesias a manos de los «señores» laicos, se creaba una fuerte dependencia y éstos, una vez conseguidos ciertos privilegios, no querían desprenderse de ellos como si fueran ya derechos adquiridos.

La creación y sustento de parroquias rurales por parte de los señores de las tierras³⁸: la propiedad de la iglesia con todas sus pertenencias: altar, tierra, cementerios, diezmos...; todo pertenecía al señor de la tierra. Era normal que estos señores quisieran tener en sus dominios ministros que fueran simplemente administradores de su patrimonio y que para ello se valieran de procedimientos que no estaban de acuerdo con la manera tradicional de conferir los ministerios.

El sacerdote era nombrado por el patrón de la iglesia y le imponía las condiciones que le aseguraban su explotación y a veces «humillaban al clérigo»³⁹. Parte de la iglesia vino así a caer en manos de los derechos particulares.



³⁶ Cf. Mansi 19, 627.

³⁷ Asimismo, el II y III Concilio de Letrán (1139 y 1179 respectivamente) siguen condenando la simonía (Dz 364 y 400). Inocencio XI (1676-79) precisa que no se puede pagar materialmente por lo espiritual (Dz 1195).

³⁸ El derecho germánico se distanciaba del derecho romano, que consideraba a la Iglesia como una institución pública y su gobierno era centralizado. Esto no cuadraba con el derecho germánico, que construía un derecho partiendo desde abajo más que desde arriba.

³⁹ H. Jedin, *Historia de la Iglesia*, Barcelona 1970, vol. III, 416.



La vinculación, pues, de los obispos y los abades al soberano temporal en un sistema de mutua dependencia, y a veces también por ambición, facilitaba la intromisión en el campo eclesiástico y así entraron, por recíprocos compromisos, no sólo los bienes de la iglesia sino también el oficio, el cargo, etc. Los móviles que determinaban en el nombramiento de obispos y sacerdotes eran con frecuencia mundanos y la simonía una consecuencia lógica.

Las investiduras: aunque hay que afirmar que la situación de los sacerdotes en el siglo X dejaba que desear, puede afirmarse, sin embargo, que el balance es positivo, especialmente en el alto clero. Sin embargo, no deja de ser verdad que frecuentemente se mezclaba lo temporal y lo espiritual en la Iglesia. De ello un testimonio elocuente son las investiduras. Esta forma de proceder era fácil presa del aseglaramiento; y un fruto, pues, de la investidura laica era la simonía.

Existía una fuerte conexión entre sacerdocio y beneficios materiales. De ahí, también, se originarían las investiduras (entrega del libro, báculo, estola...). Las investiduras solían costar algo y, aunque el derecho canónico prohibía todo influjo de dinero en la «colación» de cargos eclesiásticos y lo anatematizaba como simonía⁴⁰, sin embargo la frontera entre lo lícito

y el peligro simoníaco era poco segura y muy fácil de traspasar.

Excesivo abuso de la propiedad privada: en Italia los obispos dotaban a sacerdotes dependientes suyos de bienes pertenecientes a una iglesia rural y esto daba pie para mezclar lo esencial de la ordenación sacerdotal con intereses lucrativos.

El mismo derecho de canongías y prebendas daba pie para el abuso y esto, a su vez, influía en la ordenación, trastocándose los motivos y los fines del mismo orden sagrado.

Precisamente una de las manifestaciones de la decadencia del orden sacerdotal era la preocupación de los obispos por mantener los beneficios y posesiones; se veía como una consecuencia lógica el que se rodearan de ministros que coincidieran con sus intereses.

La inmunidad de impuestos con la que los emperadores favorecieron a las iglesias, no sólo en cuanto a la tierra que les correspondía en posesión sino con otras exenciones (mercado, ciudades libres de impuestos, etc.), favorecía el lucro del cargo y la ambición.

6. Traducción del *De dignitate sacerdotali*

Capítulo I

Si alguno, hermanos, recuerda las palabras con las que el Señor amonestó al siervo negligente porque el dinero que había recibido para hacerlo fructificar y repartirlo, lo guardó para sí mismo: pues ¿por qué no colocaste mi dinero en el banco? Y así, al volver yo, lo hubiera cobrado con los intereses (Lc 19,23-25), ya no se reservará esta gracia del ministerio divino, conferida personalmente a él mismo, para su uso particular



⁴⁰Cf. *Ibíd.* 439.



solamente, sino que hará partícipes a todos de ella con generosa magnanimidad. Guardará esta gracia con mayor seguridad y cuidado para que, a su vez, pueda ser para sí y para los demás como un fruto ejemplar, no sea que, de otro modo, se convierta en un simple árbol de adorno, mientras tenga vida, que ocupe estérilmente la tierra. Todo lo contrario, debe ser un árbol cargado de frutos para que todos los que se acerquen a él puedan alimentarse. Por eso el bienaventurado apóstol nos hace una invitación a cumplir todas estas realidades y a buscar cada cual no su propio interés, sino el de los demás (Fil 2,4), lo mismo que yo, que me esfuerzo por agradar a todos en todo, no procuro mi propio interés, sino el de la mayoría, para que se salven (1 Cor 10,33). Y nosotros a quienes por las palabras divinas se nos ha confiado esta responsabilidad, y que hemos recibido la misión de alimentar al rebaño de Cristo, no pensemos que podemos escaparnos sin un grande riesgo de este daño que podemos causar, si no nos acomodamos a esta determinada forma de vida, o si no la predicamos. Y si, por una parte, pudiera ser lícito que la poca honestidad de nuestra vida nos contuviera para no predicar estas verdades que debemos proclamar, sin embargo, por otra, nos induce a hacerlo la necesidad del mandato. Y ¡ay de mí! si no predico todo esto y si entierro en el suelo el tesoro que he recibido, es decir, lo encierro en mi corazón y mantengo la luz de la divina palabra debajo de la mesa y no la coloco sobre el candelero para que todos la vean. Y si no abro los cerrojos de la humana incapacidad con las llaves que todos los sacerdotes hemos recibido, como el bienaventurado apóstol Pedro, no podré nunca merecidamente escuchar: ¡Bien, siervo bueno y fiel! has sido fiel en lo poco, te pondré por ello al frente de lo mucho; entra en el gozo de tu Señor (Mt 25,23).

Por temor a estos avisos y penas, e impulsado por el miedo al castigo e invitado por amor fraterno, me dirijo no al pueblo, a quien ya estoy acostumbrado a corregir, sino a los que predicán a ese mismo pueblo; me dirijo a mis compañeros como siervo obediente, como obispo a los sacerdotes, como maestro a los que presiden.

No quiero, pues, entretenerme más en introducciones y paso a decirles, quizá con atrevimiento, unas palabras que puedan ser de provecho. No pretendo



adjudicarme la prerrogativa de la ciencia, en tal caso puedo solicitarla caritativamente a mis sacerdotes, y tampoco me creo perfecto, aunque pretendo enmendar a otros para que alcancen la perfección. Y aunque me estoy atreviendo a hablarles de todas estas cosas, quiero hacerlo juntamente con ellos en un fraternal diálogo.

Capítulo II

Sostenido por la gracia divina, con la capacidad que tengo, y ayudado por las oraciones de aquellos a los que se dirigen estas palabras, intentaré acometer esta empresa y hablar a los sacerdotes, de cuyo ministerio sacerdotal yo también formo parte.

Escuchadme, hermanos, y si vivís dignamente os llamaría santos. Escuchadme, estirpe del sacerdocio levítico, pastores y guías del rebaño de Cristo. Escuchad a este que ruega por vosotros; atended con solicitud a mis requerimientos porque quiero manifestar el honor del episcopado, sus privilegios y todos los méritos que entraña. No podemos fallar en esta tarea los que poseemos esta verdad en lo más profundo de nuestro corazón. Es conveniente que nosotros conozcamos primeramente la grandeza de la dignidad sacerdotal y a continuación tratemos de conservarla, para que no tengan que aplicársenos las palabras del salmista: el hombre en el honor no comprende, a las bestias se asemeja (Sal 48,13). El honor y la grandeza del episcopado no pueden compararse a nada. Está muy por debajo de



DIMENSIÓN INTELECTUAL

esta dignidad el esplendor de los reyes o la corona de los príncipes; es igual que si tú comparas el brillo del oro con el del plomo. Tú mismo puedes ver cómo los reyes se someten a los sacerdotes, besan su mano y piensan que sus oraciones fortalecen sus vidas. ¿Y qué decir del pueblo que mereció las preferencias del Señor y que ha sido protegido por leyes y más aún por los mandamientos del Señor en el evangelio? Con toda certeza el Señor dijo a Pedro: Pedro, ¿me amas? y le respondió: tú sabes, Señor, que te amo. Y después de repetirle tres veces la misma pregunta y responder Pedro con la misma respuesta, el Señor le dijo: apacienta mis ovejas. Pedro no sólo aceptó estas ovejas y este rebaño, sino que con él nos aceptó a nosotros y con él nosotros aceptamos a todas las ovejas. Las que deben ser gobernadas por los sacerdotes deben, con razón, estar sometidas a sus pastores, y así nos lo enseña brillantemente el precepto evangélico: no está el discípulo por encima del maestro. Todo el que esté bien formado será como su maestro (Lc 6,40).

Capítulo III

Debéis conocer, hermanos, todas estas cosas de antemano para que sepáis que nada hay más excelente que el sacerdocio y nada más sublime que el episcopado. Es mi deseo, pues, presentar a los obispos la grandeza de su dignidad para que sepamos quiénes en realidad somos y qué profesión desempeñamos y demostremos nuestra identidad más por las obras que por el solo nombre, pues el nombre debe corresponder a las obras; para que no sea el honor sublime y la vida deforme, la profesión divina y las obras sin valor, religioso el vestido e irreligioso el fruto, la dignidad excelsa y pernicioso el exceso, para que no se siente en la cátedra de la Iglesia, sobresaliendo así por encima de los demás y a la vez tenga una conciencia hundida en la miseria de su vida, para que no engañemos con nuestras palabras sencillas como palomas y tengamos a la vez una mente canina, y para que no manifestemos una actitud de ovejas y tengamos la ferocidad de los lobos y no se nos achaque a nosotros lo que el Señor dijo por el profeta: ese pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de mí (Is 29,13). Por lo tanto, hermanos, así como la túnica

es el adorno de los senadores y es propio del campesino el cultivar la tierra, peculiar es de los bárbaros el uso de las armas, la pericia del navegar en el marino; y así como la cualidad del trabajo manifiesta la obra de su autor, así las obras del obispo deben manifestar la identidad del obispo y por ellas puedan conocerse todos los méritos del obispo, más por sus obras que por su nombre. Porque, así como hemos dicho que nada hay más excelente que el obispo, nada hay también más execrable que el obispo se desvíe de su santa vida o que el sacerdote caiga en pecado o se ensucie con los vicios. El mal que sigue a una persona que cae de poca altura es menor que el del que se precipita desde una dignidad más elevada. La dignidad que se sigue del episcopado es muy grande ante los hombres, por eso si se derrumba es mayor su mal. Cuanto mayor es la dignidad del obispo, tanto más estruendosa es su caída, si se viene abajo por negligencia. A mayor altura, mayor precaución y cuanto mayor es el honor mayor debe ser la vigilancia. A quien mucho se le ha dado mucho se le reclama. Una investigación severa aguarda a los que están en el poder (Sb 6,8) y aquel siervo que, conociendo la voluntad de su señor, no ha preparado nada ni ha obrado conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes (Lc 12,47). Diverso es el modo de exigir de Dios al obispo, al sacerdote, al diácono, que al clérigo o al laico o a cada uno de los hombres en particular. Dios juzga según las obras; pero a quien se le haya encomendado más, más se le exigirá y recibirá más castigos aquel a quien se le ha encomendado el cuidado de una gran comunidad.





Capítulo IV

Y para poder pintar un cuadro del episcopado y del sacerdote, me referiré al modo como lo pinta el apóstol. Así habla el apóstol: Es cierta esta afirmación (1 Tim 3,1), como si dijera: es verdad todo lo que voy a decir para que no piense alguno que miento. Y añade: si alguno aspira al cargo de obispo, desea una noble función; es decir: si deseas ser obispo, es bueno lo que deseas, pero al mismo tiempo debes de querer el bien. Porque si piensas ser de otra forma, no puedes ser obispo, pues dice a continuación: es, pues, necesario que el obispo sea irreprochable. Dice irreprochable, porque, si es censurable en algo, es merecedor vergonzoso del castigo. La responsabilidad lleva a la acusación y ésta al castigo y el castigo a la muerte. He aquí en qué se convierte la dignidad episcopal.

Casado sólo una vez: si nos fijamos solamente en el sentido literal, prohíbe que tenga dos mujeres, pero si atendemos a un sentido más noble, prohíbe que el obispo sirva a dos Iglesias; y si quieres escudriñar más profundamente estas palabras, fíjate en lo que advierte el apóstol: el obispo después de haber profesado el dogma católico, no lo puede interpretar heréticamente y pide que se adhiera a la fe ortodoxa y católica para que pueda decirse que el obispo tiene una sola y católica Iglesia.

Sobrio, parco no sólo en vino, sino también en vicios. No ceda a la bebida más de lo que conviene, para

que pueda mantenerse siempre sobrio en su mente.

Prudente: una prudencia no humana, porque de ésta dice el apóstol que es necedad, sino la prudencia espiritual, esto es, que sea circunspecto en el obrar y hábil en la palabra y que sea astuto como la serpiente y sencillo como la paloma.

Bien vestido. Si nos atenemos al sentido literal, no quiere decir otra cosa, sino que los sacerdotes vistan con limpieza, dignamente, es decir, con túnicas de seda y de castor, aunque el obispo que se viste de una manera más ilustre piense que con ello se hace más digno. Sin embargo, el santo apóstol quiere decir que si el obispo está muy adornado en cuanto al cuerpo, más lo debe de estar en su alma. El obispo que tiene su alma bien arreglada para con Dios, ése agrada al Señor.

Hospitalario: que tenga sentimientos de humana hospitalidad para el que no tiene alojamiento y al que carece de casa, ofrézcale la suya porque no debe aprovecharse el sacerdote de las gracias que Cristo le ha dado por bondad; y así como Dios ama al que da con alegría, procure sin quejas distribuir sus bienes a los pobres.

Apto para enseñar: que sea eficaz con su sabiduría y no sólo enseñe al pueblo que se le ha encomendado, sino que sea capaz de refutar las acusaciones que se hacen contra la Iglesia y no le suceda que por su incapacidad sea un inepto para adoctrinar a los ignorantes y se le apliquen aquellas palabras: si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en el hoyo (Mt 15,14). El que no sabe, pues, cómo debe ser un sacerdote, que no desee el sacerdocio y que, por tanto, no se atreva a ocupar el puesto de aquel que con el brillo de su sabiduría debe ilustrar las inteligencias de las personas.

No bebedor: no tenga una tendencia desmesurada a beber y procure que de ninguna manera, ni por apariencia, juzguen los demás que el obispo bebe, para que no suceda que, después de una buena dosis de vino, sucumba a los halagos de las mujeres, y de esa forma no reciba el reproche del apóstol: no os embriaguéis con vino que es causa del libertinaje (Ef 5,18).

No violento, sino moderado: no manche sus manos con sangre y no hiera las conciencias de las gentes



con motivos perversos, no sea que se le considere más como un atleta que como un obispo. Todo lo contrario, sufra pacientemente las injurias y pueda así demostrar que tiene un temperamento ecuánime y una sólida paciencia.

Enemigo de pendencias: que su lengua no sea fácil para los improprios y no sea la misma lengua la que alabe a Dios y ofrezca los divinos sacrificios y a la vez siembre el veneno de los pleitos. No es conveniente que de la misma boca del obispo salga la bendición y la maldición y por la misma boca por la que Dios es bendecido, sea maldecido el hombre. Una misma fuente no puede manar agua dulce y amarga.

Desprendido del dinero: es decir, no esté ansioso por el lucro: no esté sujeto el obispo a esta codicia ni alimente la avaricia, que es la raíz de todos los males; el que está contento con el salario que recibe por su iglesia, no se preocupe por las cosas superfluas, sino que sepa hacer partícipe a los pobres de Cristo de la pobreza de su iglesia, pues así está escrito: Dios ama al que da con alegría (2 Co 9,5) y con largueza da a los pobres, su justicia por siempre permanece; su frente se levanta con honor.

Y continúa el apóstol: que gobierne bien su propia casa y mantenga sumisos a sus hijos con toda dignidad: gobierna bien su propia casa el que guarda en castidad su cuerpo. La casa: es decir, que domine su propio cuerpo y no sea su esclavo, porque el que se deja seducir por los placeres de la carne se precipita en el abismo. Todo lo contrario, debe ser ejemplo de

pureza y así enseñarlo a sus hijos. Pues si alguno no es capaz de gobernar su propia casa ¿cómo podrá cuidar a la Iglesia de Dios? Ya dijimos anteriormente que aquel que no es capaz de educar un solo corazón (el propio), ¿cómo podrá formar el de muchos? Y el que no puede quitar la viga de su ojo, ¿cómo podrá quitar la paja del ajeno? Que no sea neófito: es decir, que no haya sido convertido recientemente a la fe y no pase de un día a otro de la milicia del mundo al ministerio sacerdotal. No se acerquen éstos, pues, indistintamente al sacerdocio, no sea que por su envanecimiento caigan en los lazos del diablo, porque lo que se aprende en poco tiempo no puede conservarse por mucho.

El apóstol concluye estas reglas de formación del obispo con estas palabras: es necesario que también tenga buena fama entre los de fuera. Es decir, entre los herejes y cismáticos que están fuera de la Iglesia católica y que son los líderes de los paganos. A estos también se refiere el apóstol: hay que darles un testimonio de vida intachable y de un diálogo santo, no sea que tomen pie los enemigos para detractar al obispo y así difamen y distorsionen las enseñanzas de la Iglesia católica.

Capítulo V

Con estas premisas, nos sentimos más tranquilos, al traer a colación no nuestro propio testimonio en contra de los malos obispos, sino el del santo Apóstol; para que no se rían como si esta obra fuese una fábula inventada por nosotros. Y ya que la autoridad del santo apóstol nos aprueba cada una de estas cosas, si se atreven a poner peros, que corrijan al apóstol más que a nosotros. Y aunque ya sería conveniente que termináramos, porque lo extenso de la obra nos lo exige y el tiempo nos apremia, sin embargo todavía tenemos que alargarnos un poco, movidos de un amor fraterno y preocupados como estamos, principalmente, por aquellos sacerdotes que, embotados por una inteligencia, difaman el honor sacerdotal y por aquellos otros que se han desviado, y que quieren de nuevo volver a resucitar y seguir para su propio beneficio el modo de proceder de Guejazi (cf. 2 Re 5,20-27) y de Simón, que querían comprar, temerariamente, los dones del Espíritu Santo con dinero,



DIMENSIÓN INTELECTUAL

y estos mismos quieren ahora conseguir por dinero la dignidad sacerdotal; estos, juntamente con Simón, ya han sido condenados por el mismo bienaventurado apóstol Pedro: Vaya tu dinero a la perdición y tú con él; pues has pensado que el don de Dios se compra con dinero (Hch 8,20). Los que creen que se puede procurar con dinero el sacerdocio, que caigan en la cuenta de que se han contagiado de la lepra con la que Eliseo castigó a Guejazi (2 Re 5,27). A quienes dirigimos estas amonestaciones, deben considerar que se están inficionando de lepra. Pues así como cuando la cabeza está contagiada por una fuerte enfermedad, todo el cuerpo se ve inundado letalmente por esa enfermedad de la parte superior; y así como los que son las cabezas de la Iglesia corrompen todo el cuerpo fraterno con esa enfermedad pestilente que es el virus mortal del vicio de esos sacerdotes despreciables de tal manera que nada del cuerpo puede escapar a su contagio, así puedes percatarte que los que han accedido al episcopado, no por méritos sino por dinero, y los que confieren por la misma razón el sacerdocio a tales hombres, hacen al pueblo frívolo e indocto.

Y si quieres preguntar a éstos, quién les ha ordenado, responderán inmediatamente: he sido ordenado por el arzobispo hace muy poco, y le he dado cien monedas contantes para que pudiera conseguir la gracia del sacerdocio, y si no se las hubiese dado, ahora no sería obispo; es, pues, más ventajoso para mí el dar dinero de mi propio bolsillo que perder el sacerdocio. Di el dinero y compré el sacerdocio, y el dinero que he dado confío enseguida en poder recuperarlo: ordeno sacerdotes, consagro diáconos y recibo dinero; de esta forma espero que podré conseguir por las ordenaciones el dinero que pida. He aquí el modo como he podido recuperar el dinero que había desembolsado: he recibido, pues, el episcopado gratuitamente.

De esto precisamente me lamento, de que el arzobispo ha hecho materialmente un obispo, pues le confirió espiritualmente por dinero la lepra: Vaya tu dinero a la perdición y tú con él; pues has pensado que el don de Dios se compra con dinero (Hch 8,20). Mas, con este negocio miserable, has llevado a las almas a la perdición. Por una parte, los hombres inconscientes e ignorantes dicen de los que así han sido ordenados: eres digno, eres justo, pero, por otra, el negocio miserable

que se ha realizado está gritando: eres indigno e injusto. El obispo dice al pueblo: la paz sea con vosotros, pero él no tiene la paz interior. Vemos con los ojos de la carne un grande obispo, pero con los ojos del alma vemos a un grande leproso. Adquirió por dinero el sacerdocio indebido y delante de Dios ha perdido la grandeza del hombre interior. El cuerpo recibe la dignidad, pero el alma ha perdido la honestidad. El cuerpo, siervo del alma, se ha hecho su señor, y el alma, que era el señor, se ha convertido en su siervo. La carne reina sobre el pueblo, pero el alma sirve al demonio. El sacerdocio se aprovecha de la carne, y el alma recibe el daño: ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su propia vida? ¿O qué podrá dar el hombre a cambio de su vida? (Mt 16,25). Lo que ofreció para que el obispo le ordenara fue oro, pero perdió el alma. Dinero fue lo que recibió ordenando, pero lo que confirió fue la lepra. Esta es la mercancía de los malvados para perdición de ellos.

Pregunto al hermano mío en el obispado yo, obispo, y como obispo me dirijo a él. Dime en pocas palabras, hermano obispo: al dar dinero ¿qué recibiste? Recibí la gracia episcopal. Te pregunto: ¿por qué designas esta gracia con esta palabra? Responde: ¿Por qué, dices? Pienso que porque lo que se da gratuitamente, se llama gracia. Pues si la gracia se da gratuitamente, y no se valora como si fuera oro, ¿por qué compras esta gracia con dinero? Responde: No se me concedería esta gracia si no la compro con dinero y no hubiese sido ordenado obispo si no hubiese dado el dinero. Según aparece, pues, por tus respuestas, no has recibido la gracia de la





ordenación porque no la has merecido gratuitamente. Por tanto, si no has recibido esta gracia, ¿cómo es posible que hayas sido constituido como obispo? Dadlo todo gratuitamente, puesto que gratis recibisteis el poder (Mt 10,8). ¿Cómo creíste que pudieras hacerte dueño por dinero de lo que es una gracia? Por lo que veo, has perdido el dinero, dándolo, y no has conseguido la gracia divina.

Todavía quiero una vez más preguntar a nuestro hermano obispo, para que no parezca que hemos dejado pasar algunos argumentos. ¿Quién confiere, hermano, la gracia episcopal: Dios o el hombre? Sin duda respondes que Dios; es Dios, sin embargo, por medio del hombre: el hombre impone las manos y Dios confiere la gracia. El sacerdote suplica con sus manos y Dios bendice con su poderosa mano; el obispo inicia el orden sacerdotal y Dios da la dignidad. ¡Oh justicia! Si se le da dinero a un hombre que no tiene en sí ningún poder, sino solamente desempeña un servicio, ¿cómo es posible que se le niegue todo a Dios que es el que confiere el orden? ¿Te parece justo que el siervo reciba todo el honor y el señor todas las injurias y que injustamente reciba el sacerdote dinero y Dios sufra las injurias del mismo hombre? Si a ti nada te concierne de lo que Dios ha procurado con el orden, ¿cómo es posible que el dinero tenga algo que ver con la gracia del sacerdocio? Dios quiso concederlo gratuitamente al hombre. ¿Puede el hombre reivindicar lo que Dios, que es bueno, concedió gratuitamente y que el sacerdote, que es malo, lo conquistó fraudulentamente? ¿Tienes algo que no hayas recibido? Pues si todo lo que

tienes lo has recibido, ¿a qué viene presumir como si fuera tuyo? (1 Co 4,7).

Capítulo VI

He aquí en qué se ha convertido el orden divino; he aquí hasta qué punto han llegado los sacerdotes a merecer las palabras del Señor: vosotros sois la luz del mundo (Mt 5,14). A éstos obedecen las personas y a éstos dijo el Señor: vosotros sois la sal de la tierra (Mt 5,13). Si el obispo es la luz de la Iglesia como se lo ha ordenado el Señor, es necesario que ilumine con su palabra llena de celo las tinieblas de las conciencias. ¿Es posible que él mismo viva en la oscuridad? No solamente se pierde él cuando obra mal, sino que arrastra a los demás. Si has merecido ser sal que debe condimentar la comida insípida, ¿cómo te puedes permitir que, obcecado por los vicios, te pisoteen los puercos de tal forma que no puedas ser sal ni para ti ni para los demás? Deseaste voluntariamente ser luz en la Iglesia para poder servir de luz al resto del cuerpo que se te encomendó y ahora, enfermo por las tinieblas de los vicios, no eres capaz de darte a ti mismo luz y quitas la luz a los demás. A estos se refiere el Evangelio cuando dice: si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará iluminado (Mt 6,22). El obispo que es digno de ser luz por la simplicidad y santidad de su vida, irradia el esplendor de su luz a toda la Iglesia, pero si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará a oscuras. Si el obispo que debiera ofrecer luz a sus súbditos está obcecado por la maldad, ¿qué sucederá con todos los demás miembros que están vinculados a su luz? ¿Qué no harán los fieles si el mismo obispo empuja a las gentes con toda clase de placeres ilícitos hacia el torbellino de las malas acciones y él mismo las comete como si fueran lícitas? Los hombres creen que es laudable lo que el obispo considera como digno de alabanza, para que ninguno dude en hacer lo que hace el obispo. Que todos puedan llamarte obispo porque así eres considerado: si las obras corresponden al nombre, el mismo nombre se asocia a las obras. La palabra obispo significa vigía, un supercentinela, especialmente cuando se sienta en la Iglesia y a todos mira y todos tienen su mirada fija en él. Si esto es así, ¿por qué quieres aparecer como un horrible espejo ante los ojos de todos de tal manera que



no puedan por tu obscuridad mirarse en él y arreglarse cuidadosamente?

Capítulo VII

Ya es suficiente todo lo que hemos hablado con nuestros hermanos sacerdotes. Hemos querido demostrar su excelencia y su desgracia para que no confíen solamente en su dignidad y para que no dejen de buscar la perfección de las costumbres y no se gloríen, por tanto, solamente por el nombre, sino también por sus obras. Y aunque sé que hay sacerdotes que no aceptan todo lo que he dicho en este opúsculo y que murmurarán deslealmente, sé también que habrá muchos que ya cumplen o que intentan cumplir todo esto y que rezan por nosotros. Y así como unos con sus murmuraciones nos molestan, aunque muy poco, así también nos sentimos apoyados por las oraciones de los buenos y santos.

Dirige tú, Espíritu santificador, que nos has ayudado en esta obra con tus divinas inspiraciones, a todos los sacerdotes y dales tu ayuda para que cumplan todo cuanto has querido inspirarme en este opúsculo, para que a ellos y a mí nos concedas el reino perpetuo que al final de los siglos has prometido a todos tus santos. Amén.

Palabras clave: Gerberto de Aurillac (Papa Silvestre II), Iglesia católica, Sacerdocio, Simonía.

Agradecemos a la revista Ecclesia y sus autores, el permitirnos publicar este artículo.



El matrimonio y la familia y su relación con los derechos humanos según la enseñanza de San Juan Pablo II – *Algunas reflexiones en torno a la filosofía y teología católicas (parte II)*



P. Alfonso López Muñoz, L.C.
Doctor en Filosofía
Licenciado en Teología Dogmática

Como profundización del artículo que publicamos en el número pasado de esta nuestra revista *Sacerdos* sobre el matrimonio y la familia y de cómo el futuro de la humanidad pasa a través de estas realidades sagradas según la enseñanza de san Juan Pablo II, ofrecemos las siguientes reflexiones más de carácter filosófico y teológico como trasfondo de cuanto ya decíamos anteriormente respecto a cómo lo que hasta hace no muchos decenios representaba una evidencia pareciera haber venido a menos en los últimos tiempos, inclusive al interior de la Iglesia.

En efecto, hoy da la impresión que no se afirman ni mucho menos se reafirman estas verdades sobre tales realidades humanas, o por lo menos no se dejan tan en claro. Da la impresión que el ataque despiadado contra las instituciones naturales del que desde hace ya tanto tiempo son objeto, sobre todo las más fundamentales y esenciales de entre ellas como son el matrimonio y la familia –el primero siendo condición *sine qua non*, esencial, de la segunda– ha hecho que hoy no se defiendan con total nitidez y decisión como antes realidades tan esenciales como la sacralidad de la vida humana como don de Dios desde su concepción hasta su muerte natural, así como la verdad inalterable del amor humano entre el hombre y la mujer en el matrimonio, justamente como base de

la familia, la única familia pensada, querida y bendecida por Dios. Es un hecho que hoy, en la atmósfera cultural reinante, de la cual no están exentos los cristianos –y tampoco lo estamos los católicos entre éstos–, reina el imperio de la ambigüedad, por una malsana tendencia, quizás, de pretender quedar bien con todos, es decir una especie de ‘bonismo’ que deja una libertad total para que cada quien piense, decida y haga lo que quiera ya no sólo con su propia vida sino con las instituciones naturales fundacionales o fundantes de la humanidad, y, por lo tanto, quedando así comprometidos el verdadero bien, la realización verdadera y la auténtica felicidad de la persona humana. Pero así el hombre que todavía conserve un mínimo de conciencia moral, y no se diga ya el cristiano, y de manera especial el católico –por el hecho de que es en la Iglesia católica en la que subsiste la Iglesia que Cristo fundó–, en realidad claudica a su misión sagrada de ser luz en medio de este mundo tan plagado de oscuridades y de ser levadura en la masa; incumple y traiciona su misión.

Este ambiente en el que nos vemos hoy inmersos en nuestro mundo contemporáneo, es algo que nos puede contagiar a todos, también a nosotros como miembros de la Iglesia, como decimos. Ese “mood” que se erige en principio absoluto y que consiste en ‘no incomodar’



DIMENSIÓN INTELECTUAL

al que no piensa como uno, independientemente de que se suponga que lo que uno conoce, piensa y dice es la verdad, como es el caso de quien se dice cristiano y que tiene la obligación de anunciar la verdad del Evangelio -en primer lugar con el testimonio de su propia vida pero también con las palabras-, como dice san Pablo, "con oportunidad o sin ella" (2 Tm 4, 2a); esa manera de pensar, que por supuesto no es evangélica, decimos, se nos puede 'pegar' casi sin darnos cuenta. Es la situación de quien se dice católico, pero ya no está seguro de cuanto el Magisterio perenne de la Iglesia ha enseñado ininterrumpidamente durante 2000 años desde que la Verdad en persona vino a este nuestro mundo y se encarnó haciéndose uno como nosotros. Ante ello, cabría preguntarse: ¿'Qué nos pasa'? ¿Qué está sucediendo a los cristianos, y entre éstos también a nosotros católicos?

Por una parte, es un hecho de que hoy el tema dominante son los "derechos humanos", tanto dentro como fuera de la Iglesia. Y está muy bien que así sea, pues la dignidad de la persona humana los exige. No se puede hablar de dignidad y "respeto" al ser humano si no se respetan sus derechos naturales absolutos e inalienables; serían bonitas palabras nada más, pero sin contenido y sin consecuencias, tan solo letra muerta. Es por eso que se dan al mismo tiempo todas estas contradicciones actuales, como lo es, por una parte, el proclamar solemnemente y a los cuatro vientos que nadie tiene derecho a matar a nadie y que el homicidio es un hecho criminal grave y condenable, y, por otra parte, afirmar, igualmente de forma grandilocuente, que el asesinato del ser humano más inocente, pequeño, débil e indefenso – lo cual es exactamente el aborto voluntario-es algo a lo que se tiene derecho, y que por lo tanto las leyes que así lo determinan son un "logro", una victoria, un gran progreso en la "conquista", dicen, de los derechos de las mujeres. ¿¡El crimen más injusto e infame de un ser humano llevado a cabo por la madre misma de la víctima elevado a derecho más alto y dignificante de la mujer!?

Otros dos campos de batalla, unidos esencialmente entre sí, son, entre otros, como venimos diciendo, los del matrimonio y la familia. El problema es qué es lo que se entiende por estos conceptos. Porque es evidente que el lenguaje y su significado primigenio no sólo se han ido perdiendo, sino que han sido desnaturalizados, precisamente por parte de aquellos quienes así se lo han



propuesto. Una de esas instancias que se han convertido en expertas en tal perversión es precisamente la ONU y sus sub-organismos internacionales como la UNESCO. Y vaya que han sido astutas como serpientes para llevar a cabo eso que el sacerdote y filósofo español Alfonso López Quintás ha denominado como "el rapto del lenguaje". No es el caso ahora de hacer un recordatorio del camino histórico que han seguido esos 'potentes del mundo' en sus famosas 'Conferencias' a lo largo de los últimos decenios. Lo que sí hay que reconocer es que sus agendas están muy bien planeadas y definidas desde hace mucho tiempo y que saben claramente qué es lo que quieren y cómo han de conseguirlo. Y, por desgracia, hemos también de admitir que han ido logrando, en buena medida, cuanto se han propuesto. Por eso hacen bien en llamarles a sus reuniones mundiales "conferencias", término que significa literalmente *llevar las cosas*: llevarlas consigo y llevarlas en dirección y hacia la meta que se han propuesto; llevarlas consigo, ellos dirigiéndolas y acompañándolas a donde ellos quieren. Diríamos en lenguaje coloquial: "llevar las aguas su molino". Basta constatar hoy día la cantidad de países – sin duda una mayor parte de los mismos- que se han ido plegando a sus planes y condicionamientos, a cambio de supuestas ayudas para su 'bienestar social-nacional'. De esa manera, hoy en las agendas nacionales se tiende a hablar ya no de "matrimonio" o de "familia", sino en plural: "matrimonios", "familias". En efecto, según esto ahora se ha de hablar de diversos tipos de matrimonio y de familia. Y sabemos bien a qué se refieren, es decir a las uniones de personas homosexuales y otras. Ah, porque eso sí, una vez que se pierde el concepto claro



DIMENSIÓN INTELECTUAL

y definido –la idea “clara y distinta”, para decirlo con Descartes- entonces todo cabe, por así decirlo. Una vez que se alarga la definición, en realidad se han perdido ya los puntos firmes sobre los que se apoya la semántica, el lenguaje mismo. Y dado que el lenguaje es nuestra forma humana de indicar las cosas, las realidades, entonces se pierde el mismo puente con la realidad. Es decir, entramos en un mundo ya no sólo “virtual”, como se inclinaría a llamarlo hoy día, sino que más bien nos introducimos, por así decirlo, en ‘una realidad irreal’, una visión del mundo y de las cosas, así como de las personas, que en realidad no corresponde a la objetividad de las cosas, del mundo y de las personas. En pocas palabras, por este camino se entra en un mundo irreal y falso. Sí, se va construyendo así un mundo de falsedad, de mentira. ¿Pero, qué significa esto en términos sobrenaturales y de fe? Ello no puede no significar sino entrar en el reino de aquel a quien se refiere Jesús como “padre de la mentira”, es decir el demonio mismo, Satanás. Y lo dice nada menos Aquel que es la Verdad misma en persona, pues fue Él mismo quien lo afirmó: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6).

Por lo demás, se olvida en nuestro mundo actual que a todo derecho corresponde un deber. Y no sólo en el sentido coloquial con el que se suele decir que “los derechos de uno terminan donde comienzan los del otro”, los del prójimo. Eso sería tan sólo una especie de sistema social de conveniencia de los derechos. No, el sentido más profundo por el que se ha de afirmar que todo derecho conlleva incito un deber se refiere a que ya la vida humana misma, más allá de todos sus derechos, implica deberes; deberes “connaturales” precisamente



porque están ligados esencialmente a la “naturaleza humana”. Pero aquí nos volvemos a enfrentar a un problema de fondo de la cultura moderna: estamos ante el pensamiento filosófico de la así llamada “post-modernidad” –aunque quizás debiéramos decir mejor “post-secularismo”, como algunos autores proponen de unos años para acá-, de ese pensamiento que no puede sino ser realmente “débil”, para decirlo con Vattimo, filósofo italiano cuyas dos más fuertes influencias las encontramos en Heidegger y Nietzsche, y que propugna una aun mayor relativización tanto del pensar como del ser, privando a la realidad como a la epistemología –es decir el modo de conocer aquella, comprenderla y expresarla- de todo fundamento objetivo. Y esto lo mencionamos porque ello nos parece emblemático de lo que ha venido ocurriendo en ámbito filosófico en la época moderna y contemporánea, pues se puede leer en ella una clara línea ascendente en la pérdida de una visión metafísica sólida, realista, del mundo físico y del mundo de las personas en prácticamente todas las ramas del saber y del hacer, de la ciencia y de la técnica.

En efecto, se trata del reino de la “deconstrucción” –para decirlo esta vez con Derrida, con lo que si no tenía razón con su propuesta en sí misma, sí la tenía, al fin y al cabo, en cuanto diagnóstico del pensamiento actual, a pesar de que tantos filósofos, igualmente no sin razón, se quejaron de él por el hecho de que su pensamiento no se atenía a los más mínimos parámetros de claridad y objetividad-, es decir, en definitiva, de una interpretación de la realidad –y desde el mismo lenguaje a través de un análisis semiótico- no sujeta a una lógica, y por lo tanto tampoco inferida de la realidad. Y es que, en efecto, la lógica responde a una estructura objetiva, “real” de la realidad –valga la redundancia-, la cual, si se la abandona, significa caer en el reino de la anti-metafísica. Por tanto, una vez que deja de haber –o mejor, toda vez que se deja de tener en cuenta- referentes objetivos a los que precisamente se *refiera* un lenguaje conceptual igualmente objetivo, entonces caemos en el mundo tanto del escepticismo como del relativismo, sea este gnoseológico, filosófico o moral, e incluso religioso; o bien todos ellos simultáneamente. Todo esto, insistimos, se pierde cuando se pierde precisamente esa visión metafísica, es decir auténticamente filosófica de la realidad y del hombre a la que nos venimos refiriendo. Y si se pierde el concepto de “naturaleza”, es decir de una



DIMENSIÓN INTELECTUAL



realidad con su propia y particular especificidad, tanto en el orden del ser como del obrar, entonces se pierde no sólo el concepto, sino, a la larga, la realidad misma, en nuestro caso la realidad misma del ser humano. Porque, como dice el adagio, “si no se vive como se piensa, se termina pensando como se vive”. Y si se llega a tal pérdida de un pensamiento, de un ser y de un vivir según la realidad objetiva y de acuerdo a nuestra naturaleza también objetiva como personas, entonces perdemos mucho, perdemos todo. Perdemos lo que de verdad somos y debemos ser, por más que tal “deber ser” es siempre un Ideal, es siempre ‘aspiracional’, en el sentido de que no nos es alcanzable del todo y de una vez por todas, sino que hemos de *tender hacia*, caminar hacia él y esforzarnos cada día precisamente por alcanzarlo. Porque, en realidad, el límite es la vida misma, es decir el fin de ésta, la muerte, y, de hecho, más allá de ésta, para quienes tenemos la gracia de tener fe, o mejor – para decirlo con ese gran filósofo auténtico y católico que fuera Blondel- que ésa nos tenga a nosotros.

El ejemplo más claro y nítido del término de semejante camino progresivo de la auto-perdición y ruina del intelecto lo tenemos en las ideologías históricas, y quizás, en especial las que explotaron y tomaron vida en el siglo pasado, como el comunismo, el nazismo, el fascismo, pero también el liberalismo moral a ultranza o “libertinaje” moral, de manera especial en campo sexual, pero no sólo, así como el psicologismo, etc... Ahora bien, casi como compendio de todas ellas hoy de manera especial se campea como gran dictador y soberbio tirano la ideología de género, el así llamado en inglés “gender” y así trasladado a todos los idiomas. Mas,

¿qué es lo que se indica exactamente con un término tal? No es fácil determinarlo con exactitud ya que ni siquiera los mismos creadores, impulsores y propugnadores de tal ideología se ponen de acuerdo. Sin embargo, una cosa es evidente: es tal la negación de la realidad lo que esconde tanto el término como la ideología a la que pretende referirse, es tal la negación de lo objetivo, de *lo que simplemente es*, es tal la aberración intelectual que encierra dicha ideología, que más allá del rechazo de la evidencia lo que aquí tenemos es una simple y sencilla mentira. Simple y sencilla, aunque monstruosa. Como decimos, un auténtico extravío total de la mente, un desquicio profundo de la inteligencia, en definitiva un sinsentido, porque tal postulado se yergue contra el ser y el pensar mismos, contra la verdad más esencial del hombre, contra la esencia del ser humano, no sólo en su dimensión ontológica sino en su dimensión ética, entendiendo con ello no una mera costumbre, fruto de una conveniencia social humana, sino en el sentido específica y profundamente moral, y la sede de ésta está en la conciencia misma del hombre, o mejor, no sólo “está”, sino que debiera ser la misma conciencia humana personal, que es el recinto más noble e íntimo de la persona humana. Es decir, hablamos de una valencia profundamente humana con relación a su bien en cuanto persona. Y si a esto añadimos que, de hecho, es en la conciencia y por medio de ésta que Dios se comunica al hombre, y que es ahí donde resuena la Ley Eterna de Dios, cuya expresión a nivel humano precisamente es la “ley natural”, pues entonces realmente hablamos de lo más sagrado en el hombre. San Agustín lo dirá de manera insuperable en sus –insuperables también- Confesiones, dirigiéndose a Dios mismo: “*Tu autem intimior intimo meo, et superior summo meo*”: “Tú, señor, eres lo más interior de lo más íntimo mío [en mí] y lo más superior de lo más supremo [elevado, alto] mío [en mí]” (III, 6, 11). En efecto, el “*Doctor gratie*”, título con el cual la Iglesia lo reconoce precisamente como Doctor de la Iglesia, es, además, uno de los grandes maestros de la conciencia de todos los tiempos, de la conciencia simplemente humana y de la conciencia religiosa en cuanto tal. Por eso lo que ha sido llamado como “espiritualismo agustiniano” ha perdurado y seguramente perdurará en la historia del cristianismo, e incluso en la historia de la mera y llana antropología y espiritualidad humana, como uno de los grandes ápices de su expresión más honda, más pura y



DIMENSIÓN INTELECTUAL

más nítida. Y es que, en efecto, en susodicha frase lo dice, lo encierra y lo condensa todo: la conciencia como sede de Dios, de la voz divina, de su Santísima Voluntad para el *"hic et nunc"* –el "aquí y ahora"– del actuar humano.

Pero, volviendo al tema de ese perfecto despropósito que encierra la ideología de género, conviene subrayar el hecho de que esta postura tan acérrimamente negacionista del ser y de la objetividad respecto a la esencia del hombre, mira al actuar. En efecto, todo cuanto con ella se pretende justificar sin razón –de hecho, sin la mínima razón ni racionalidad– es con vistas, finalmente, a las relaciones indefinidas e indeterminadas entre seres humanos, los cuales ya no estarían 'marcados' por el sexo biológico –o mejor: ya no 'serían marcados', dado que la sexualidad humana es parte del ser mismo de la persona humana, y por tanto se trata de un nivel netamente ontológico–, con el cual de hecho nace todo ser humano, sino según una pretendida 'sexualidad' auto-elegida. En fin, como anotábamos, es difícil incluso exponer y explicar algo que tan radicalmente repulsa a la inteligencia *tout court*, a la mera razón, al pensamiento natural, es decir a la razón sana y no enfermiza y desnaturalizada. En este terreno nos encontramos con la destrucción total del ser humano; en palabras de C.S. Lewis: "la abolición del hombre". O bien, desde un léxico más trascendente, hemos de decir con Scheller que estamos ante la aniquilación de "lo eterno en el hombre".

Pero, como ya insinuábamos, hemos de reconocer que esto que venimos diciendo también se ha infiltrado de alguna manera en algunas corrientes de pensamiento

"católico" –pero que, en realidad, de esa manera deja de serlo–, sea en lo filosófico como en lo teológico. Y es que cuando las disciplinas sagradas han dejado de fundamentarse en una verdadera visión metafísica del mundo, del hombre y del mismo Dios, entonces la doctrina católica –o mejor, las enseñanzas de algunos "maestros" supuestamente católicos, sean estos filósofos, teólogos, o bien educadores, catequistas y evangelizadores influenciados por aquéllos–, la enseñanza cristiana, la instrucción católica, comienza a flaquear y a diluirse en algo que comienza a tornarse en pantanoso, perdiendo la solidez del suelo firme de la doctrina de siempre y del magisterio perenne de la Iglesia. Baste pensar en una parte de la teología postconciliar, la cual en buena medida, por lo menos en el inmediato postconcilio y a lo largo de varias décadas, abandonó a los grandes y verdaderos maestros de la teología católica, dejándose literalmente "apantallar" por el brillo de corrientes filosóficas, teológicas o de espiritualidad que mucho o poco tenían y tienen que ver con la verdadera Tradición de la Iglesia en estos campos, cuando no, de hecho, eran y son incluso adversas y hasta contrarias a los principios del humanismo cristiano, de la *"Philosophia perennis"* y de la correcta, segura y sagrada teología auténticamente católica. Y al hablar de dicha fracción teología postconciliar –aunque ésta se fragua ya en los decenios anteriores al Concilio Vaticano II–, nos referimos en concreto a teólogos y pensadores que abandonaron precisamente la filosofía de santo Tomás de Aquino, basada ésta en la sólida metafísica de Aristóteles, es decir la verdadera metafísica, y se dejaron llevar por modas intelectuales del momento, introduciéndolas, de hecho, en el pensar cristiano y en la misma labor teológica, cuando en realidad se trataba de visiones incompatibles, por el simple hecho de que dichas posiciones filosóficas y teológicas partían de presupuestos muy diversos, cuando no del todo opuestos a la visión cristiana de la realidad terrena y sobrenatural.

Como botón de muestra, pero del todo significativo, de cuanto venimos diciendo está el teólogo jesuita alemán Karl Rahner –cuya influencia en la teología contemporánea es de todos de sobra conocida–, el cual no sólo manipuló y tergiversó la doctrina tomista –como bien han mostrado en los últimos años varios estudiosos de este teólogo y sus teorías tanto filosóficas como teológicas¹–, sino que pretendió hacer una síntesis de





DIMENSIÓN INTELECTUAL

visiones, como decimos, realmente contradictorias, como puede ser la concepción metafísica y profundamente teológica, bíblica, patrística y espiritual del Aquinate y la visión existencialista más bien neopagana y, finalmente, si no atea por lo menos agnóstica de Heidegger, la cual goza también del antropocentrismo a-trascendente como reducto final de la larga historia de la filosofía moderna y contemporánea centrada en el hombre y sin una verdadera apertura a Dios². Por lo demás, tal historia deriva, finalmente, no sólo en un sin-sentido, sino en un verdadero nihilismo, lo cual el mismo Heidegger hace ver, no sólo con su denuncia sino con su propia propuesta, la cual por más que hable de un “fundamento”, en realidad termina sin llegar a éste, renunciando a dar con él, cosa que ha sido señalada por conocedores críticos y serios del pensamiento del autor de *“Sein und zeit”* –“Ser y Tiempo”, publicada en 1927-, que tanto ha marcado la filosofía europea, sobre todo la continental, desde hace casi un siglo; en efecto, algunos de los más perspicaces de entre aquéllos, han señalado que es por eso que la anunciada segunda parte de este texto

nunca vio la luz, pues la lógica interna del texto hubiera llevado, por fuerza, a Heidegger a reconocer a Dios como *fundamento último* del ser de los “entes”, de toda la realidad –creada, habría que añadir, por supuesto, si se habla desde una perspectiva cristiana³-. Pero en realidad en Rahner hay mucho más que Heidegger, pues sus



¹Cfr. “La metafísica del conocimiento de Karl Rahner: análisis de ‘Espíritu en el mundo’”, del padre Javier Mercant Simó, Documenta Universitaria, Gerona 2018. El texto es una tesis doctoral. El P. Mercant hace ver de manera muy clara, seria y documentada esto que decimos sobre la manipulación que llevó a cabo el padre Rahner de los textos de santo Tomás de Aquino; del mismo P. Mercant: “Los fundamentos filosóficos de la teología trascendental de Karl Rahner”, Casa Editrice Leonardo da Vinci, Roma 2018. Ver también P. Ignacio Andereggen, “Theologia Moderna. Radici filosofiche, Raíces filosóficas, Racines philosophiques, Philosophical roots”, Independently published, 2019, en donde se encuentra, en el capítulo XII del libro, el artículo: “Hegel e Heidegger, prodromi filosofici del pensiero teologico di Karl Rahner”; y capítulo VII: “Hegel y el catolicismo”.

² A este respecto baste mencionar a un pensador tomista de la talla del sacerdote estigmatino Cornelio Fabro, quien al mismo tiempo su pensamiento estaba abierto a la reflexión filosófica moderna y contemporánea sobre el hombre y de manera especial sobre su libertad. El padre Fabro tradujo al italiano la obra de Kierkegaard, precisamente por el interés que el así llamado “padre del existencialismo cristiano” despertó en él precisamente por su oposición y demolición del idealismo hegeliano y por el lugar que da el gran pensador danés no sólo a la libertad, sino a la fe cristiana, también vista y analizada desde la óptica meramente filosófica. En relación a Karl Rahner, ver Cornelio Fabro, “La svolta antropologica di Karl Rahner”, (Rusconi, Milán 1974; última reedición en las Opere Complete de Cornelio Fabro en la Editrice del Verbo Incarnato, Roma 2016, vol. 25), el cual es un clásico sobre el tema. Por lo demás, ahí ya el P. Fabro hacía ver cómo Rahner hacía una manipulación indebida de santo Tomás de Aquino y como de esa manera hacía decir al santo Doctor de la Iglesia lo que en realidad no dice.

³ Sobre el tema el libro de Raú Echauri, “Heidegger y la metafísica tomista” (Editorial Universitaria de Buenos Aires –EUDEBA-, Buenos Aires 1970), es muy esclarecedor. Ya desde el prefacio, a cargo nada menos que de Étienne Gilson, el punto queda muy claro. Por lo demás, se vale tanto de Gilson como de Cornelio Fabro, Zubiri y otros, para mostrar justamente la confusión y la no-resolución correcta en relación al ser que se encuentra en el pensamiento de Heidegger, si es que se quiere hacer una verdadera metafísica.

⁴ En efecto, Rahner se ubica dentro de esa línea de pensamiento así llamada “tomismo trascendental”, la cual busca un diálogo con la filosofía moderna desde la concepción gnoseológica del método trascendental kantiano propuesto en la Crítica de la razón pura. Tal corriente, de alguna manera inaugurada por el padre jesuita Pierre Rousselot y continuada después por los también jesuitas André Marc, Joseph Maréchal, Bernard Lonergan, Emerich Coreth, por citar a los más importantes y conocidos entre sus exponentes. En esa línea se encuentra también el P. Johannes Baptist Lotz, también jesuita, que enseñara metafísica en la Universidad Gregoriana por muchos años, y que había conocido y tenido relación con Heidegger, quien solía referir que



DIMENSIÓN INTELECTUAL

raíces epistemológicas, profundamente contra-distintas del realismo gnoseológico aristotélico-tomista, están nada menos que en Kant⁴, así como también en Hegel, lo cual, como ya anotábamos antes, da como resultado una verdadera tergiversación del pensamiento del santo patrono de los estudios eclesiásticos. Y más allá de los errores, o por lo menos ambigüedades creados por las enseñanzas –tan de avanzada como poco claras, y de plano confusas⁵– del jesuita alemán en varios ámbitos de la teología–sobre todo en el concepto de la gracia y del pecado –tanto del pecado original como del pecado actual o personal–, es decir en el campo de la antropología teológica, y, antes que ésta, en el de la misma Cristología y Soteriología, materias fundamentales y nucleares de la doctrina, teología y enseñanzas católicas⁶–, más allá de todo esto, decimos, sobra decir el daño que ello ha representado desde hace varias décadas en la formación de seminaristas y sacerdotes, tanto en los seminarios diocesanos locales por todo el mundo, como en algunas universidades e institutos eclesiásticos en el mismo centro de la Catolicidad, es decir Roma, los cuales en muchos casos dejaron por completo de lado cuanto los

Papas, y con ellos en general el Magisterio perenne de siglos, han insistido al respecto.

Ante esto que venimos diciendo, hemos de preguntarnos: ¿Pero cuando prescribieron las indicaciones del Papa León XIII en su encíclica *Aeterni patris* de 1879, donde propuso a Tomás de Aquino como “*Patronus caelestis studiorum optimorum*”, lo cual se traduce como “patrono celestial de los estudios de las cosas más sublimes”, las ciencias más altas, que son las llamadas tradicionalmente “ciencias sagradas”, es decir precisamente la filosofía y la teología? ¿Cuándo dejaron de tener vigencia tales indicaciones del gran Papa del cambio de siglo, así como las de sus sucesores? ¿Cuándo quedó pretendidamente obsoleto o anticuado, cuándo cayó en desuso o dejó de tener fuerza de valor y mandato lo que el mismo Concilio Vaticano II y junto con éste lo que han dicho al respecto tanto Paulo VI⁷, que lo concluyó, como los Papas que le han sucedido, especialmente el santo Papa Juan Pablo, él mismo gran filósofo y teólogo que supo dialogar, sí, con el pensamiento moderno y contemporáneo, aprovechando todo lo bueno y valioso que sin duda hay

Él le había dicho al mismo Heidegger: “El ser que usted ha encontrado no es El Ser.

⁵ Es revelador el comentario del Papa Emérito al respecto en un libro-entrevista –que, en realidad, es fruto de varias entrevistas que se llevaron a cabo antes y después de la renuncia de Benedicto XVI a la sede de Pedro– que fuera publicado por Peter Seewald, quien, como bien sabemos, es uno de sus principales entrevistadores y biógrafos de Benedicto XVI; el texto, pues, ve la luz a poco más de tres años de haber hecho efectiva su dimisión de la sede de Pedro, y el cual se publicó ese mismo año con el título de “Últimas conversaciones” en español (Mensajero, Bilbao 2016). Allí dirá el Papa Ratzinger que Rahner y él “perteneían a dos mundos intelectuales diferentes”, ya que “él [Rahner] provenía por completo de la escolástica”, dice el Papa Ratzinger, “yo, en cambio, venía de la Biblia y de los padres” (pp. 172-173 [En realidad, como ya hemos referido, la “tal escolástica” de Rahner era, en todo caso, una escolástica decadente, pero, sobre todo, se trataba en su caso de una manipulación de santo Tomás de Aquino (cfr. Pie de página 1), además de ser él de esa línea del “tomismo trascendental” al que nos hemos referido (cfr. Pie de página 4), la cual es ya en sí mismo conflictiva, por ser, en su raíz, incompatibles el tomismo y el kantismo]; poco más adelante, ante la pregunta que, partiendo de la premisa de su antigua relación tanto con Rahner, Hans Küng y Johann Baptist Metz, de si había cambiado “de bando en algún momento”, el Papa Emérito responderá así de nítido y tajante: “Vi que la teología no era ya interpretación de la fe de la Iglesia católica, sino que reflexionaba sobre sí misma, sobre cómo podía y debía ser. Como teólogo católico, para mí aquello no era conciliable con la teología” (Ibid., p. 200; el subrayado es nuestro). Nos parece que con estas palabras queda claro el desmarcarse de parte del Ratzinger de aquellos tiempos con respecto a teólogos que comenzaban ya a separarse de la Tradición en lo que a la misma teología se refiere, en relación al concepto y a la misión mismos de la “teología católica”. Nos parece ‘más clara que el agua’ tal respuesta del Papa Ratzinger; en ella se dice simple y llanamente que cierta teología “católica” en realidad había comenzado a dejar de serlo antes del concilio, al menos hasta cierto grado, y seguramente más en unos temas que en otros. Ahora bien, la siguiente pregunta de Seewald versa sobre una petición para la supresión del celibato obligatorio de los presbíteros católicos que firmaron varios teólogos alemanes, entre ellos también él, Ratzinger. “¿Fue aquello un desliz?”, espeta el entrevistador; a lo cual responde el Papa alemán: “El texto que redactaron Rahner y Lehman se debatió en la Comisión para la Doctrina de la Fe de la Conferencia Episcopal Alemana, de la que formábamos parte ellos y yo. Aquello era tan enreversado como todo lo de Rahner: por una parte, se abogaba por el celibato; por otra, se intentaba mantener abierta la cuestión, para seguir reflexionando sobre ella. Firmé sobre todo por amistad con los otros. Aquello, por supuesto, no fue una decisión afortunada. Pero he de decir que no se trataba de una exigencia de suprimir la obligación del celibato. Era un típico texto rahneriano, en el que de forma alambicada



DIMENSIÓN INTELECTUAL

en varios pensadores representantes del mismo, como queda patente en su encíclica *Fides et ratio*, sobre las relaciones entre la fe y la razón, de 1998, pero nunca perdiendo pie de la verdadera metafísica tomista, como lo atestiguan también sus múltiples discursos al respecto, de manera especial los dirigidos a la Pontificia Academia de Santo Tomás de Aquino así como otros⁸, precisamente fundada por León XIII y confirmada por san Pío X en 1904 y ampliada por Benedicto XVI en 1914? En fin, todos esos Vicarios de Cristo nunca dejaron de insistir en el hecho de que debía ser el "*Doctor angelicus*" –título que san Pío V había dado a este eximio doctor de la Iglesia ya en 1567- el gran maestro y guía de los estudios seminarísticos, y sobre todo en Filosofía y Teología. Todavía Benedicto XVI, no hace tantos años, quiso subrayar dicha importancia capital y trascendental del estudio de la doctrina de santo Tomás de Aquino de cara a una sólida y correcta teología al dedicarle a éste



nada menos que tres audiencias de su serie de catequesis sobre los santos, misma que pronunció los días 2, 16 y 23 del mes de junio del año 2010⁹.

se sostenía un sí pero no y que, por eso, interpretarse tanto en una como en otra dirección" (Ibid., 201; el subrayado es nuestro). Queda patente, pues, el hecho que para Joseph Ratzinger – Benedicto XVI ni Rahner ni sus émulos y discípulos gozaban de su especial predilección que digamos, sino todo lo contrario, aun y cuando aquél ha sido siempre más bien abierto a todo cuanto puede haber de razón y de verdad en todas partes. En efecto, ese reino de la ambigüedad y de la falta de claridad y fundamento –lo cual nos atrevemos a pensar que en buena medida aprendió de Heidegger en el curso que siguió Rahner con éste, o por lo menos le alentó a seguir la misma senda de la oscuridad y confusión- nunca ha sido lo de Joseph Ratzinger, ni mucho menos lo de Benedicto XVI.

⁶ En relación a la influencia dañina de Rahner en la teología en general, Mons. Giampolo Crepaldi, arzobispo de Trieste, quien fuera hasta el 2001 subsecretario del Pontificio Consejo de la Justicia y de la Paz, refiriéndose a Rahner afirmará: "La dogmática se convierte en historia de los dogmas; la pastoral precede a la doctrina; el pecado es sustituido por distintos niveles de bien; la relación iglesia-mundo está pensada en términos de igualdad o incluso de prioridad del mundo como lugar de la revelación y de la salvación; lo sagrado y lo profano son unificados y la laicidad se convierte también en el estilo de la Iglesia; los dogmas son desmitificados para hacerlos comprensibles al hombre secularizado de hoy; la secularización es vista no sólo como positiva e inspirada por el cristianismo sino como el contexto óptimo para una fe que parte del mundo; la metafísica es sustituida por la hermenéutica y la doctrina es historicizada y hecha nacer de la situación" (Cit. Por el padre Javier Mercant en la entrevista que le hiciera Javier Navascués para INFOCATÓLICA, 13 de abril de 2018 (<http://www.infocatolica.com/?t=opinion&cod=32021>). Cfr. también del P. Javier Mercant: "La cuestión del ser en la metaphysica cognitionis de Karl Rahner" [Espíritu LXIV/150 (2015), pp. 245-268].

⁷ Ver la Carta del Sumo Pontífice Pablo VI "*Lumen ecclesiae*" al padre Vincent de Couesnongle, Maestro General de la Orden de los Frailes Predicadores en el VII Centenario de la muerte de santo Tomás de Aquino del 20 de noviembre de 1974. Vale la pena traer aquí un párrafo de dicha Carta (nn. 15 y 16) que es una síntesis admirable de lo que son la epistemología y la ontología tomistas, y que hace ver muy bien lo contrapuestas que están a la epistemología y ontología (o mejor dicho: la no-ontología) de la filosofía moderna, especialmente en su derivación idealista (Descartes-Kant-Hegel): "Para resumir aquí brevemente las razones a que hemos aludido, recordaremos ante todo el realismo gnoseológico y ontológico, que es la característica primera y principal de la filosofía de Santo Tomás. Podemos definirlo también como realismo crítico, pues estando vinculado a la percepción sensible y por tanto a la objetividad de las cosas, proporciona el sentido verdadero y positivo del ser. Este realismo posibilita una elaboración mental ulterior que, aun universalizando los datos del conocimiento sensible, no se aleja de ellos dejándose arrebatar por el torbellino dialéctico del pensamiento subjetivo, para terminar casi fatalmente en un agnosticismo más o menos radical. Primo in intellectu cadit ens, dice el Angélico en un pasaje famoso. En este principio fundamental estriba la gnoseología de Santo Tomás, cuya mayor novedad consiste en la equilibrada valoración de la experiencia sensible y de los datos auténticos de la conciencia en el proceso cognoscitivo, que, sometido a reflexión crítica,



DIMENSIÓN INTELECTUAL

Ahora bien, hablando de los daños que ha traído el haber abandonado la enseñanza de la filosofía y teología del Aquinate, desgraciadamente aquellos no están lejos de ser sólo a nivel intelectual, por así decir, aunque ya eso representa en sí un gravísimo daño, dado que la fe no contradice la razón, sino que se apoya en ella, pues, como insistía Joseph Ratzinger – Benedicto XVI, la fe es racional; de hecho –dirá el Papa Emérito en más de una ocasión– “la fe es una razón más alta”¹⁰. No, el daño es también profundamente humano, moral y espiritual, como hemos podido tristemente constatar en los decenios posteriores al Concilio y a la mala lectura –una lectura de “ruptura” en lugar de una lectura de “continuidad” con la Tradición, como insistiría también Benedicto XVI– que de éste se hizo por parte de muchos en la Iglesia. Sí, una pésima lectura, pues, como en estos años, no sin gran dolor, hemos podido comprobar ante nuestros ojos, tal visión de falsa apertura al mundo, es decir a lo peor del mundo, al “mundo” en sentido joánico, a sus mentiras y sus ideologías, a sus falsas aperturas a un mundo contrario a Cristo, tal falsa y manipulada y tergiversada concepción de las cosas, ha destruido mucho de lo que

hasta entonces, a pesar de las épocas de crisis internas, se había construido. Pero hablamos aquí de daño a las almas, a las conciencias, a las vidas, a la integridad de la fe y de la vida de los fieles. Sí, sólo si somos ciegos y si no somos sinceros no podemos reconocer que es mucho lo que se ha destruido. Y tal parece que la destrucción sigue en curso.

En fin, después de esta larga digresión, pero que era oportuna para poder entender lo que de un tiempo para acá está sucediendo al interior de la Iglesia en temas teológicos y doctrinales, dada la gran influencia que ha tenido el pensamiento rahneriano en la teología católica y más allá del ámbito teológico de ésta¹¹, volvamos a san Juan Pablo II y al tema del matrimonio y la familia. Y vale la pena insistir, con el gran papa filósofo, teólogo, poeta, dramaturgo y místico, en que “para promover los derechos humanos es [...] necesario tutelar los [derechos] de la familia, ya que es a partir de ésta que se puede dar una respuesta integral a los desafíos del presente y del futuro”. Recordamos que nos encontrábamos en el año de 1999, a las puertas del Año 2000, cuando el gran Papa polaco pronunciaba dichas palabras. Es decir,

es el punto de arranque de una sana ontología y en consecuencia de todo el edificio teológico. Por eso se ha podido definir el pensamiento de Santo Tomás como la filosofía del ser, considerado tanto en su valor universal, como en sus condiciones existenciales; igualmente es sabido que, a partir de esta filosofía, el Aquinate se remonta a la teología del Ser divino, cual subsiste en sí mismo y cual se revela en su Palabra y en los eventos de la economía de la salvación, especialmente en el misterio de la Encarnación. Nuestro predecesor Pío XI alabó este realismo ontológico y gnoseológico, en un discurso pronunciado a los jóvenes universitarios, con estas significativas palabras: ‘En el Tomismo se encuentra, por así decir, una especie de Evangelio natural, un cimiento incomparablemente firme para todas las construcciones científicas, porque el Tomismo se caracteriza ante todo por su objetividad; las suyas no son construcciones o elevaciones del espíritu puramente abstractas, sino construcciones que siguen el impulso real de las cosas... Nunca decaerá el valor de la doctrina tomista, pues para ello tendría que decaer el valor de las cosas’. Una filosofía y una teología de esta índole son posibles gracias al reconocimiento de la capacidad cognoscitiva del entendimiento humano, fundamentalmente sano y dotado de un cierto gusto del ser; en efecto, el entendimiento tiende a ponerse en contacto con el ser en toda experiencia, pequeña o grande, de la realidad existencial, para asimilarla plenamente y remontarse así a la consideración de las razones y causas supremas que la explican definitivamente. Ciertamente Santo Tomás, como filósofo y teólogo cristiano, descubre en todos y cada uno de los seres una participación del Ser absoluto, que crea, sostiene y con su dinamismo mueve ex alto todo el universo creado, toda vida, cada pensamiento y cada acto de fe”. Por lo demás, en ese mismo año del centenario san Paulo VI tuvo otros discursos en los que se refirió igualmente a santo Tomás de Aquino en estos términos: “Maestro Tomás, ¿qué lección nos puedes dar?”. Y respondía así el santo Papa: “La confianza en la verdad del pensamiento religioso católico, tal como él lo defendió, expuso y abrió a la capacidad cognoscitiva de la mente humana” (14 de septiembre de 1974 en la abadía benedictina de Fossanova, lugar de la muerte del santo, cfr.: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 22 de septiembre de 1974, pp. 6-7). Y el mismo día, pero esta vez en Aquino, refiriéndose de nuevo a santo Tomás, afirmaba: “Todos, todos los que somos hijos fieles de la Iglesia podemos y debemos, por lo menos en alguna medida, ser discípulos suyos” (ib., p. 7).

⁸ Especialmente significativo en este sentido es el discurso de Juan Pablo II al Pontificio Ateneo Internacional “*Angelicum*” precisamente con motivo del primer centenario de la encíclica “*Aeterni patris*” el 17 de noviembre de 1979.

⁹ Al inicio de la segunda catequesis sobre santo Tomás de Aquino, del 16 de junio del 2010, decía el Papa Benedicto XVI: “Hoy quiero continuar la presentación de santo Tomás de Aquino, un teólogo de tan gran valor que el estudio de su pensamiento



DIMENSIÓN INTELECTUAL



apenas hace poco más de veinte años. Por lo tanto, seguimos situados en esos “desafíos del presente y del futuro” que contemplaba ese gran pensador, pastor y profeta; si acaso aquéllos tan sólo se han agravado. Y es que el mundo –siempre en el sentido que al término le da san Juan-, demonio y el mal moral, es decir el pecado –porque, por lo demás, pareciera que hoy es políticamente incorrecto hablar de pecado, por lo que se prefiere disimular su fatalidad, o su ‘incorrección’, en el término más genérico y menos comprometedor de simple “mal”-, sí que tienen prisa, más que nosotros;

al menos eso podría parecer. Porque hoy por hoy para algunos, al parecer, los desafíos han cambiados, las prioridades son ya otras, como el medio ambiente –por no decir ‘ecologismo’ hecho y derecho-. Al parecer otra ‘prioridad’ hoy día es el diálogo, el diálogo con todos, pero el diálogo por el diálogo, es decir elevado a supremo valor en sí mismo, independientemente –o casi- de la verdad o del anuncio de Cristo, del Evangelio de la Verdad; es decir más allá de la proclamación de la Verdad misma, olvidando aquello que dice claramente el Evangelio y que precisamente alguna vez san Juan Pablo II respondió como aquello con lo cual se quedaría si en un hipotético se perdiera toda la Biblia y tan sólo podría rescatarse una palabra, una sentencia de la misma: “La verdad les hará libres” (Jn 8, 32b). De hecho, conviene traer a colación la frase completa, pues se trata de algo que el mismo Jesús dice “a los judíos que habían creído en Él” (Jn 8, 31a): “Si permanecen en mi palabra, serán en verdad mis discípulos” (Jn 8, 31b), “conocerán mi palabra, y la verdad los hará libres” (Jn 32). Por tanto, sólo “permaneciendo en Su Palabra”, es decir en su Evangelio, sólo así podemos “conocer la verdad”, y sólo conociéndola, ésta nos hace libres. Asimismo, está también esa otra ‘nueva prioridad’ en la Iglesia que se refiere a la promoción de una solidaridad que pareciera

fue explícitamente recomendado por el concilio Vaticano II en dos documentos, el decreto *Optatum totius*, sobre la formación al sacerdocio, y la declaración *Gravissimum educationis*, que trata sobre la educación cristiana. Por lo demás, ya en 1880 el Papa León XIII, gran estimador suyo y promotor de estudios tomistas, declaró a santo Tomás patrono de las escuelas y de las universidades católicas. El motivo principal de este aprecio no sólo reside en el contenido de su enseñanza, sino también en el método adoptado por él, sobre todo su nueva síntesis y distinción entre filosofía y teología. Los Padres de la Iglesia se confrontaban con diversas filosofías de tipo platónico, en las que se presentaba una visión completa del mundo y de la vida, incluyendo la cuestión de Dios y de la religión. En la confrontación con estas filosofías, ellos mismos habían elaborado una visión completa de la realidad, partiendo de la fe y usando elementos del platonismo, para responder a las cuestiones esenciales de los hombres. Esta visión, basada en la revelación bíblica y elaborada con un platonismo corregido a la luz de la fe, ellos la llamaban «nuestra filosofía». La palabra «filosofía» no era, por tanto, expresión de un sistema puramente racional y, como tal, distinto de la fe, sino que indicaba una visión completa de la realidad, construida a la luz de la fe, pero hecha propia y pensada por la razón; una visión que, ciertamente, iba más allá de las capacidades propias de la razón, pero que, como tal, era también satisfactoria para ella. Para santo Tomás el encuentro con la filosofía precristiana de Aristóteles (que murió hacia el año 322 a.C.) abría una perspectiva nueva. La filosofía aristotélica era, obviamente, una filosofía elaborada sin conocimiento del Antiguo y del Nuevo Testamento, una explicación del mundo sin revelación, por la sola razón. Y esta racionalidad consiguiente era convincente. Así la antigua forma de «nuestra filosofía» de los Padres ya no funcionaba. Era preciso volver a pensar la relación entre filosofía y teología, entre fe y razón. Existía una «filosofía» completa y convincente en sí misma, una racionalidad que precedía a la fe, y luego la «teología», un pensar con la fe y en la fe. La cuestión urgente era esta: ¿son compatibles el mundo de la racionalidad, la filosofía pensada sin Cristo, y el mundo de la fe? ¿O se excluyen? No faltaban elementos que afirmaban la incompatibilidad entre los dos mundos, pero santo Tomás estaba firmemente convencido de su compatibilidad; más aún, de que la filosofía elaborada sin conocimiento de Cristo casi esperaba la luz de Jesús para ser completa. Esta fue la gran «sorpresa» de santo Tomás, que determinó su camino de pensador. Mostrar esta independencia entre filosofía y teología, y al mismo tiempo su relación recíproca, fue la misión histórica del gran maestro. Y así se entiende que, en el siglo XIX, cuando



DIMENSIÓN INTELECTUAL

más un altruismo vago y que abandona cada vez más ese otro término de “caridad”, palabra que implica la fe y que se trata de un vocablo verdaderamente cristiano, concreto y específico. Todo ello nos empuja hacia el riesgo de caer en un remarcado antropocentrismo, en una visión ‘del hombre por el hombre’, casi como una especie de naturalismo que olvida un poco, o un mucho, la dimensión verdaderamente trascendente del hombre y la perspectiva de su salvación eterna. En fin, podríamos seguir con otras de esas aparentes ‘nuevas prioridades’ en la Iglesia.

Mas no, digámoslo claro, en realidad los desafíos perennes y prioritarios de Cristo y de la Iglesia, de la Tradición y del Magisterio perenne de la Iglesia no han cambiado. No pueden cambiar. Son los mismos. Cambian las circunstancias, los acentos, quizás los medios, muchas veces circunscritos y de acuerdo a los tiempos y formas; mas el fondo, la esencia del mensaje y mandato evangélicos no pueden cambiar. Y si es un hecho el que el Señor presentó la síntesis de su doctrina en el Sermón de la Montaña (Evangelio de san Juan,

capítulos 5-7), también es verdad que antes de subir al cielo, a modo de testamento apostólico, a modo de guía prioritaria para la acción, para llevar a cabo su mandato esencial, nos indicó claramente las prioridades para la Iglesia, para la Iglesia de todos los tiempos, hasta el fin del mundo, pues bien sabemos que la misión de Ella terminará al final de los tiempos, ya que es el mismo



se declaraba fuertemente la incompatibilidad entre razón moderna y fe, el Papa León XIII indicara a santo Tomás como guía en el diálogo entre una y otra. En su trabajo teológico, santo Tomás supone y concreta esta relación entre ambas. La fe consolida, integra e ilumina el patrimonio de verdades que la razón humana adquiere. La confianza que santo Tomás otorga a estos dos instrumentos del conocimiento —la fe y la razón— puede ser reconducida a la convicción de que ambas proceden de una única fuente de toda verdad, el Logos divino, que actúa tanto en el ámbito de la creación como en el de la redención”. Y hacia el final de la misma catequesis añadía Benedicto XVI: “En conclusión, santo Tomás nos propone una visión de la razón humana amplia y confiada: amplia porque no se limita a los espacios de la llamada razón empírico-científica, sino que está abierta a todo el ser y por tanto también a las cuestiones fundamentales e irrenunciables del vivir humano; y confiada porque la razón humana, sobre todo si acoge las inspiraciones de la fe cristiana, promueve una civilización que reconoce la dignidad de la persona, la intangibilidad de sus derechos y la obligatoriedad de sus deberes. No sorprende que la doctrina sobre la dignidad de la persona, fundamental para el reconocimiento de la inviolabilidad de los derechos del hombre, haya madurado en ambientes de pensamiento que recogieron la herencia de santo Tomás de Aquino, el cual tenía un concepto altísimo de la criatura humana. La definió, con su lenguaje rigurosamente filosófico, como «lo más perfecto que hay en toda la naturaleza, es decir, un sujeto subsistente en una naturaleza racional» (Summa Theologiae, I^a, q. 29, a. 3)”. Nosotros nos permitimos ampliar ese adjetivo de “confiada” de la razón que le confiere el Papa en un sentido también estrictamente gnoseológico-ontológico, en el sentido de que la razón entendida católicamente parte de una confianza tanto en la capacidad de la razón de sí conocer el ser mismo, aunque imperfectamente, contrariamente a la visión gnoseológica incapaz del luteranismo que heredó precisamente Kant, aunado ello a su pietismo. Por eso insistimos en la incompatibilidad de fondo, más allá de las diferencias metodológicas entre la epistemología kantiana —y no se diga ya hegeliana— y aquella aristotélico-tomista, mismas que dependen totalmente de la antropología que tengan de fondo, sea ésta pesimista en el caso del luteranismo, dada su visión del hombre totalmente dañado por el pecado original, sea ésta realista y optimista en el caso de la visión católica, dada la redención del hombre, real y eficaz, operada por Cristo y en Cristo.

¹⁰ Cfr. Pie de página anterior.

¹¹ Haciendo ver esa gran influencia del padre Rahner, el mismo P. Jaime Mercant hace referencia al hecho de que en 1984, con motivo del octogésimo aniversario de Karl Rahner, se hizo un homenaje a este célebre autor, en el cual el sacerdote teólogo, también alemán como Rahner, Johann Baptist Metz (cfr. Pie de página 5)—amigo y discípulo de Rahner especialmente apreciado por éste, fue el fundador de la así llamada ‘teología política, en la que lleva el “giro antropológico” de su maestro a



DIMENSIÓN INTELECTUAL

Señor quien nos lo ha dicho: “Yo estaré con ustedes hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20b), y mientras Él esté con nosotros, mientras de verdad esté en medio de nosotros y le permitamos acompañarnos en el camino de la vida, entonces somos, seguimos siendo Iglesia, Su Iglesia. Pero antes de dejarnos las ‘prioridades’, las verdaderas prioridades de esa Su Iglesia que poco antes había fundado en el Cenáculo y confirmado con el derramamiento de Su Sangre Preciosa por Ella –es decir por nosotros- en la cruz y que Él mismo nos dejó, antes quiso dejar en claro que Él es el Señor de todo lo creado. Dirá, en efecto, antes de su ascensión a los cielos: “Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra” (Mt 28, 18b). Pero vayamos a Sus prioridades, que son para cada uno de nosotros los bautizados, en forma de mandato:

“Vayan, pues, y enseñen a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”: he ahí la primera prioridad. Pero, en contraposición de ello, tenemos con que Karl Rahner propuso su teoría, tan conocida como equivocada y perniciosa, de los así denominados por él “cristianos anónimos”. A ella se refería precisamente Benedicto XVI, ya como Papa Emérito, en una entrevista concedida al padre jesuita belga Jacques Servais, cuyo texto fue posteriormente presentado en el Congreso intitulado “Por medio de a la fe. Doctrina de la justificación y experiencia de Dios en la predicación de los Ejercicios Espirituales”, el cual tuvo lugar en la Iglesia de la Compañía en Roma, conocida mejor como “la Iglesia del *Gesú*”, entre el 8 y el 10 de



octubre de 2015; las actas de dicho Congreso también recogerían susodicha entrevista. En ella el Papa alemán, ante la pregunta sobre si el dogma había evolucionado con respecto a la necesidad del bautismo de los “infieltes” para su salvación, necesidad que, de hecho, enseñaba san Ignacio en los Ejercicios Espirituales y lo cual también era lo que había movido a san Francisco Xavier a su gran actividad evangelizadora en orden a “salvar a la mayor parte de infieltes posibles de la perdición eterna”; ante esa pregunta, decimos, Benedicto XVI respondía que, en efecto, “sobre ese punto concreto nos encontramos sí ante una profunda evolución del dogma” con respecto a la concepción de los santos Padres y el Medioevo, así como a esa consciencia asimilada “en la segunda mitad del siglo pasado [s. XX]” sobre que “Dios no

una aplicación práctica en el mundo, en la historia y en la sociedad, teología que inspiraría, entre otros gérmenes, la teología de la liberación de tipo marxista, que tanto daño ha hecho dentro y fuera de la Iglesia a la sociedad y al mundo durante decenios; y todo ello desde la reflexión sobre lo ocurrido en los campos de concentración nazi, así como desde una crítica áspera, pero también confusa, de lo que para él “el Dios impasible de la religión burguesa”- declaró que Rahner fue “mucho más que un maestro”, fue “Vater im Glauben” –“Padre de la fe”-. Al mismo tiempo, Metz señaló que, a partir de Rahner, existe un antes y un después en la teología católica. Y en eso, desgraciadamente, tiene razón el padre Metz, quien también afirmará literalmente que “Karl Rahner ha renovado el rostro de nuestra teología. Nada es ya como era antes” (Metz, J. B. “Aprender y enseñar la fe. Agradecimiento a Karl Rahner”, *Selecciones de teología*, 2004, vol. 43, núm. 171, p. 212). Ahora bien, habría que preguntarse de qué fe se trata: ¿realmente es la fe de la Iglesia una supuesta fe que tiene como fundamento una concepción del hombre del todo diverso a la concepción de la Tradición y según el Magisterio perenne de la iglesia? Ya bien lo enseñaban los medievales: la filosofía ha de ser la “esclava de la teología” (“ancillae theologiae”), no al revés. En ese sentido, el libro de Stefano Fontana “La nuova Chiesa di Karl Rahner. Il teologo che ha insegnato ad arrendersi al mondo” (“La nueva Iglesia de Karl Rahner. El teólogo que ha enseñado a rendirse ante el mundo” (Fede & Cultura, Verona 2017) es muy claro y contundente. Ciertamente, dirán algunos, la fe no debe quedarse encerrada bajo llave en los más o menos estrechos corsés de un pensamiento que responde a un determinado tiempo y circunstancias de la historia del hombre y de su pensamiento. En ese sentido, el esfuerzo de abrir la fe al mundo y de dialogar con éste es un bien en sí, sin duda. El problema está en otro nivel: ¿a qué se está dispuesto a renunciar para poder llevar dicho diálogo a cabo? Porque si se renuncia a lo esencial, entonces no se trataría ya de un diálogo, ni mucho menos un diálogo fecundo; es más, ni siquiera sería un diálogo



DIMENSIÓN INTELECTUAL

puede permitir el que se pierdan [se condenen] todos los no bautizados". Pero, por otra parte, añadía el Papa Emérito, "una felicidad puramente natural para ellos [los no bautizados] no representa una respuesta real a la cuestión de la existencia humana". Es decir, si es verdad que se ha de entender correctamente el principio "*extra Ecclesiae nulla salus*" de san Cipriano, como de hecho la Iglesia misma lo fue clarificando a lo largo de los siglos, sea en los concilios sea en pronunciamientos dogmáticos por parte de los Papas, hasta llegar al Concilio Vaticano II, también es verdad que este último declara nítidamente lo siguiente: "El santo Sínodo [...] basado en la Sagrada Escritura y en la Tradición, enseña que esta Iglesia peregrina es necesaria para la salvación". Y continúa diciendo que "Cristo, en efecto, es el único mediador y camino de salvación que se nos hace presente en su Cuerpo, en la Iglesia. Él, al inculcar con palabras, bien explícitas, la necesidad de la fe y del bautismo, confirmó al mismo tiempo la necesidad de la Iglesia, en la que entran los hombres por el bautismo como por una puerta. Por eso, no podrían salvarse los que sabiendo que Dios fundó, por medio de Jesucristo, la Iglesia Católica como necesaria para la salvación, sin embargo, no hubiesen querido entrar o perseverar en ella" (LG 14). Por lo demás, la referencia a dicha cita la recoge el Catecismo de la Iglesia Católica en el n. 846 al preguntarse: "¿Cómo entender esta afirmación ["fuera de la Iglesia no hay salvación"] tantas veces repetidas por los Padres de la Iglesia?"; y a lo cual responde que "formulada de modo positivo significa que toda salvación viene de Cristo-Cabeza por la Iglesia que es su Cuerpo", a lo que sigue precisamente el susodicho párrafo de *Lumen gentium* n. 14.

Por tanto, está claro que para Benedicto XVI la verdadera felicidad humana, su plenitud y cumplimiento sólo se da en Cristo. Sólo si el ser humano se injerta en el Cuerpo de Cristo, que es Su Iglesia, puede aquél alcanzar esa verdadera felicidad y total realización en esta vida y acceder a la vida eterna. Ahora bien, eso para nada desdice lo que también afirmará el Concilio en la misma

Constitución dogmática sobre la Iglesia (n. 16) –y que también recogerá el Catecismo en el n. 847–, "esta afirmación ["fuera de la Iglesia no hay salvación"] no se refiere a los que, sin culpa suya, no conocen a Cristo y a su Iglesia. Los que sin culpa suya no conocen el Evangelio de Cristo y a su Iglesia, pero buscan a Dios con sincero corazón e intentan en su vida, con la ayuda de la gracia, hacer la voluntad de Dios, conocida a través de lo que les dice su conciencia, pueden conseguir la salvación eterna". Finalmente, en el n. 848 el Catecismo, en una cita textual del decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia (n. 7), añade algo que es parte de lo que se puede considerar como esa "evolución del dogma" al que se refiere el Papa Benedicto, entendiendo con ello, claro está, que no es que la verdad que encierra y custodia el dogma en sí misma "cambie", por así decirlo, sino que lo que cambia es nuestra comprensión de la misma, la cual, deseablemente, tendría que ser siempre más profunda y más integral, en definitiva más completa. Dice así: "Aunque Dios, por caminos conocidos sólo por Él, puede llevar a la fe, 'sin la que es imposible agradarle' (Hb 11, 6), a los hombres que ignoran el Evangelio sin culpa propia, corresponde, sin embargo, a la Iglesia la necesidad y, al mismo tiempo, el derecho sagrado de evangelizar". Es interesante el inciso de la Carta a los Hebreos porque en realidad ahí se refiere a que, "por la



útil, pero ni siquiera sólo inútil: en realidad constituiría ése un diálogo dañino. Y es que, volviendo a la filosofía y teología de Tomás de Aquino, la grandeza, perennidad y atemporalidad de ésta está precisamente en el hecho de que echa sus raíces en el ser objetivo de las cosas; es decir, se trata de una verdadera filosofía y teología metafísicas, las cuales permiten la apertura a una verdadera trascendencia y a una sólida fundamentación en Dios como principio de todas las cosas, fuente y sostén del ser, así como también en el Dios de la revelación, Creador y Redentor.



DIMENSIÓN INTELECTUAL

fe, Henoc fue trasladado sin ver la muerte”; sin embargo el documento conciliar conecta directamente el tema de la fe con el “haber agradado a Dios” de parte de Henoc. Y es que, en efecto, esa plena felicidad de la que habla el Papa Emérito, misma que refiere él al bautismo, es decir a la fe, lo es porque “agrada a Dios”, pues en ello consiste el destino para el cual Dios, en su Divina Providencia, crea al hombre: en el agradar a Dios está su misión y destino de darle gloria, y en ello consiste, al mismo tiempo, su verdadera felicidad y plenitud. Pero volvamos al tema concreto de Rahner y su teoría de los “cristianos anónimos” y el comentario que le merece por

parte del Papa Emérito.

Después de ese comentario histórico y al mismo tiempo teológico –el cual constituye una premisa para cuanto viene después–, Benedicto XVI comentará –siempre con la caridad y delicadeza que le caracteriza– que dicha hipótesis teológica no había ciertamente ayudado al impulso misionero de la Iglesia, sino todo lo contrario. En efecto, hemos de preguntarnos: ¿Si ya por el hecho de ser hombre se es cristiano y se está en gracia de salvación, como enseñan las teorías de Rahner en relación al conocimiento de Dios y a la fe, así como en relación a la Gracia –leída ésta y reducida a una vaga apertura al todo del ser en general, el así llamado por Rahner “existencial sobrenatural”, pero que no podemos decir con certeza que signifique una apertura a la verdadera trascendencia, y mucho menos al Dios Trascendente, por lo menos no de manera explícita¹²–, ¿entonces para que “ir por todo el mundo y enseñar el Evangelio y bautizar a todas las gentes”? Por lo mismo, para algunos ya con ser más o menos buenas personas, con ser amables y educados, sabiendo disculparse de sus errores –porque pareciera que, en efecto, los conceptos de “perdón” y de “pecado” son sustituidos por el de “disculpa” y “error”– y sabiendo ser agradecidos, ello bastaría, al parecer, para ser ‘buenos cristianos’ e incluso santos o casi santos. Mas hemos de preguntarnos: ¿De verdad son



¹² Como también Mons. Giampaolo Crepaldi escribía en su libro “La Dottrina sociale della Chiesa. Una verifica a dieci anni dal Compendio (2004-2014)” (“La Doctrina Social de la Iglesia, una verificación diez años después del Compendio”), Cantagalli, Siena 2014): «En mi opinión, el pensamiento que influye con más fuerza en la crítica a la Doctrina Social de la Iglesia es el de Karl Rahner. Si lo examinamos en detalle, muchos de los teólogos que han criticado y desarrollado recorridos alternativos a la Doctrina Social han sido estudiantes suyos. Rahner reflexiona siguiendo el pensamiento de Heidegger, es decir, fuera del contexto de una filosofía cristiana y fuera, también, del contexto trazado por Fides et ratio de San Juan Pablo II. Esta encíclica da algunos nombres, a título de ejemplo, de filósofos cristianos y Heidegger no figura entre ellos. Para Rahner, Dios es un “trascendental existencial”. Esto significa principalmente dos cosas: que todos los hombres son Dios, porque Él es su dimensión apriorica, el horizonte no cognoscible y no clasificable de su subjetividad y libertad, en práctica, de su ser personas; y que a Dios se accede siempre dentro de nuestra conciencia. No se conoce a Dios, pero es consciente y existencialmente realizable como horizonte de todo significado. Esto sitúa la fe dentro de un contexto histórico, que no es un conocer sino un hacer experiencia existencial de un horizonte que no se puede trascender. En esto consiste, para él, la transcendencia. Ya no hay ateos y creyentes, sino que todos están dentro de este horizonte y se acompañan recíprocamente en la interpretación de la vida. Alguno pasa de un cristianismo anónimo a uno no anónimo, es decir, tematizado y consciente, sin cesar por ello de compartir ese mismo horizonte. El bien y el mal no son claros, pues al desarrollarse toda la existencia dentro del horizonte trascendental de Dios, existen diversos niveles de bien que hay que hacer aumentar, pero nunca condenar. El hombre nunca puede saber en profundidad cuando está en situación de pecado. La Iglesia no está ante el mundo, aunque esté en el mundo, sino que se hace mundo porque comparte con éste el común horizonte existencial. En este escenario, que he tenido que resumir en pocas líneas aún a riesgo de ser incompleto, es muy difícil hacer penetrar la Doctrina Social de la Iglesia, a no ser que se desmantele su carácter de corpus doctrinal, eliminando su valencia misionera y salvífica y entendiéndola como praxis de acogida, de escucha y de caminar juntos, pero sin la luz de la verdad que viene de fuera de este mundo, de lo trascendente. Lo trascendente, para Rahner, consiste en la dimensión trascendental existencial que, al ser la condición de cada significado, no puede ser a su vez tematizada. Es trascendente en este sentido».



así las cosas con respecto al cristianismo auténtico? ¿De verdad la santidad cristiana puede ser si no rebajada sí reducida a tan poco, es decir a un simple humanismo, o de plano al solo 'bonismo'? Ciertamente ya ser amable, bondadosos, ya ser agradecidos y respetuosos y tener la humildad mínima suficiente para reconocer los propios errores, ya eso en este mundo tan egoísta, tan centrado en sí mismo y tan autosuficiente, en este mundo donde las personas somos tan poco agradecidas y que creemos que todo se nos debe, en un mundo así, como es hoy el nuestro, ciertamente esas virtudes humanas son sin duda ya algo bastante bueno, valioso y loable. Mas no hemos de abajar la altura y la excelsitud de la vida y de la existencia cristianas a algo meramente humano y *natural*, es decir a un mero antropocentrismo deseable; no, no se puede rebajar la *sobrenaturalidad* del ser cristiano. No, la santidad cristiana es mucho más que eso, es algo más grande, y ciertamente es algo mucho más elevado y más excelso. Hemos de volver al testimonio de los santos. Y hemos de volver también a las enseñanzas de los verdaderos teólogos, que en su inmensa mayoría han sido santos, y muchos de ellos místicos. Y uno de ellos, y no el menos grande entre los grandes sino todo lo contrario, es, sin duda, esa "luz de la Iglesia" que es santo Tomás de Aquino. Y no hemos de olvidar tampoco que si el padre de la mística cristiana, el más grande de todos los doctores místicos en la Iglesia, es san Juan de la Cruz, lo es en buena medida porque su doctrina mística se fundamenta en la sólida doctrina antropológica y teológica del santo de Aquino.

La segunda prioridad que Cristo dejó a la Iglesia es ésta: "Enseñándoles a guardar todo lo que les he mandado" (Mt 28, 20ª); y "todo" es "todo", sobre todo viniendo de quien lo es "Todo", y que además quiere ser "Todo en todos" (1 Cor 15, 28). Por una parte, está el "enseñar", pues la Iglesia está para enseñar la Verdad al mundo, mostrarla. Es decir, mostrar a Cristo, que es "El Camino, La Verdad y La Vida" (Jn 14, 6). En esta crisis postconciliar pareciera que la Iglesia, al haber malinterpretado esa "apertura al mundo" de la que hablábamos, hubiera perdido esa conciencia de ser "Madre y Maestra", para decirlo con el título de aquella encíclica de san Juan XXIII. "Madre y Maestra": hemos, pues, de preguntarnos si acaso la Iglesia puede dejar de ser Maestra y ser sólo Madre. Si la respuesta fuera que sí, entonces habría olvidado que su Maestro, su Único Maestro, es también



La Verdad, La Única Verdad. Y pareciera que, en la concepción de varios teólogos del postconcilio, y no de los menos famosos, se haya perdido la consciencia de la dimensión magisterial de la Iglesia, con lo cual también se hubiese perdido la consciencia de cada hijo de la Iglesia, de cada católico, de su ser "sacerdote, profeta y rey" por el sacerdocio común de los fieles que le confiere, junto con tantos otros dones, la gracia del bautismo. Porque "profeta" es uno que "profetiza", es decir que anuncia algo que no es suyo, sino que es de parte de Alguien que lo supera, y que tiene que ver con la voluntad de Ése de quien es mensajero; en este caso el mismo Dios. Por otra parte, lo que anuncia el "profeta" tiene que ver con el futuro, y por lo tanto con la esperanza, que es hermana de la fe. Ya lo decía de manera poética y profunda Gabriel Marcel: "La esperanza es la memoria del futuro". Sí, memoria porque se trata de la fe, pero una fe que, como también dice la Carta a los Hebreos, "es la certeza de lo que se espera", y también "la convicción de lo que no se ve" (11, 1). Por tanto, cuando viene a menos la fe, viene a menos también la esperanza, y con ello viene a menos la conciencia de ser cristiano, la conciencia del propio bautismo, la conciencia de la necesidad de ser salvado y del deber, como cristiano, de con-salvar –para decirlo con san Pablo- con Cristo.

Todo esto que venimos diciendo lo decía muy bien y en pocas líneas el gran teólogo oratoriano, Louis Bouyer (1913-2004), uno de los grandes anticipadores y profetas del Concilio Vaticano II, sobre todo en materia litúrgica y de ecumenismo; pero no sólo, pues este sabio católico de verdad que lo fue también en el sentido de haber ahondado en las diversas áreas de la doctrina católica

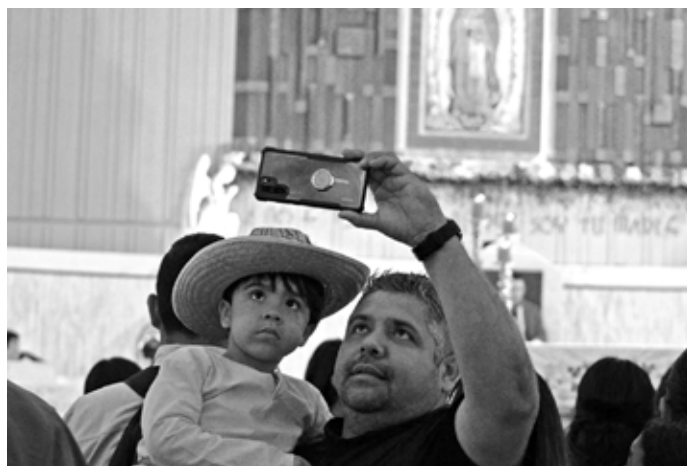


DIMENSIÓN INTELECTUAL

según la Tradición, entendida ésta sobre todo como la enseñanza de los Padres de la Iglesia, además de haber sido un espíritu auténticamente abierto a cuanto de verdadero y bueno había en las ciencias en general, y en las ciencias humanas en particular. Él, que era una mente aguda y que sabía coger lo esencial de las cosas y de los problemas humanos y espirituales, fue siempre un vigía atento de la verdad católica, la cual buscó enseñar de cuantas formas le fue posible. Pero también supo reaccionar con energía y valentía en defensa de la misma cuando veía cómo esta era descuidada, minusvalorada, cuando no de plano maltratada y hasta despreciada, sobre todo por los mismos pastores y teólogos en la Iglesia precisamente. Uno de esos textos fuertes y que pareciera polémico, pero que en realidad no dice sino verdades, que sin duda incomodaron en su momento no a pocos en la Iglesia, es un libro modesto en su número de páginas pero amplio y profundo en sus análisis, y sin duda denso en su contenido, que se intitula: "La descomposición del catolicismo"¹³. En éste el P. Bouyer aborda sobre todo el tema de esos dos polos, "integrismo" o "progresismo", en los que derivaba y había derivado durante toda la historia de la Iglesia y lo cual sería una permanente tentación, un mismo problema: la correcta o incorrecta interpretación y la manera de vivir la "Tradición" en la Iglesia, la cual, por lo demás, es fuente de la verdad católica, juntamente con la misma Palabra de Dios, en primer lugar, por una parte, y el Magisterio perenne de la Iglesia, por otra. Casi al final de la obra, el teólogo oratoriano hablando de la vida de la Iglesia, tanto ad intra como ad extra, se pregunta si "una Iglesia sin vida interior, sin una vida que le es propia, nuestra vida, pero que es la vida de Cristo, de su Espíritu en nosotros, ¿tendría realmente algo que aportar al mundo?", para después afirmar que, "sin embargo, la vida los dones de vida que la Iglesia ha recibido, no los ha recibido para ella, si con ello se entiende solo sus miembros actuales, sino [que los ha recibido] para el mundo". Y luego añade: "La Iglesia, en el tiempo que va de Pentecostés a la Parusía, se encuentra en una situación esencialmente misionera. Sobre este punto todo mundo está hoy de acuerdo. Desgraciadamente, a

pesar de todo lo que se dice y se escribe sobre el tema, nos hemos de preguntar si acaso en el pasado la Iglesia ha sido tan poco misionera, como lo es hoy. Bloqueada sobre el conflicto absurdo, el cual, insistimos, se trata de un pseudo-conflicto entre integristas y progresistas, su misión se ha visto frenada, y seguirá así mientras no salga de ese círculo mortal. Y es que ¿cómo los integristas, dando la espalda al mundo, podrían ser misioneros? ¿Y cómo los progresistas, abiertos al mundo, pero sin tener ya conciencia de nada que poder aportarle, podrían serlo más que aquéllos?"¹⁴.

Se ha de reconocer que la lógica de Bouyer es contundente. Mas hasta ahora su comentario cae en lo general; pero acto seguido pasa a mencionar precisamente las teorías concretas que surgía o que llevaban ya un tiempo en la Iglesia. En efecto, después de poner las premisas, haciendo esa especie de síntesis de cuanto ha venido comentando a lo largo de buena parte de su libro, Bouyer dirá lo siguiente: "Es necesario sacudirse las ilusiones de consolación [*"les illusions consolatrices"*], o más bien anestésicas. Porque no existe la "salvación sin Evangelio", como no existe el "cristianismo anónimo", y como tampoco existe una "Iglesia implícita". Todas ellas no son sino quimeras que cristianos agotados [épuisés] se han construido para dispensarse a sí mismos de llevar a cabo su tarea [misión], pero para la cual saben que han perdido los medios"¹⁵. Como se puede ver, la alusión



¹³"La décomposition du catholicisme", Aubier Montaigne, Paris 1968.

¹⁴Ibid., p. 136 (la traducción de las citas de esta obra es nuestra).

¹⁵Ibid. 137: "... se sont forgée par se dispenser d'oeuvrer à une tâche qui s'impose à eux mais dont ils ont conscience d'avoir perdu les moyens".



DIMENSIÓN INTELECTUAL

a Rahner y otros, pero sobre todo a éste, es explícita. Y luego continúa diciendo: “Para que el mundo sea salvado, en el sentido evangélico, es necesario antes creer que éste tiene necesidad de ser salvado. Y después es necesario creer, no que nosotros tenemos los medios, sino que Dios los tiene, y que Él nos los ha revelado, sin que nosotros tengamos en ello ningún mérito, pero que Él nos los ha confiado a nosotros”. Y sigue diciendo que lo que pasa es que “ya no creemos para nada en todo ello, y una de esas cosas confusas de las que la teología contemporánea se propone convencernos consiste en convencernos que a pesar de las afirmaciones más claras del Evangelio o de los apóstoles en la materia, no nos debemos preocupar”. Es decir, en el fondo, esos teólogos modernos –contemporáneos de Bouyer– decían que no debiera ser motivo de preocupación eso de una supuesta necesidad de salvación ni la necesidad de los medios que Jesús nos dejó en su Iglesia; ello por el simple hecho de que esos mismos teólogos, y aquellos pastores que se plegaban a sus teorías, habían dejado de creer en todo ello. Pero –continúa el teólogo– “mientras persistamos en esa actitud, no solamente el mundo no será evangelizado, sino que la salvación se nos escapará también a nosotros [los cristianos, los bautizados]”. Y Bouyer concluirá diciendo que ese “cristianismo desacralizado en el que soñamos es un cristianismo en el que Dios ya no se manifiesta; un cristianismo que no quiere ser ya una religión es un cristianismo al que Dios ha abandonado; un cristianismo sin Dios ya no es el cristianismo. Podremos darle todas las vueltas que queramos y echar mano de sutilezas farisaicas cuanto queramos, de las cuales, de hecho, sólo Dios sabe desde hace cuánto tiempo nos valemos!! Pero así no saldremos nunca del problema”¹⁶.

Así es. Por eso es necesario un retorno a una filosofía sólida, a una metafísica del ser, para poder sanar también a la teología de la confusión en el que la ha metido esa indebida y hasta falsa apertura al pensamiento moderno, desenraizado del ser y del verdadero fundamento del ser participado, que es Dios, el Ser por esencia. Además, con frecuencia olvidamos algo que también hemos de recordar con respecto a la doctrina sólida de santo Tomás, eso que Benedicto XVI también anotaba al final de esa catequesis sobre el santo doctor de la Iglesia ya



citada antes: “La profundidad del pensamiento de santo Tomás de Aquino brotaba —no lo olvidemos nunca— de su fe viva y de su piedad fervorosa, que expresaba en oraciones inspiradas, como esta en la que pide a Dios: «Concédeme, te ruego, una voluntad que te busque, una sabiduría que te encuentre, una vida que te agrade, una perseverancia que te espere con confianza y una confianza que al final llegue a poseerte»”. Sí, hemos de volver a confiar más en la luz del Espíritu Santo y un poco menos —o quizás un mucho— en nuestra pobre y débil inteligencia humana. Ahora bien, ante el panorama actual no sólo de la teología y la doctrina, sino de la Iglesia en general, hemos de confiar siempre en Dios, que es más fuerte que nuestra débil y pobre inteligencia y más grande que nuestro pequeño y pobre corazón, y porque, sobre todo, es mucho más grande que lo que nuestras disquisiciones puedan alcanzar de Él, que es la Verdad última y completa, y que lo que nuestra mezquindad y falta de entrega están dispuestas a esperar. Porque, finalmente, el Señor, antes de ascender al cielo, nos dejó una última prioridad, pero que ya no consistía ni consiste en un mandato sino en una promesa, dirigida precisamente a nuestra mente, pero también a nuestro corazón: “Y sepan que yo estoy con ustedes hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20b). Y Ése que está y estará con nosotros “hasta el fin del mundo”, no lo olvidemos tampoco, Ése es la Verdad de nuestra Inteligencia, la Fuerza de nuestra voluntad y el Amor de nuestro corazón.

¹⁶ Ibid. 137-138.



500 años del nacimiento de México



Luis Alfonso Orozco, L.C.

Doctor en teología

Profesor del Instituto Pontificio Juan Pablo II para la Familia en Guadalajara, México.

El México actual es una nación heterogénea, con casi 130 millones de habitantes en un territorio que ronda los dos millones de kilómetros cuadrados. Es el primer país del mundo por el número de hispanoparlantes y el segundo con más católicos, por detrás de Brasil. En América ocupa el quinto puesto en extensión territorial pero su biodiversidad lo coloca entre los primeros ocho del mundo.

El México moderno tiene una extensión que es la mitad de cuando alcanzó su independencia de España, en 1821, y también menor de cuando no existía aún como nación, antes de la conquista por Hernán Cortés en 1521. Antes de esta fecha existía un enorme territorio conocido como Mesoamérica, en el que pululaban cientos de etnias autóctonas con sus lenguajes, costumbres y gobiernos diferentes, enemigos a muerte muchas veces entre ellos. No había ni la más remota idea de unidad ni de nación entre ellos antes de 1521. «No había entre aquellos primitivos contactos ni comerciales, ni culturales. Los dividía ya el abismo de la diversidad de lenguas: tarasco, cuicateca, maya, mixteca, zapoteca, totonaca, zoque, otomí, nahua, etc.»¹.

Dos importantes historiadores mexicanos, José Vasconcelos y Eugenio del Hoyo afirman sólidamente la tesis del nacimiento de México como nación a partir de la llegada de los españoles y la conquista del imperio

azteca, en 1521.

La historia de México empieza como episodio de la gran odisea del descubrimiento y ocupación del Nuevo Mundo. Antes de la llegada de los españoles, México no existía como nación; una multitud de tribus separadas por ríos y montañas y por el más profundo abismo de sus trescientos dialectos, habitaba las regiones que hoy forman el territorio patrio. Los aztecas dominaban apenas una zona de la meseta, en constante rivalidad con los tlaxcaltecas, y al occidente los tarascos ejercitaban soberanía independiente, lo mismo que por el sur los zapotecas. Ninguna idea nacional emparentaba las castas; todo lo contrario, la más feroz enemistad alimentaba la guerra perpetua, que solo la conquista española hizo terminar².

México viene a ser ese magnífico fruto mestizo de la conjunción de dos mundos opuestos: el indígena y la España renacentista, que chocan violentamente en la conquista y de cuyo choque violento surge nuestra nacionalidad mestiza: yo sostengo que antes de la Conquista no hay nación mexicana, no se puede hablar de una nación, de un Estado mexicano: ¿no había! El México indígena se nos presenta como un

¹ J. Schlarman, *México tierra de volcanes*, Porrúa, México 1993, 37.

² J. Vasconcelos, *Breve historia de México*, Trillas, México 1998, 35.



complejo, un rico mosaico de pueblos, culturas, lenguas, creencias, costumbres [...] pueblos vecinos que no podían entenderse por la diversidad de lenguas, más de medio territorio hacia el norte habitado por nómadas en una vida de lo más primitiva que podamos imaginar. Ese era el México precortesiano³.

Y de nuevo Schlarman, el autor del gran libro *México tierra de volcanes*, que es todo un clásico sobre la historia de esta nación norteamericana, puntualiza la no existencia de México como nación ni como imperio unitario antes de la conquista española:

Es, por tanto, imperdonable anacronismo, imaginarse a los conquistadores castellanos como invasores de México. Ni como unidad política, ni social, ni religiosa, ni étnica, existía México. Era un mosaico inmenso de pueblos de muy diverso nivel cultural que iba desde los salvajes perdidos en las selvas tropicales y los nómadas de las áridas estepas del Norte hasta los pueblos civilizados de las tierras templadas de Mesoamérica. El mal llamado imperio azteca, no era sino un conjunto abigarrado de pueblos y regiones, sojuzgado por la fuerza de la tribu audaz que había sustituido a los toltecas en el Valle de México: los mexicas⁴.

El nombre de México

Es un vocablo compuesto del idioma nahua o mexica: «México, voz derivada de *Mexitl*, parece que proviene de la voz *Metztli* -la Luna- y *xictli* -centro u ombligo-, de modo que México era figuradamente "la ciudad que está en medio de la Luna (o del lago)"»⁵. El lago en cuestión se refiere al antiguo lago de Texcoco donde los aztecas fundaron su capital Tenochtitlán hacia el año 1325. Los aztecas pensaron la ciudad de México instalada en



el centro de la luna, y su voz pasó a ser el nombre de todo el país, después de la conquista española. Hoy se da la triple coincidencia de nombre, pues México es el nombre de la capital nacional, el Estado de México es uno de los 32 territorios federativos del país, y Estados Unidos Mexicanos es el nombre oficial del país.

2021, un año importante para México

En 2021 la historia de México se da cita con importantes aniversarios: se cumplen 500 años del parto doloroso que dio inicio al nacimiento de la nueva nación, fruto de la unión de la sangre española con la indígena. La conquista de la capital azteca por Hernán Cortés, en 1521, dio inicio al nuevo país que hoy habitan casi ciento treinta millones de habitantes. En 2021 se cumplen también 490 años de las apariciones de Santa María de Guadalupe en el cerro del Tepeyac; por tanto, comienza un decenario para preparar dignamente los cinco siglos del bautismo de México.

En 2021 también se cumplen 200 años de la consumación de la Independencia nacional, por obra del héroe Agustín de Iturbide. Fue en 1821 cuando la Nueva España adquirió su mayoría de edad y logró su independencia de

³ E. Del Hoyo, *Historia de México (conversaciones)*, ed. particular por Guillermo Zambrano, 1997, 2.

⁴ J. Schlarman, *México tierra de volcanes*, 45.

⁵ Cf. C. Alvear Acevedo, *Historia de México*, Jus, México 1964, 92.



DIMENSIÓN INTELECTUAL

la madre patria española; entonces comenzó su andadura histórica como el México independiente que conoció después luchas y otras dolorosas fragmentaciones del territorio. En 1810 había comenzado la lucha por su independencia, pero solo hasta 1821 se consumó.

Quiere decir que de 1521 a 1821, durante esos tres siglos México ya existía, pero como un menor de edad en casa, bajo la dependencia política de España. Por eso se llamó la Nueva España, y a esos tres siglos se los conoce como la época colonial. Allí se forjó la identidad cultural y nacional, bajo un idioma común, el español, bajo una religión, la católica, y con una cultura occidental. Civilizadores y evangelizadores de México fueron los miles de misioneros que llegaron de Europa para trasplantar la fe de Cristo, y en especial los de la primera hora, a partir de 1524. El primer grupo de misioneros franciscanos en llegar fueron conocidos como los *Doce apóstoles* de México. El tema de los misioneros católicos en México merece todo un estudio aparte, por eso aquí solo haré mención de ellos por su importancia capital en la forja de la nación mexicana.

Fueron doce los primeros misioneros franciscanos llegados a México en 1524, tres años después de la conquista española del imperio azteca. Llegaron para dar inicio a la evangelización de los enormes territorios

del nuevo país que nacía de aquel parto doloroso. Doce como los primeros apóstoles que eligió personalmente Jesús para constituir su Iglesia y enviarlos a evangelizar el mundo entero.

Ellos, los civilizadores, labraron la estatua de la patria al fundir en el crisol de su inmenso amor los varios metales de los pueblos; lenguas, costumbres, religiones. A su paso florecían ciudades, terminaban las guerras, cesaban la antropofagia, la hechicería, la embriaguez; enhestaban la cruz en los picachos de la sierra y descendía sobre los pueblos errabundos y míseros, la paz, la abundancia, la luz [...] De los gigantescos civilizadores se ignora hasta sus nombres [...] y como se les ignora y es justo que se les conozca, nos hemos propuesto popularizar la historia de sus estupendos hechos⁶.

Una vez embarcados para la misión evangelizadora partieron del puerto andaluz de Sanlúcar de Barrameda el 25 de enero de 1524; el 4 de febrero arribaron a la Gomera, una de las islas Canarias; después el 5 de marzo a Puerto Rico; el 13 de ese mismo mes a la isla de la Española o Santo Domingo; el 30 de abril a la Villa de la Trinidad. Finalmente llegan al puerto de San Juan de Ulúa, en Veracruz, el 13 de mayo de 1524.

Aquel 13 de mayo de 1524 arribó el grupo de misioneros franciscanos conocidos después como *los doce apóstoles de México*, enviados por el Papa Adriano VI y por el Rey Carlos I de España. Estos serían los primeros encargados de convertir a los indios de la Nueva España al catolicismo. Al frente de esta misión estuvo fray Martín de Valencia, superior de la provincia franciscana española de San Gabriel, el cual, por encargo del Ministro General de la orden franciscana Francisco Quiñones, eligió con extraordinario cuidado los doce apóstoles para la expedición.



⁶ A. Trueba, *Cabalgata heroica. Misioneros jesuitas en el Noroeste*, Jus, México 1961, 3-4.



Nombres de los doce franciscanos: Martín de Valencia, Francisco de Soto, Martín de Jesús (o de la Coruña), Juan Suárez, Antonio de Ciudad Rodrigo, Toribio de Benavente (Motolinía), García de Cisneros, Luis de Fuensalida, Juan de Ribas, Francisco Jiménez, y los frailes legos Andrés de Córdoba y Juan de Palos.

Hernán Cortés se entera de la llegada de estos misioneros a la ciudad de México e inmediatamente sale a recibirlos en compañía de muchos indios y caciques principales entre ellos Cuauhtémoc (último emperador azteca). La pobre vestimenta de esos frailes impactó a los indígenas, al ver que ellos venían vestidos de manera distinta ya que estaban acostumbrados a ver a los soldados de la conquista bien vestidos y protegidos. Cortés hace una reverencia hacia estos franciscanos besándoles el atuendo con la finalidad de que los indígenas hicieran lo mismo. Pero sobre todo para que tuvieran respeto y obediencia hacia ellos. Así se daba inicio la evangelización de la Nueva España.

Desde su llegada, estos frailes franciscanos se ganaron el afecto y la confianza de los indígenas por su humilde forma de vivir. Andaban semi descalzos y con los hábitos desgastados, dormían sobre esteras y eran muy frugales en la comida. Los indígenas valoraron su laboriosidad y el esfuerzo que hacían para enseñarles y apreciaron el trato afectuoso que les brindaban y el interés por defenderlos de aquellos españoles que los maltrataban. Los derechos de los indios fue una conquista de los misioneros católicos.

Los indígenas no salían de su asombro al ver a aquel grupo de pobres frailes, tan afables y humildes. Y al comentarlo, repetían la palabra *Motolinía*, hasta que el padre Toribio de Benavente preguntó por su significado. Le dijeron que quiere decir pobre. Y desde entonces fray Toribio tomó para siempre el nombre de Motolinía⁷. Los misioneros fueron desde su llegada los protectores, padres y civilizadores de los indígenas, integrándoles poco a poco y con ingentes esfuerzos en el nuevo país que surgía después de la conquista.



¿Qué elementos hacen posible el surgimiento de una nación?

Hemos afirmado que el nacimiento de México como nación se dio en 1521, y a partir de ahí empezó su recorrido histórico. Hay tres elementos básicos en la forja de la unidad nacional. Primero, la unidad política, que comprende la unidad territorial bajo un gobierno organizado. Toda nación ha experimentado durante décadas o siglos cambios grandes o menores en el proceso de su unidad social y política, y México no ha sido excepción.

Segundo elemento es la unidad social, que se logra al adoptar un idioma común como lazo de unidad entre los diversos grupos y etnias que habitan el territorio nacional. El idioma español es el oficial de México. En tercer lugar está la unidad cultural, que aglutina las diversas tradiciones que se reconocen como patrimonio de la nación y que han ido forjando su identidad. Hablar hoy de México como "el país azteca" o el "equipo azteca" en los mundiales de fútbol es solo un pobre reduccionismo, ya que el elemento azteca representa apenas una parte del conjunto social y cultural que constituye México.

⁷ Cf. J. M. Iraburu, *Hechos de los apóstoles de América*, o. cit., 102.



Sin olvidar para nada la basta tradición cultural de sus diversos pueblos indígenas, México creció desde 1521 bajo la tutela de la civilización occidental traída de España, que le dio lengua, religión y costumbres. La religión católica predominante ha sido el alma de la nación mexicana, bajo el amparo de la Virgen de Guadalupe, símbolo de su identidad mestiza, porque en su dulce rostro se ven reflejados los diversos grupos étnicos que conforman esta nación heterogénea. El acontecimiento guadalupano, desde 1531, es de capital importancia para entender la identidad cultural y religiosa de México.

Estos tres elementos mezclados entre sí fraguaron la nación mexicana, surgida en 1521 y durante los tres siglos posteriores, cuando llevó el nombre de Virreinato de Nueva España. En 1821 se consumó su independencia política, pero no rompió sus lazos culturales ni religiosos con la madre patria. Los tres siglos del virreinato son absolutamente indispensables para entender el desarrollo histórico de México, porque en ellos se fraguaron su unidad social y cultural, no tanto la política.

Sostener que México nació apenas en 1821, con la independencia de España, no es correcto porque ni la historia ni los hechos lo avalan. Hay toda una línea ideológica que se ha empeñado en enseñar el año 1821 como “recuperación” de la nacionalidad mexicana, porque pretende afirmar que los tres siglos del virreinato fueron algo así como una opresión, un paréntesis doloroso de la mexicanidad impuesto por el imperio

español.

Detrás de este reduccionismo ideológico e histórico se pretende borrar de un plumazo toda la obra civilizadora y evangelizadora de la Iglesia católica venida de España, que fue el elemento esencial para la formación de la nación mexicana. Ha quedado demostrado que antes de 1521 no había una nación mexicana, ni siquiera una idea remota de identidad nacional o mexicanidad, porque las muy diversas tribus y etnias del espacio territorial precortesiano tenían cada una su lenguaje, religiosidad y sus costumbres, que la más de las veces los hacía enemigos mortales entre sí. En 1821 ya existía México con su identidad cultural y religiosa, y el paso sucesivo fue alcanzar su independencia política de España.

En 2021 México tiene una cita importante con su historia

La historia es maestra de vida, con las lecciones de sus hechos irrefutables. El año 2021 servirá para aclarar todo equívoco acerca del nacimiento de México como nación. No existía antes del periodo prehispánico, ni menos empezó su andadura histórica en 1821, año de su independencia, como pretenden algunos. México nació hace cinco siglos, creció durante otros tres con el nombre de Nueva España hasta que alcanzó su mayoría de edad, y se independizó hace dos siglos, tomando el nombre de raíces nahuas y adoptando la bandera tricolor con el escudo del águila devorando a la serpiente.

Su cultura lleva la impronta occidental y su religión predominante es la católica, que ha forjado el alma del pueblo mexicano. Los verdaderos padres bienhechores de la patria mexicana y civilizadores de los indios fueron los heroicos misioneros católicos, que en no pocas ocasiones derramaron su sangre con el martirio para sacar de la barbarie a los grupos indígenas más primitivos. Son pocos los historiadores que han dado su lugar a la labor ingente de siglos de los misioneros en tierras de América, y de México en el caso presente. Uno de estos afirma con palabras vehementes que



Palabras clave: México, Virreinato, Independencia, Iglesia católica, Evangelización.

Por eso hemos de afirmar que todas esas regiones son actualmente México gracias a los misioneros jesuitas que ensancharon la patria mexicana con su grandioso esfuerzo evangelizador. Y de franciscanos, dominicos, agustinos y otros religiosos hay que decir lo mismo: los misioneros fueron los principales creadores del México actual. Sin embargo, hoy vemos en las ciudades de aquella nación pesadas estatuas, en el más puro estilo del realismo soviético, dedicadas a Juárez, Obregón o Carranza, pero apenas hallaremos ningún recuerdo de estos santos padres de la patria mexicana...¹⁰.

Esta es la verdad histórica; pretender negarla o acomodarla sería demagogia e ideología, que refutan los hechos. Por eso es tan importante que un pueblo conozca bien su historia, para no repetir los errores del pasado y para aprender de los logros de sus ancestros y continuarlos. La construcción de un México democrático, más justo y honesto, es tarea de todos sus ciudadanos, bajo la protección y mirada amorosa de la Virgen María de Guadalupe, madre de la nación y símbolo genuino de su identidad patria.

¹⁰ Cf. J. M. IRABURU, *Hechos de los apóstoles de América*, o. cit., p. 237.



Pastores en la pandemia



†Felipe Arizmendi Esquivel

S. E. Obispo Emérito de San Cristóbal de Las Casas

1. ANTE EL COVID-19, SER TESTIGO DE JESUS

- a) No sirve culpar sólo al gobierno, quejarse y lamentar lo que sucede
- b) El pueblo acude a nosotros esperando una palabra y una ayuda oportuna
- c) El pueblo espera de nosotros, sobre todo, que le demos a Dios

Palabra de Dios

“Jesús recorría todos los pueblos y aldeas enseñando en las sinagogas, proclamando la Buena Noticia del Reino y curando todas las enfermedades y dolencias. Al ver a las multitudes se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y desamparadas, como ovejas sin pastor” (Mt 9, 35-36).

Cuando los apóstoles querían desentenderse de la gente, Jesús les dice: *“Denles ustedes de comer”,* y, con cinco panes y dos peces, alimenta a multitudes (cf Mt 14, 13-21; Jn 6, 1-10).

Con razón Pedro define así toda la vida de Jesús: *“Pasó haciendo el bien”* (Hech 10, 38).

“El Espíritu Santo vendrá sobre ustedes y recibirán su fuerza, para que sean mis testigos... hasta los confines de la tierra” (Hech 1, 8).

La condición para ser apóstol es ser testigo de que Cristo vive: *“Es necesario que un hombre, de los que estuvieron en nuestra compañía todo el tiempo que el Señor Jesús convivió con nosotros, desde el bautismo de Juan hasta el día de su ascensión, sea constituido testigo de su resurrección junto con nosotros”* (Hech 1, 21-22).

Magisterio eclesial

El Concilio Vaticano II, en su Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual, expresa: *“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”*¹.

¹ Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et spes*, 1



Reflexiona: ¿Tú eres testigo de Cristo, no sólo en la celebración de los ritos, sino en tu corazón cercano a todos los que sufren?

2. SER PASTOR EN LA PANDEMIA

- a) Hay sacerdotes centrados sólo en el culto, preocupados sólo por sí mismos
- b) Hay sacerdotes que son verdaderos pastores, al servicio total de su pueblo
- c) El modelo para todos es Jesús

“Cree la Iglesia que Cristo muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo, a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse. Igualmente, cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro. Afirma además la Iglesia que, bajo la superficie de lo cambiante, hay muchas cosas permanentes, que tienen su último fundamento en Cristo, quien existe ayer, hoy y para siempre. Bajo la luz de Cristo, imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación, el Concilio habla a todos para esclarecer el misterio del hombre y para cooperar en el hallazgo de soluciones que respondan a los principales problemas de nuestra época”².

“Los cristianos esperan encontrar en el sacerdote no sólo un hombre que los acoge, que los escucha con gusto y les muestra una sincera amistad, sino también y sobre todo un hombre que les ayude a mirar a Dios, a subir hacia Él³. Los fieles tienen el derecho de buscar en el sacerdote “al hombre de Dios, al consejero, al mediador de paz, al amigo fiel y prudente y al guía seguro en quien se pueda confiar en los momentos más difíciles para hallar consuelo y firmeza”⁴.

Palabra de Dios

“Hijo de hombre, profetiza contra los pastores de Israel. Profetiza. A los pastores les dirás: Así dice el Señor Dios: ¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos! ¿Acaso los pastores no deben apacientar al rebaño? Ustedes se comen la mejor parte, se visten con la lana y sacrifican a la oveja gorda, pero no apacientan el rebaño. Ustedes no robustecieron a las ovejas débiles ni curaron a las enfermas; no vendaron a las heridas ni hicieron volver a las que se habían dispersado, ni tampoco buscaron a las perdidas, sino que las dominaron con violencia y crueldad. Así, las ovejas andan errantes por falta de pastor y se han convertido en presa fácil de los animales salvajes (...) Por eso, así dice el Señor Dios: Yo mismo me encargaré de buscar y de cuidar mi rebaño. Como el pastor que está en medio de su rebaño y cuida de sus ovejas dispersas, así estaré atento a mis ovejas e iré a rescatarlas de todos los lugares donde se han dispersado en días oscuros y de niebla” (Ez 34, 2-6. 11-12).

“Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas. En cambio, el asalariado, el que no es pastor ni dueño de las ovejas, cuando ve venir al lobo las abandona

² Ibid, 10

³ San Juan Pablo II, Exhortación Postsinodal *Pastores dabo vobis*, 47

⁴ Ibid, 72



DIMENSIÓN PASTORAL

y huye, y el lobo las arrebató y dispersa. Como es un asalariado, no le importan las ovejas. Yo soy el buen pastor: conozco a mis ovejas y las mías me conocen a mí, así como el Padre me conoce a mí y yo conozco al Padre. Y yo doy mi vida por las ovejas. Tengo además otras ovejas que no son de este corral, a las que también debo guiar: ellas escucharán mi voz y habrá así un solo rebaño con un solo pastor. El Padre me ama, porque doy mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que yo la doy voluntariamente” (Jn 10, 11-18).

“Cuidense ustedes mismos y cuiden el rebaño sobre el cual el Espíritu los constituyó guardianes, encargados de apacentar la Iglesia que Dios adquirió por medio de la sangre de su propio Hijo” (Hech 20, 28).

“Exhorto a los presbíteros que están entre ustedes, yo, presbítero con ellos, testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que está a punto de revelarse. Apacienten el rebaño que Dios les ha encomendado cuidando de él de buena gana, como Dios quiere, no a la fuerza ni por ambición de dinero, sino con abnegación; no como dueños de aquellos que están a su cuidado, sino como modelos del rebaño. Así, cuando aparezca el pastor supremo, recibirán la corona de gloria que no se marchita” (1 Pe 5, 1-4).

Magisterio eclesial

El Concilio Vaticano II resalta el triple ministerio pastoral de los presbíteros: profético, litúrgico y social.

Ministerio profético: “Los presbíteros, como cooperadores que son de los obispos, tienen por deber primero el de anunciar a todos el Evangelio de Dios”⁵. No podría ser de otra manera. Jesucristo centra su ministerio en predicar (cf Mc 1, 14-15.25.38-39; 2, 2; 4,

2.33-34; 6,2.34). Escoge a sus apóstoles “para enviarlos a predicar” (Mc 3, 14). Esta será su principal tarea (cf Mc 16, 15.20; Mt 28, 19-20; Hech 2, 42; 4, 2.20; 5, 42).

Ministerio litúrgico: “Así como Cristo fue enviado por el Padre, él a su vez envió a los Apóstoles llenos del Espíritu Santo. No sólo los envió a predicar el Evangelio a toda creatura, y a anunciar que el Hijo de Dios, con su muerte y resurrección, nos libró del poder de Satanás y de la muerte y nos condujo al reino del Padre, sino también a realizar la obra de salvación que proclamaban mediante el sacrificio y los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica”⁶.

“Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz, sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su virtud en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: donde están dos o tres congregados en mi nombre, ahí estoy yo en medio de ellos (...) En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra



⁵ Concilio Vaticano II, Decreto *Presbyterorum ordinis*, 4; cf Código de Derecho Canónico, 757

⁶ Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum concilium*, 6



de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia”⁷.

Ministerio social: “La sagrada Liturgia no agota toda la actividad de la Iglesia, pues para que los hombres puedan llegar a la liturgia es necesario que antes sean llamados a la fe y a la conversión: ¿Cómo invocarán a Aquél en quien no han creído? O ¿cómo creerán en Él sin haber oído de Él? Y ¿cómo oirán, si nadie les predica? Y ¿cómo predicarán, si no son enviados?’ (Rom 10, 14-15). Por eso, a los no creyentes la Iglesia proclama el mensaje de salvación, para que todos los hombres conozcan al único Dios verdadero y a su enviado Jesucristo y se conviertan de sus caminos haciendo penitencia. Y a los creyentes les debe predicar continuamente la fe y la penitencia, y debe prepararlos además para los sacramentos, enseñándoles a cumplir cuanto mandó Cristo y estimularlos a toda clase de obras de caridad, piedad y apostolado, para que se ponga de manifiesto que los fieles, sin ser de este mundo, son luz del mundo y dan gloria al Padre delante de los hombres”⁸.

“Si es cierto que los presbíteros se deben a todos, de modo particular, sin embargo, se les encomiendan los pobres y los más débiles, con quienes el Señor mismo se muestra unido (cf Mt 25, 34-45), y cuya evangelización se da como signo de la obra mesiánica”⁹.

San Juan Pablo II dice con toda claridad: “Pertenece a la enseñanza y a la praxis más antigua de la Iglesia la convicción de que ella misma, sus ministros y cada uno de sus miembros están llamados a aliviar la miseria de los que sufren cerca o lejos, no sólo con lo superfluo, sino con lo necesario. Ante los casos de necesidad, no se debe dar preferencia a los adornos superfluos de los templos y a los objetos preciosos del culto divino; al contrario, podría ser obligatorio enajenar estos bienes para dar pan, bebida, vestido y casa a quien carece de



ello”¹⁰.

El episcopado latinoamericano, en el Documento de Puebla, nos reta: “La situación de injusticia nos hace reflexionar sobre el gran desafío que tiene nuestra pastoral para ayudar al hombre a pasar de situaciones menos humanas a más humanas. Las profundas diferencias sociales, la extrema pobreza y la violación de derechos humanos, que se dan en muchas partes, son retos a la Evangelización. Nuestra misión de llevar Dios a los hombres y los hombres a Dios implica también construir entre ellos una sociedad más fraterna. Esta situación social no ha dejado de acarrear tensiones en el interior mismo de la Iglesia; tensiones producidas por grupos que, o enfatizan lo espiritual de la misión, resintiéndose por los trabajos de promoción social, o bien quieren convertir la misión de la Iglesia en un mero trabajo de promoción humana”¹¹.

“La acción positiva de la Iglesia en defensa de los derechos humanos y su comportamiento con los pobres ha llevado a que grupos económicamente pudientes, que se creían adalides del catolicismo, se sientan como abandonados por la Iglesia que, según ellos, habría dejado su misión espiritual”¹².

“Nuestra conducta social es parte integrante de

⁷ Ibid, 7

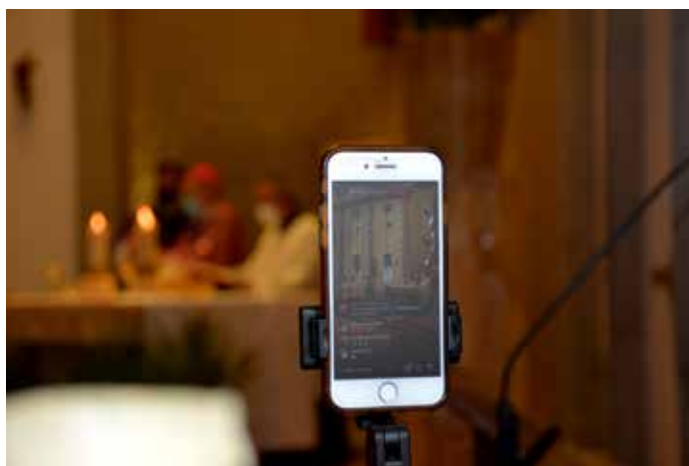
⁸ Ibid, 9

⁹ Concilio Vaticano II, Decreto *Presbyterorum ordinis*, 6

¹⁰ San Juan Pablo II, Carta Encíclica *Sollicitudo rei socialis*, 31; cf 46

¹¹ IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y de El Caribe, Documento de Puebla, 90

¹² Ibid, 79



Palabra de Dios

En el diálogo de Jesús con la samaritana, cuando ésta le objeta diciendo: *“Nuestros padres adoraron en este monte, pero ustedes, los judíos, dicen que es en Jerusalén donde hay que adorar”*, él responde: *“Mujer, créeme: llega la hora en que ni en este monte, ni en Jerusalén adorarán al Padre (...) Llega la hora, y ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Estos son los adoradores que el Padre desea. Dios es espíritu, y por eso sus adoradores deberán adorarlo en espíritu y en verdad”* (Jn 4, 20-24).

nuestro seguimiento de Cristo (...) La evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que, en el curso de los tiempos, se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre”¹³.

Sin embargo, el presbítero, *“como pastor que se empeña en la liberación integral de los pobres y oprimidos, obra siempre con criterios evangélicos (cf EN 18). Cree en la fuerza del Espíritu para no caer ‘en la tentación de hacerse líder político, dirigente social o funcionario de un poder temporal’; esto le impedirá ser signo y factor de unidad y fraternidad”*¹⁴.

Reflexiona: ¿Eres y has sido un pastor para tu pueblo al estilo de Jesús? ¿O eres mercenario?

3. PASTORES ON LINE

- a) Hay personas que nos han criticado por mantener cerrados los templos
- b) Hay parroquias donde se ha estancado la pastoral
- c) Muchos sacerdotes han encontrado la forma de llegar a sus fieles en forma virtual

Cuando el sirio Naamán, enfermo de lepra, fue a visitar al profeta Eliseo, esperaba que éste saldría, le impondría las manos, le haría otros signos, y quedaría curado; no fue así. El profeta le mandó decir con un sirviente que fuera a bañarse en el Jordán y quedaría limpio. No lo tocó; ni siquiera lo vio. A distancia del profeta, aconteció el milagro (cf 2 Rey 5, 1-27).

Cuando un centurión en Cafarnaúm suplicó a Jesús que curara a un sirviente (según Jn 4, 46-54 era un hijo) que estaba en casa muy enfermo, lo sanó a distancia. Jesús quería ir a la casa, pero no fue necesario (cf Mt 8, 5-13; Lc 7, 1-10). Cuando diez leprosos, *“que se detuvieron a distancia”*, pidieron a Jesús que tuviera compasión de ellos, los mandó ante los sacerdotes y, sin tocarlos, *“mientras iban, quedaron purificados de su lepra”* (Lc 17, 12-15).

San Pablo dijo a los atenienses: *“El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él no habita en templos hechos por manos humanas, porque es el Señor del cielo y de la tierra. Tampoco tiene necesidad de ser servido por los seres humanos, ya que él es el que da a todos la*

¹³ Ibid, 476; cf San Pablo VI, *Exhortación Apostólica Evangelii nuntiandi*, 29

¹⁴ IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y de El Caribe, *Documento de Puebla*, 696



vida, el aliento y todo lo demás... No está lejos de cada uno de nosotros, ya que en él vivimos, nos movemos y existimos” (Hech 17, 24-25.27-28).

Sin embargo, Dios es cercano, palpable: *“El Verbo se hizo carne y puso su morada entre nosotros” (Jn 1, 14). Jesús “es la imagen de Dios invisible” (Col 1, 15). “Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y palpado con nuestras manos (...) se los anunciamos a ustedes, para que vivan en comunión con nosotros” (1 Jn 1, 1.3). Por ello, Jesús invita a Tomás: “Trae aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado” (Jn 20, 27). Pero advierte: “Felices los que han creído sin haber visto” (Jn 20,29). “El que me ama, cumplirá mi palabra y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos en él nuestra morada” (Jn 14, 23).*

Magisterio eclesial

Según el Catecismo de la Iglesia Católica, el medio ordinario de salvación es el bautismo; pero si no es

posible recibirlo, el llamado bautismo de deseo es salvífico¹⁵. Dios no está atado a la acción de sus ministros y al uso del agua. Claro que son medios establecidos por Jesús para la salvación; pero cuando no son posibles, Dios no depende de personas y de distancias. Así mismo, el medio ordinario para obtener el perdón de los pecados es la confesión ante un sacerdote; pero si no es posible hacerlo, te arrepientes de todo corazón y Dios te perdona, con el compromiso de confesarte tan pronto sea posible¹⁶. Igualmente, según el Código de Derecho Canónico, el modo ordinario de que un matrimonio sea reconocido como sacramento es la presencia física del sacerdote, de un diácono, o de otro ministro autorizado; pero si no se puede esta forma ordinaria, pueden casarse sacramentalmente, expresando su compromiso ante dos testigos, y su matrimonio es válido y es verdadero sacramento¹⁷. Así es nuestro Dios. Aunque ha querido estar presencialmente entre nosotros y necesitar el ministerio de sus pastores, no depende absolutamente de distancias, de tiempos y de personas. *“Dios es espíritu, y por eso sus adoradores deberán adorarlo en espíritu y en verdad” (Jn 4, 24).*

El Papa Francisco nos ha dicho: *“Hoy, que las redes y los instrumentos de la comunicación humana han alcanzado desarrollos inauditos, sentimos el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea algo caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad (...) Salir de sí mismo para unirse a otros hace bien. Encerrarse en sí mismo es probar el amargo veneno de la inmanencia, y la humanidad saldrá perdiendo con cada opción egoísta que hagamos”¹⁸.*

A propósito de estos medios electrónicos, afirma: *“Desde que internet ha estado disponible, la Iglesia siempre ha intentado promover su uso al servicio del encuentro entre las personas y de la solidaridad entre todos. La red es un recurso de nuestro tiempo. Constituye una fuente de conocimientos y de relaciones hasta hace*

¹⁵ Cf Catecismo de la Iglesia Católica, 1258-1260

¹⁶ Cf Ibid, 1452

¹⁷ Cf Código de Derecho Canónico, canon 1116

¹⁸ Papa Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, 87



poco imaginable.

Las redes sociales sirven para que estemos más en contacto, nos encontremos y ayudemos los unos a los otros. El contexto actual nos llama a todos a invertir en las relaciones, a afirmar también en la red y mediante la red el carácter interpersonal de nuestra humanidad. Los cristianos estamos llamados con mayor razón a manifestar esa comunión que define nuestra identidad de creyentes. Efectivamente, la fe misma es una relación, un encuentro; y mediante el impulso del amor de Dios podemos comunicar, acoger, comprender y corresponder al don del otro¹⁹.

Sin embargo, advierte: “El uso de las redes sociales es complementario al encuentro en carne y hueso, que se da a través del cuerpo, el corazón, los ojos, la mirada, la respiración del otro. Si se usa la red como prolongación o como espera de ese encuentro, entonces no se traiciona a sí misma y sigue siendo un recurso para la comunión. Si una familia usa la red para estar más conectada y luego se encuentra en la mesa y se mira a los ojos, entonces es un recurso. Si una comunidad eclesial coordina sus actividades a través de la red, para luego celebrar la Eucaristía juntos, entonces es un recurso. Si la red me proporciona la ocasión para acercarme a historias y experiencias de belleza o de sufrimiento físicamente lejanas de mí, para rezar juntos y buscar juntos el bien en el redescubrimiento de lo que nos une, entonces es un recurso”²⁰.

Reflexiona: ¿Has hecho lo posible por ser un pastor on line?

4. EL MEJOR ANTIVIRUS, LA SOLIDARIDAD

Palabra de Dios

“Les doy un mandamiento nuevo: ámense unos a otros. Así como yo los he amado, ámense unos a otros. Todos



conocerán que son mis discípulos si se aman unos a otros” (Jn 13, 34-35).

“La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie decía que sus bienes eran propios, sino que todo lo tenían en común. Los apóstoles daban testimonio con gran fuerza de la resurrección del Señor Jesús, y eran bien vistos por todos. No había ningún necesitado entre ellos, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, llevaban el importe de la venta y lo ponían a disposición de los apóstoles, para que lo distribuyeran según las necesidades de cada uno” (Hech 4, 32-35; cf 2, 44-45).

“Quien dice que está en la luz, mientras aborrece a su hermano, está aún en las tinieblas” (1 Jn 2,9). “Este es el mensaje que oyeron desde el principio: que nos amemos los unos a los otros. No como Caín, que por ser del Maligno asesinó a su hermano (...) Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. Quien no ama, permanece en la muerte. Todo el que aborrece a su hermano es un homicida, y ya saben que en ningún homicida permanece la vida eterna. En esto hemos conocido lo que es el amor, en que él dio su vida por nosotros. Por eso nosotros también debemos dar la vida por los hermanos. Si uno vive en la abundancia

¹⁹ Papa Francisco, Mensaje para la 53 Jornada de las Comunicaciones Sociales

²⁰ Ibid



DIMENSIÓN PASTORAL

y ve a su hermano pasar necesidad y no se compadece de él, ¿cómo permanecerá el amor de Dios en él? Hijos, no amemos sólo de palabra ni de boca, sino con hechos y según la verdad" (1 Jn 3, 11-18). "Nosotros amemos porque Dios nos amó primero. Si alguien dijera: 'Amo a Dios', pero aborrece a su hermano, sería un mentiroso, porque quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve. Este es el mandamiento que recibimos de él: que quien ama a Dios ame también a su hermano" (1 Jn 4, 19-21).

Magisterio eclesial

En un artículo para una revista, el Papa Francisco escribe: "Dios jamás abandona a su pueblo, está siempre junto a él, especialmente cuando el dolor se hace más presente. Es el sople del Espíritu que abre horizontes, despierta la creatividad y nos renueva en fraternidad para decir: ¡Presente! (o bien, aquí estoy) ante la enorme e impostergable tarea que nos espera. Una emergencia como la del COVID-19 es derrotada en primer lugar con los anticuerpos de la solidaridad. No podemos permitirnos escribir la historia presente y futura de espaldas al sufrimiento de tantos. Es el Señor quien nos

volverá a preguntar '¿dónde está tu hermano?' (Gn, 4, 9)"²¹.

El domingo, octava de Pascua de la Divina Misericordia, dijo: "La respuesta de los cristianos en las tormentas de la vida y de la historia sólo puede ser la misericordia: el amor compasivo entre nosotros y hacia todos, especialmente hacia los que sufren, al que ya no da más, al que es abandonado. No el pietismo, ni el asistencialismo; sino la compasión, que viene del corazón"²².

Ya había dicho, en la homilía de ese domingo: "Esta pandemia nos recuerda que no hay diferencias ni fronteras entre los que sufren: todos somos frágiles, iguales y valiosos. Que lo que está pasando nos sacuda por dentro. Es tiempo de eliminar las desigualdades, de reparar la injusticia que mina de raíz la salud de toda la humanidad. Aprendamos de la primera comunidad cristiana que se describe en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Había recibido misericordia y vivía con misericordia: 'Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno' (Hch 2, 44-45). No es ideología; es cristianismo"²³.

El Concilio Vaticano II y documentos posteriores nos ayudan a profundizar esta dimensión de nuestra vida:

"Los presbíteros, constituidos por la ordenación en el orden del presbiterado, se unen todos entre sí por íntima fraternidad sacramental; pero especialmente en la diócesis, a cuyo servicio se consagran bajo el propio obispo, forman un solo presbiterio. Porque, aunque se entreguen a diversos menesteres, ejercen, sin embargo, un solo ministerio sacerdotal en favor de los hombres"²⁴.

"Cada sacerdote, tanto diocesano como religioso, está unido a los demás miembros de este presbiterio gracias



²¹ Papa Francisco, Artículo en la revista española VIDA NUEVA, abril de 2020

²² Papa Francisco, Mensaje antes del Regina coeli, 19 de abril de 2020

²³ Papa Francisco, Homilía Domingo de la Divina Misericordia, 19 de abril de 2020

²⁴ Concilio Vaticano II, Decreto *Presbyterorum ordinis*, 8



DIMENSIÓN PASTORAL

al sacramento del Orden, con vínculos particulares de caridad apostólica, de ministerio y de fraternidad. En efecto, todos los presbíteros, sean diocesanos o religiosos, participan en el único sacerdocio de Cristo, Cabeza y Pastor, «trabajan por la misma causa, esto es, para la edificación del cuerpo de Cristo, que exige funciones diversas y nuevas adaptaciones, principalmente en estos tiempos», y se enriquece a través de los siglos con carismas siempre nuevos²⁵.

«El sacerdote está llamado a madurar la conciencia de ser miembro de la Iglesia particular en la que está incardinado, o sea, incorporado con un vínculo a la vez jurídico, espiritual y pastoral. Esta conciencia supone y desarrolla el amor especial a la propia Iglesia (...) Lo lleva a compartir la historia o experiencia de vida de esta Iglesia particular en sus valores y debilidades, en sus dificultades y esperanzas, y a trabajar en ella para su crecimiento.

Dentro de la comunión eclesial, el sacerdote está llamado de modo particular, mediante su formación permanente, a crecer en y con el propio presbiterio unido al Obispo. El presbiterio en su verdad plena es un *mysterium*: es una realidad sobrenatural, porque tiene su raíz en el sacramento del Orden. Es su fuente, su origen; es el «lugar» de su nacimiento y de su crecimiento. Este origen sacramental se refleja y se prolonga en el ejercicio del ministerio presbiteral: del *mysterium* al *ministerium*. «La unidad de los presbíteros con el Obispo y entre sí no es algo añadido desde fuera a la naturaleza propia de su servicio, sino que expresa su esencia como solicitud de Cristo Sacerdote por su Pueblo congregado por la unidad de la Santísima Trinidad». Esta unidad del presbiterio, vivida en el espíritu de la caridad pastoral, hace a los sacerdotes testigos de Jesucristo, que ha orado al Padre «para que todos sean uno» (Jn 17, 21).

La fisonomía del presbiterio es, por tanto, la de una verdadera familia, cuyos vínculos no provienen de carne y sangre, sino de la gracia del Orden: una gracia que asume y eleva las relaciones humanas, psicológicas, afectivas, amistosas y espirituales entre los sacerdotes; una gracia que se extiende, penetra, se revela y se concreta en las formas más variadas de ayuda mutua, no

sólo espirituales sino también materiales. La fraternidad presbiteral no excluye a nadie, pero puede y debe tener sus preferencias: las preferencias evangélicas reservadas a quienes tienen mayor necesidad de ayuda o de aliento. Esta fraternidad «presta una atención especial a los presbíteros jóvenes, mantiene un diálogo cordial y fraterno con los de media edad y los mayores, y con los que, por razones diversas, pasan por dificultades. También a los sacerdotes que han abandonado esta forma de vida o que no la siguen, no sólo no los abandona, sino que los acompaña aún con mayor solicitud fraterna».

También forman parte del único presbiterio, por razones diversas, los presbíteros religiosos residentes o que trabajan en una Iglesia particular. Su presencia supone un enriquecimiento para todos los sacerdotes y los diferentes carismas particulares que ellos viven, a la vez que son una invitación para que los presbíteros crezcan en la comprensión del mismo sacerdocio, contribuyen a estimular y acompañar la formación permanente de los sacerdotes.

El don de la vida religiosa en la comunidad diocesana, cuando va acompañado de sincera estima y justo respeto de las particularidades de cada Instituto y de cada espiritualidad tradicional, amplía el horizonte del testimonio cristiano y contribuye de diversa manera a enriquecer la espiritualidad sacerdotal, sobre todo respecto a la correcta relación y recíproco influjo entre los valores de la Iglesia particular y los de la universalidad



²⁵ San Juan Pablo II, Exhortación Postsinodal *Pastores dabo vobis*, 17



del Pueblo de Dios. Por su parte, los religiosos procuren garantizar un espíritu de verdadera comunión eclesial, una participación cordial en la marcha de la diócesis y en los proyectos pastorales del Obispo, poniendo a disposición el propio carisma para la edificación de todos en la caridad.

Por último, en el contexto de la Iglesia comunión y del presbiterio, se puede afrontar mejor el problema de la soledad del sacerdote. Hay una soledad que forma parte de la experiencia de todos y que es algo absolutamente normal. Pero hay también otra soledad que nace de dificultades diversas y que, a su vez, provoca nuevas dificultades. En este sentido, «la participación activa en el presbiterio diocesano, los contactos periódicos con el Obispo y con los demás sacerdotes, la mutua colaboración, la vida común o fraterna entre los sacerdotes, como también la amistad y la cordialidad con los fieles laicos comprometidos en las parroquias, son medios muy útiles para superar los efectos negativos de la soledad que algunas veces puede experimentar el sacerdote».

Pero la soledad no crea sólo dificultades, sino que ofrece también oportunidades positivas para la vida del sacerdote: «aceptada con espíritu de ofrecimiento y buscada en la intimidad con Jesucristo, el Señor, la soledad puede ser una oportunidad para la oración y el estudio, como también una ayuda para la santificación y el crecimiento humano». Se podría decir que una cierta forma de soledad es elemento necesario para la formación permanente. Jesús con frecuencia se retiraba solo a rezar (cf. Mt 14, 23). La capacidad de mantener una soledad positiva es condición indispensable para el crecimiento de la vida interior. Se trata de una soledad llena de la presencia del Señor, que nos pone en contacto con el Padre a la luz del Espíritu. En este sentido, fomentar el silencio y buscar espacios y tiempos «de desierto» es necesario para la formación permanente, tanto en el campo intelectual, como en el espiritual y pastoral. De este modo, se puede afirmar que no es capaz de verdadera y fraterna comunión el que no sabe vivir bien la propia soledad²⁶.



“El presbítero realizará la comunión requerida por el ejercicio de su ministerio sacerdotal por medio de su fidelidad y de su servicio a la autoridad del propio Obispo (...) Es necesario evitar toda forma de subjetivismo en el ejercicio del ministerio y adherirse corresponsablemente a los programas pastorales. Esta adhesión, además de ser expresión de madurez, contribuye a edificar la unidad en la comunión, que es indispensable para la obra de la evangelización (...) El presbítero ha de ser promotor de una relación afable con el propio Obispo, lleno de sincera confianza, de amistad cordial, de un verdadero esfuerzo de armonía y de una convergencia ideal y programática, que no quita nada a una inteligente capacidad de iniciativa personal y empuje pastoral”²⁷.

Reflexiona: ¿De qué forma has sido solidario con los demás, con sacerdotes y fieles, en esta pandemia?

5. IMPORTANCIA DE LA EUCARISTIA

Palabra de Dios

“Tomen y coman, esto es mi cuerpo” (Mt 26, 26). “Les aseguro que, si no comen la carne y no beben la sangre del Hijo del hombre, no tendrán vida en ustedes” (Jn 6, 53).

²⁶ Ibid, 74

²⁷ Congregación para el Clero, *Directorio para el Ministerio y la Vida de los Presbíteros*, 24



DIMENSIÓN PASTORAL

Jesús instituyó la Eucaristía y nos ordenó que la celebráramos siempre en memoria suya (cf Lc 22, 14-20; Mt 26, 26-29; Mc 14, 22-25; 1 Cor 11, 23-25).

Jesús resucitó pasado el sábado, al amanecer del primer día de la semana (cf Mt 28, 1; Mc 16, 1-6; Lc 24, 1-6; Jn 20, 1-9.19). Este día, con el tiempo, se llamó *domingo: día del Señor* (Apoc 1, 10).

“Los discípulos asistían con perseverancia a la enseñanza de los apóstoles, tenían sus bienes en común, participaban en la fracción del pan y en las oraciones” (Hech 2, 42).

Que algunas de estas reuniones celebrativas eran ya en domingo, lo dice San Pablo cuando recomienda a los corintios hacer una colecta en favor de los pobres de Jerusalén precisamente en sus reuniones después de que ya pasó el sábado, es decir, en domingo (cf 1 Cor 16, 1-2).

Magisterio eclesial

Estamos convencidos de la importancia tan trascendente de la celebración eucarística en nuestra vida ministerial.



Durante la pandemia, hemos celebrado sin presencia física de fieles, lo cual no es lo ordinario; sin embargo, tiene un valor nada despreciable.

El Papa Pablo VI dijo al respecto: *“No se puede exaltar tanto la misa llamada comunitaria, que se quite importancia a la misa privada”*²⁸. *“Porque toda misa, aunque sea celebrada privadamente por un sacerdote, no es acción privada, sino acción de Cristo y de la Iglesia, la cual, en el sacrificio que ofrece, aprende a ofrecerse a sí misma como sacrificio universal, y aplica a la salvación del mundo entero la única e infinita virtud redentora del sacrificio de la cruz. De donde se sigue que, si bien a la celebración de la misa conviene en gran manera, por su misma naturaleza, que un gran número de fieles tome parte activa en ella, no hay que desaprovechar, sino antes bien aprobar, la misa celebrada privadamente, porque de esta misa se deriva gran abundancia de gracias especiales para provecho ya del mismo sacerdote, ya del pueblo fiel y de toda la Iglesia, y aun de todo el mundo”*²⁹.

El Concilio Vaticano II claramente dice: *“En el misterio del sacrificio eucarístico, en que los sacerdotes cumplen su principal ministerio, se realiza continuamente la obra de nuestra redención y, por ende, encarecidamente se les recomienda su celebración cotidiana, la cual, aunque no pueda haber en ella presencia de fieles, es ciertamente acto de Cristo y de la Iglesia”*³⁰.

*“Es necesario recordar el valor incalculable que la celebración diaria de la Santa Misa tiene para el sacerdote, aun cuando no estuviere presente ningún fiel. El la vivirá como el momento central de cada día y del ministerio cotidiano, como fruto de un deseo sincero y como ocasión de un encuentro profundo y eficaz con Cristo (...) El que celebra mal, manifiesta la debilidad de su fe y no educa a los demás en la fe”*³¹.

²⁸ Pablo VI, Carta Encíclica *Mysterium fidei* (3-IX-1965), 2

²⁹ Ibid, 4

³⁰ Concilio Vaticano II, *Decreto Presbyterorum ordinis*, 13

³¹ Congregación para el Clero, *Directorio para el ministerio y vida de los presbíteros*, 49



El Concilio Vaticano II expresa: *“Nuestro Salvador, en la última cena, la noche que le traicionaban, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y a confiar así a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete en el cual se recibe como alimento a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera”*³².

Resalta la importancia del domingo: *“La Iglesia, por una tradición apostólica que trae su origen del mismo día de la resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón día del Señor o domingo. En este día, los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la palabra de Dios y participando de la Eucaristía, recuerden la pasión, la resurrección y la gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios, que los hizo renacer a la viva esperanza por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos (1 Pe 1, 3). Por eso, el domingo es la fiesta primordial, que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles de modo que sea también día de alegría y de liberación del trabajo”*³³.

Y advierte: *“Siempre que los ritos, cada cual según su naturaleza propia, admitan una celebración comunitaria,*



*con asistencia y participación activa de los fieles, incúlquese que hay que preferirla, en cuanto sea posible, a una celebración individual y casi privada. Esto vale sobre todo para la celebración de la Misa, quedando siempre a salvo la naturaleza pública y social de toda Misa, y para la administración de los sacramentos”*³⁴.

El Papa Francisco medita: *“¡Qué dulce es estar frente a un crucifijo, o de rodillas delante del Santísimo, y simplemente ser ante sus ojos! ¡Cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva! Entonces, lo que ocurre es que, en definitiva, ‘lo que hemos visto y oído es lo que anunciamos’. La mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos de esta manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivarnos una y otra vez. Por eso urge recobrar un espíritu contemplativo, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor que transmitir a los demás”*³⁵.

Y en una de sus homilias diarias en Santa Marta, advertía: *“Alguien me hizo reflexionar sobre el peligro de este momento que estamos viviendo, esta pandemia que ha hecho que todos nos comuniquemos, incluso religiosamente, a través de los medios, a través de los medios de comunicación. También esta Misa (...) Estamos todos comunicados, pero no juntos; sólo espiritualmente juntos. El pueblo aquí presente es pequeño [Las 6 ó 7 personas en Santa Marta]. Pero hay un gran pueblo, con el que estamos juntos, pero no juntos. También el Sacramento: hoy lo tienen, la Eucaristía; pero la gente que está conectada con nosotros, sólo la comunión espiritual. Y ésta no es la Iglesia: es la Iglesia en una situación difícil, que el Señor permite, pero el ideal de la Iglesia es estar siempre con el pueblo y con los sacramentos. Siempre. Cuidado de no viralizar la Iglesia, de no viralizar los sacramentos, de no viralizar al pueblo de Dios. La Iglesia, los sacramentos, el pueblo de Dios son concretos. Es cierto que en este momento debemos*

³² Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum concilium*, 47

³³ Ibid, 106

³⁴ Ibid, 27

³⁵ Papa Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, 264



mantener la familiaridad con el Señor de esta manera, pero para salir del túnel, no para quedarnos. Y esta es la familiaridad de los apóstoles: no gnóstica, no viralizada, no egoísta para cada uno de ellos, sino una familiaridad concreta, en el pueblo”³⁶.

Con ocasión de la fiesta del Corpus Christi, dijo: “En la Eucaristía encontramos las energías necesarias para vivir con fuerza cristiana los momentos difíciles. Este año no es posible celebrar la Eucaristía con manifestaciones públicas; sin embargo, podemos realizar una vida eucarística (...) La hostia consagrada contiene la persona de Cristo. Estamos llamados a buscarlo delante del Sagrario en la iglesia, pero también en aquel sagrario que son los últimos, los que sufren, las personas solas y pobres. El mismo Jesús lo dijo”³⁷.

Reflexiona: ¿Qué han significado para ti, en este tiempo, la celebración diaria de la Misa sin presencia física de fieles, y tu oración ante el Sagrario?

³⁶ Papa Francisco, *Homilía* 17 de abril de 2020

³⁷ Papa Francisco, *Catequesis* en la Audiencia General, 10 de junio de 2020



La renovación y conversión de la parroquia y del párroco (Parte II)



P. Antonio Rivero, L.C.

Licenciado en Humanidades Clásicas,
Licenciado en Filosofía,
Doctor en Teología Espiritual

Pretendemos que nuestras diócesis sean una Iglesia discípula misionera a partir de la parroquia, oyente atenta de la Palabra, en comunión y participación de todos y con una misión comprometida en la Nueva Evangelización. La conversión personal y pastoral del presbítero y del pueblo de Dios debe partir del encuentro personal con Jesucristo el Buen Pastor. Esta firme decisión de renovación y conversión personal y misionera *debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales* de las diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos y cualquier institución de la Iglesia, y agentes de pastoral. Nadie debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe (cf. *Documento de Aparecida* 365). Por tanto: nuestra parroquia necesita descubrir su nuevo rostro. Necesita cambiar su modo de comprenderse y estructurarse. Necesita renovarse desde su naturaleza misionera y evangelizadora. Necesita organizarse desde su dimensión comunitaria y eminentemente apostólica. Es decir,

- Queremos **descubrir el verdadero rostro de ambos** –parroquia y párroco–, para lograr la auténtica conversión y renovación. *Duc in altum!* Renovación profunda, no superficial y cosmética. Si no se da esta renovación, todas las estructuras

y modos parroquiales seguirán manifestando más bien el desánimo, el cansancio, la pasividad, la burocratización y el funcionalismo.

- En todo buscamos **la salvación propia y de nuestro pueblo**, que debe ser siempre la ley suprema de la Iglesia¹.
- Hablamos, no sólo de una conversión y renovación de personas, sino **también de una conversión y renovación de instrumentos, estructuras, formas de pastoral, acciones, proyectos, agentes de evangelización**. Por eso, el Documento de Aparecida, en su reflexión teológica, nos invita a *revisar y actualizar* en nuestro tiempo las estructuras de pastoral que utilizamos en el Continente Latinoamericano. Para ello es necesario ver desde los tesoros y riquezas de la Iglesia Universal, para luego adecuar lo pertinente en la Iglesia particular y doméstica en el plano comunitario.

PALABRAS CLAVES: parroquia, párroco, renovación, conversión, comunión (*koinonía*) eclesial vivida desde la fe, participación libre y creativa, corresponsabilidad, misión, nueva evangelización, diversos carismas, *kerygma*, catequesis, servicio eclesial y solidaridad (*diakonía*), avances, conflictos, carencias, expectativas, valores, búsquedas, tendencias, desafíos y perspectivas

¹ Cf. Código de Derecho Canónico, 1752.



de acción en pro de la renovación misionera de la diócesis, de la parroquia y del párroco.

NOTAS INTRODUCTORIAS

1. SIGNIFICADO ETIMOLÓGICO DE LA PALABRA PARROQUIA Y PÁRROCO

- **"Paroiken"** significa en griego **"vivir cerca"**,
- y el adjetivo **"paroikós"** significa **"próximo"**.

Por lo tanto, forman la paroikia los que **"viven junto a"** o **"habitan en vecindad"**. Así se entiende esta palabra en griego profano.

2. EL SIGNIFICADO BÍBLICO DE LA PARROQUIA

- Según la traducción griega de los Setenta, **paroikein** equivale **primeramente** a ser extranjero o emigrante, peregrinar o vivir como forastero con domicilio en un país, con cierta garantía de protección por parte de la comunidad, pero sin derecho de ciudadanía. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, la **paroikia** es pues, la comunidad de creyentes que se consideran extranjeros (Ef.2,19), de paso (1Pe1,17), emigrantes (1Pe 2,11) o peregrinos (Hb11,13) y viven en vecindad.

- **En segundo lugar**, el término **"paroikía"** tuvo otro significado: el conjunto de viviendas y de personas que formaban una diócesis (este significado aparece hacia el año 155).

3. EL VOCABLO "IGLESIA"

- El término griego **Ekklesia** «ἐκκλησία» con el que los LXX (siglo II a.C) tradujeron el término qahal, en hebreo קהל (convocación a la asamblea) tiene dos aspectos: **uno religioso** (los convocados por Dios) y el **otro sociológico** (la reunión como tal, concreta).
- **"Iglesia"** viene de dos palabras griegas "Ek" (fuera) y "klesia", del verbo "Kaleo" (llamar). Por tanto, llamar a los de fuera. Para nosotros, asamblea reunida en nombre de Cristo. En los escritos apostólicos de la Iglesia primitiva se da una identificación entre parroquia, iglesia, reunión o asamblea cultural.
- La Iglesia es pues una reunión concreta -en un determinado tiempo y lugar- de aquellos que se sienten convocados por Cristo en una casa.

3. LA PARROQUIA A TRAVÉS DE SU DESARROLLO HISTÓRICO

La Parroquia nace con la finalidad de adaptar la acción pastoral de la primitiva comunidad urbana a las zonas rurales recién evangelizadas; desde sus comienzos se concibió como Iglesia local en una comunidad fuera de la ciudad.

- **En el siglo I** de la era cristiana el Imperio Romano se encontraba en el culmen de su esplendor. Este Imperio, era políticamente romano, culturalmente era griego. La lengua internacional en aquel tiempo era el griego. En los comienzos de la Iglesia, los cristianos se reúnen en las **casas particulares**. Casas bastante amplias.

Perfil de la iglesia en la casa

"Todos los días se reunían [por la mañana] en el templo con entusiasmo, [por la tarde] partían el pan en sus casas y compartían su comida con alegría y con gran sencillez"



de corazón" (Hch 2,46).

Esa reunión o convivencia de 'hermanos', de 'gente con los mismos intereses' que se reunían en un contexto de familias (familiares, esclavos, algunos vecinos), tenían el ritual y la cena -comida- presidida por el *paterfamilias*.

Cuando rompen con la sinagoga, (Hechos 15) el rito de la sinagoga (lecturas, comentario, salmos, cantos), se une al ritual de la casa (Cf. excavaciones de Nazareth). En la casa se viven dos realidades: la convivencia de hermanos y el realizar las palabras, gestos y signos que había hecho Jesús en el contexto de una cena.

En oriente: los cristianos utilizaban la sala del piso superior bajo el techo, que es el recito más tranquilo y discreto de la casa (Cfr. Hch 20, 7-11). **En occidente,** el lugar de reunión puede ser el comedor de la casa romana de un cristiano bien acomodado. La sala de baño o la piscina sirve para los bautismos. En su origen, la palabra "*bautisterio*" significa piscina y "*bautismo*" equivale a *inmersión*.

➤ **A partir del siglo II**, algunos cristianos regalan sus casas, dedicadas ya especialmente al culto. **Desde mediados del siglo III** se construyen verdaderas iglesias. El edificio cristiano más antiguo que se conoce es la casa-iglesia de Dura-Europos en el Eufrates (hacia el 250). Los edificios religiosos cristianos son ya numerosos en tiempo de Dioclesiano que ordenó su demolición, al comienzo de la persecución.

Así, san Pablo hablará de "La Iglesia de la casa" o "La Iglesia en la casa": Rm 16,3-5: '... Saluden a Prisca y

Áquila... y también a la Iglesia de su casa'. 1 Cor 16,19: 'Áquila y Prisca los saludan junto con la Iglesia que se reúne en su casa'. (2 Tim 4,19). 'Pablo...a Filemón... y a la Iglesia que se reúne en tu casa' (Flm 2). *Ekklesia kat'oikon* (la Iglesia de la casa' o 'Iglesia que se reúne en la casa'). 'Saluden a los hermanos Laodicea y Ninfas y a la Iglesia de su casa' (Col 4,15).

Otros niveles de "Iglesia" en la tradición cristiana

- La unión de las iglesias urbanas o de las diversas provincias, es lo que hoy se llamaría la Iglesia Particular o Diócesis.
- La Comunión de las diversas Iglesias Particulares forman la Iglesia Universal.

Pérdida del concepto "Iglesia en la casa"

La convivencia de hermanos va desapareciendo por los abusos en dicha convivencia (cf. 1 Cor 11,17-34).

Entre el año 270, en que el Obispo de Roma adquiere el primer terreno para construir una "iglesia", y el 370, en que Teodosio impone el cristianismo como religión oficial del Imperio, después de que en el 313 Constantino había reconocido el cristianismo como religión (hasta entonces se concebía como una forma de vida), se inicia la masificación de la Iglesia, es decir se convierte en la religión de las masas. Por el año 500 la "reunión de hermanos" o "comunión" ya ha desaparecido: la reunión se ha ritualizado, clericalizado, y se habla una lengua ajena a la del pueblo: se le llama Misa.

En el **primer periodo apostólico** la comunidad no está dividida en territorios geográficamente determinados en jurisdicciones locales. En el **segundo periodo apostólico** las comunidades comenzaron a estructurarse del siguiente modo: empezaron a ser gobernadas (a la manera de las comunidades judaicas) por un grupo de Ancianos, presididos por un superintendente, que tenía el poder de imponer las manos, es decir, de comunicar el orden sagrado.

Antes de finalizar la época apostólica se llegó a la distinción entre obispos, presbíteros, diáconos, y una relativa organización.

➤ **Del siglo III al VI en Oriente (años 200-500)**



DIMENSIÓN PASTORAL

- Las primeras parroquias fueron fundadas en las ciudades, teniendo al frente un obispo.
- A partir del siglo segundo el cristianismo se difundió por el campo.
- Surgieron, de este modo, pequeñas comunidades rurales, presididas por un obispo, ayudado por algunos diáconos y presbíteros, cuando aumentaba el número de fieles.

➤ Del siglo II al VI en Occidente (100-500)

- El Papa Clemente (88-97) dividió Roma en 7 regiones o cuarteles, al frente de los cuales puso diáconos.
- El Papa Evaristo (97-105) estableció “títulos” (que eran las primitivas parroquias de zona) confiándolas a un sacerdote.
- Estos títulos (en los que vivían dos o tres presbíteros, bajo la guía de un prior) surgieron no solamente en Roma, sino en las grandes ciudades, mismas que pueden considerarse como las primeras parroquias de la organización eclesiástica. Constan de una sala de reunión, un bautisterio, un almacén para las ayudas caritativas y una vivienda presbiteral. Así se aseguraba la acción pastoral, a saber, la celebración dominical, la catequesis bautismal, la formación de lectores, la disciplina penitencial, la regulación matrimonial, etc.



- A los lugares domésticos de reunión cristiana sucedieron las basílicas, sobre todo en las grandes ciudades, con pretensiones de triunfo y esplendor, imitando un estilo civil imperial.

➤ Desde el siglo VI al IX (del 500 al 800)

- Los territorios parroquiales eran muy grandes, pues comprendían más de 10 aldeas.
- Se configuró definitivamente en todas partes el sistema parroquial desde el punto de vista financiero, administrativo y cultural.
- Tenían su seminario, los seminaristas provenían ordinariamente del territorio parroquial.

➤ Desde el siglo X al siglo XII (años 800-1100)

Al comienzo de este periodo se llevó a cabo la reforma carolingia:

- Se consolidó la autoridad del obispo; comenzaron las visitas pastorales.
- Se reconoció al obispo el derecho de visitar también las iglesias feudales.
- Se abrieron, junto a los obispados y monasterios, escuelas para la formación del clero, a la que tenía también acceso el pueblo.
- Volvió a florecer la vida común del clero, que se hizo más celoso.
- Se restableció la disciplina eclesiástica: En los territorios se produjo una descentralización: toda iglesia, nacida dentro del territorio de la iglesia madre, se hizo autónoma, y, por lo mismo, centro de culto y de formación religiosa.

➤ Desde el siglo XII al siglo XV (años 1000-1400)

- El Papa Alejandro III (1159-1181) trató de transformar el derecho hegemónico de los señores sobre las Iglesias propias en un simple derecho de patronato.
- No deberían de poseer en adelante los bienes eclesiásticos, sino sólo tendrían el derecho de



DIMENSIÓN PASTORAL

destinarlos.

- No deberían poder nombrar a los presbíteros, sino solamente presentar los posibles candidatos al obispo.
- Una época floreciente se abrió, en cambio, para el ministerio parroquial con los franciscanos y los dominicos, que se consideraron enviados “para ayudar al clero diocesano y para hacer todo lo que dicho clero no podía”. Ellos predicaban por doquier y trataban de ganar al pueblo de Dios con bellas liturgias populares. Sin embargo, tuvieron muchos obstáculos, algunos de los cuales bastantes graves, por parte del clero diocesano que temía perder las limosnas de los fieles.



- Se intentó conservar al menos el “espíritu” de la vida común.

➤ CONCILIO DE TRENTO, Siglo XVI

- El obispo quedó obligado a la residencia; a gobernar personalmente su diócesis.
- A predicar personalmente la Palabra de Dios; a velar para que los párrocos atendieran con celo la predicación; a visitar las parroquias.
- Atender a la formación del clero, por medio de seminarios.
- Respecto a la parroquia establece
 - Que toda parroquia tenga su pastor, que toda parroquia tenga límites bien definidos;
 - Que la parroquia no sea demasiado grande, de suerte que el párroco pueda conocer a sus parroquianos. Que los pastores tomen a pecho no tanto el beneficio cuanto el cuidado de las personas.
 - La organización de la feligresía viene sustituida por la de la vicaría: al vicario foráneo se le confiere la vigilancia administrativa. Las parroquias se hacen más autónomas,

➤ Desde el siglo XVIII al XIX (años 1700-1800)

Época del iluminismo: La cultura se seculariza.

- El pueblo, al menos en parte, se aleja de la doctrina de la Iglesia. Es revancha del Estado sobre la Iglesia.
- Al párroco se le considera como un funcionario público y un educador del pueblo.

➤ Siglo XX (1900)

- Los grandes pontífices del siglo XX dan un fuerte impulso a la parroquia. Sin embargo, la industrialización, el urbanismo, el materialismo, el secularismo, el consumismo... ponen en tela de juicio las estructuras.

➤ LA IGLESIA EN EL VATICANO II, siglo XX

La Iglesia es un misterio de comunión, su naturaleza es ser comunidad; aparece como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Así, ella es la expresión y extensión terrena de la comunidad eterna de Dios (Cfr. Lumen Gentium 4).

MEDELLÍN

Es ante todo un misterio de comunión católica, pues en el seno de su comunidad visible, por el



DIMENSIÓN PASTORAL

llamamiento de la Palabra de Dios, por la gracia de sus sacramentos, *particularmente de la Eucaristía*, todos los hombres pueden participar fraternalmente de la común dignidad de hijos de Dios, y todos también pueden compartir la responsabilidad y el trabajo para realizar la común misión de dar testimonio del Dios que los salvó y los hizo hermanos en Cristo (Medellín 15,6).

PUEBLA

... *"Es centro de coordinación y animación de comunidades de la Eucaristía y demás sacramentos hace presente de modo más claro la globalidad de la Iglesia. Su vínculo con la comunidad diocesana está asegurado por la unión con el Obispo, que confía a su representante [el párroco]"* (Puebla 644).

SANTO DOMINGO

Es una comunidad de comunidades y movimientos, acoge las angustias y esperanzas de los hombres, anima y orienta a la comunión, participación y misión. No es principalmente una estructura, un territorio, un edificio; ella es la familia de Dios, como una fraternidad animada por el espíritu de unidad. La parroquia (...) es una comunidad eucarística, es una comunidad de fe y una comunidad orgánica (Santo Domingo 58).

APARECIDA

Aparecida pidió que la *"decisión misionera debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos y de cualquier institución de la Iglesia"* (DA 365). En respuesta a ese llamado, muchas diócesis y parroquias han elaborado o actualizado sus planes pastorales resaltando, entre otros, los siguientes aspectos: *centralidad de la Palabra de Dios; prioridad del kerigma; catequesis sistemática; evangelización procesual; promoción y formación de agentes; búsqueda y acogida de los más alejados; formación de CEBs y pequeñas comunidades; planeación pastoral; creación de centros de formación; sectorización; evangelización a partir de la religiosidad popular; impulso a la espiritualidad y el testimonio; mayor participación de los laicos en la Iglesia (en consejos y equipos de trabajo, ministerios, etc.) y en la sociedad. Se perciben también cambios de actitudes en los ministros ordenados (mayor*



cercanía entre los presbíteros y corresponsabilidad pastoral ante los desafíos) y un creciente despertar del espíritu misionero, en general.

Noción canónica de Parroquia:

"Es una determinada comunidad de fieles constituida de modo estable en la Iglesia particular, cuya cura pastoral, bajo la autoridad del Obispo diocesano, se encomienda a un párroco, como su pastor propio (El ser de la Parroquia). Corresponde exclusivamente al Obispo diocesano erigir, suprimir o cambiar las parroquias, pero no las erija, suprima o cambie notablemente sin haber oído al consejo presbiteral. La parroquia legítimamente erigida tiene personalidad jurídica de propio derecho (canon 515).

En su dimensión Evangelizadora

Presenta una doble relación de comunicación y comunión pastoral: *a nivel diocesano se integran las parroquias en zonas, vicarías, decanatos; al interior de sí misma se diversifica la pastoral según los diversos sectores y se abre a la creación de comunidades menores.*

Las funciones de la Parroquia

- Ayudar a que cada uno se encuentre con Cristo y



DIMENSIÓN PASTORAL



haga la experiencia de Él.

- Vivir el Reino de Dios en la fraternidad y en la comunión (**Koinonía: Formar Comunidad**), unidos en Cristo Jesús.
- Proclamar y testimoniar el Reino de Dios en el anuncio confesante y liberador del Evangelio (**Martiría: Evangelización y Catequesis**).
- Celebrar el Reino de Dios en los ritos festivos y liberadores de la liturgia (**Liturgia y Religiosidad Popular**).
- Realizar el Reino de Dios en el amor y en el servicio fraterno (**Diakonía: Pastoral Social y Cáritas**).

Continuaremos...



En la línea entre la vida y la muerte



Pbro. Daniel Valdez García

Doctor en Bioética
Párroco del Divino Redentor
Responsable pastoral de Turismo
Diócesis de Toluca

INTRODUCCIÓN

Inicio compartiendo mi experiencia en el hospital cuando estudié la subespecialidad en psiquiatría biológica, eso marcó mi vida en un antes y un después. Allí me adentré en las maravillas del cerebro humano, que es como un laberinto y aún falta mucho por conocer. Tan fácil como que la mente y cerebro son diferentes, a tal grado que a veces la mente miente.

Por otro lado, óbito es el término que designa la muerte de una persona, y cuando ocurre y ésta en un hospital, hay todo un protocolo para trasladar el cadáver a la morgue, espacio que puede estar dentro o fuera del hospital. En la morgue, cuando se conoce la causa del deceso, sólo se hace al cuerpo un examen externo, tanatológico y traumatológico, y el examen interno del cadáver, sólo si fuera preciso. De otro modo, sólo se espera a entregar el cadáver a la funeraria.

Por lo general, dentro de un hospital hay un pasillo que lleva a ese sitio llamado morgue, no es de circulación frecuente y menos en circunstancias de emergencia sanitaria. Siempre se respetan los principios que emanan de los Derechos Humanos en estos casos, como la dignidad, manejo del duelo, identificación y último adiós de la familia. A ese pasillo es al que yo llamo “la línea entre

la vida y la muerte”; pasillo que yo recorrí pocas veces y lo hice para otorgar al cuerpo de la persona fallecida la bendición de Dios, que siempre contribuye al bien de la fe de los familiares; excuso decir que alguna vez me tocó atender a dos personas que no eran católicas, y con la autorización de sus familiares les bendije; en la actualidad sus familiares están agradecidos y nos hicimos amigos.

En esta pandemia, todos nos hemos visto envueltos en un torbellino de sentimientos ante tantos decesos, pero quienes más lo han vivenciado es el personal de salud. Nadie se ha podido sustraer a las fatales noticias de quienes perdieron en la lucha contra este virus, entre ellos el personal de salud en primera línea.

Así que anticipo lo siguiente: si la muerte es una condición de la existencia, aceptarla nos permitirá sumergirnos en nuestra vida de forma más plena.

1. IMPORTANCIA DEL DUELO

El filósofo alemán Martin Heidegger afirmó que “el ser humano (ser en el mundo) no es alguien que muera, sino que en sí mismo es un ser-para-la-muerte”. Con tal concepto quiso transmitir que la muerte, más que una



DIMENSIÓN PASTORAL



situación que encontraremos al final de nuestra vida, es una línea de meta a la que estamos abocados. Lo cual no se refiere meramente a la muerte biológica, sino al fin último.

El mismo Heidegger nos advirtió que el carácter fundamental de nuestra relación con la muerte es la huida, y que es imposible el desarrollo interno en ese estado. Si el individuo está llamado a ser la mejor versión de sí mismo, no podrá responder a este impulso si está ocupado huyendo. La muerte es un hecho natural, una condición de la realidad, que no puede ser ocultada. No será posible una vida auténtica sin afrontar las verdades de la existencia, y la muerte es una de ellas.

Tanto para el desarrollo de los profesionales de la salud como para quienes ejercemos el ministerio sacerdotal no es infrecuente tratar cara a cara con la muerte de las personas; y ese hecho nos aporta la posibilidad de asumirlo e interiorizarlo a nivel personal, en equipo de trabajo y de modo familiar.

Enfatizo también que desde hace décadas el hospital se ha convertido en el lugar donde confluyen los acontecimientos más trascendentales de la vida humana; allí es donde se abren por primera vez los ojos de los recién nacidos y seguramente también allí se apagarán los de la mayoría de las personas, ante la más o menos

atenta mirada de un profesional que conoce poco o nada del paciente; otros con menos suerte se apagan en la más auténtica soledad. No dramatizo ni exagero esto, puesto que en esta pandemia se ha agudizado.

Morir y morir de miedo es el nuevo tabú en todo el mundo. Incluso la orto-tanatología ha contribuido, cuando es posible, a acallar la frialdad y la soledad de la muerte, dejando físicamente los cadáveres como si fueran personas dormidas. Hay cada día más una “domesticación” de la muerte por la manera en que afrontamos la posibilidad de la propia muerte o la ajena. Por un lado, están los adecuados servicios funerarios de previsión y la voluntad anticipada de quienes exprofeso no quieren que se hagan actos heroicos en el intento de preservarles la vida inútilmente; y, por otro lado, está el consentimiento del paciente consciente sobre recursos clínicos invasivos que ponen en peligro su vida o no garantizan el poder preservarla.

La presente pandemia ha acelerado o minimizado la posibilidad de vivir el duelo. Y se llama DUELO porque duele, y cada duelo es diferente. Además, hay duelo por la pérdida de trabajo, la ruptura de la relación con la pareja, la pérdida de alguna parte del cuerpo, del propio patrimonio, o bien por la muerte de un ser querido.

El duelo es ante todo un proceso personal ante las pérdidas. La psiquiatra Elisabeth Kübler-Ross aportó la teoría de las 5 FASES DEL DUELO que tienen lugar de forma sucesiva; no obstante, años después insistió en que el proceso de duelo no es tan lineal y rígido, dichas fases son: NEGACIÓN aparejada al shock, embotamiento emocional o cognitivo; IRA como frustración con enfado e impotencia; NEGOCIACIÓN a manera de un pálido reflejo de esperanza de que cambie la situación con tratamientos alternativos, promesas o cambio de conducta; DEPRESIÓN ante la posibilidad de aceptar la pérdida con sentimientos de tristeza y desesperanza; y la ACEPTACIÓN, que es cuando, sólo pasadas las otras cuatro fases, llega el estado de calma asociado a la comprensión del hecho de la muerte y otras pérdidas.



Esto es importante porque vivir de la mejor manera posible el duelo es ya afrontar el desafío de la muerte física que pasma y paraliza y también prepara para asumir la realidad de aquella persona que se nos adelantó, lo cual no es ausencia, sino cambio de presencia.

2. VIDA TRAS LA MUERTE

Para algunas personas la vida terrena termina con la muerte; sin embargo, para la Iglesia católica la vida no se acaba, como dice el prefacio I de la misa de difuntos: "la vida no se acaba, se transforma".

Para el científico inglés Stephen Hawking "creer en la vida después de la muerte es una ilusión"; pero para él lo importante era ver las estrellas y no a los pies. El inmanentismo es la postura filosófica que afirma que después de esta vida no hay nada. Para el trascendentalismo, otra postura filosófica, siempre hay un fin y el terreno no es el definitivo. Y para el realismo moderado, abanderado por santo Tomás de Aquino, la fe no anula la razón ni éstas se contraponen; además, la ciencia divina no anula la ciencia humana (*Summa* II-II, q. 1, a. 2, ad 2). Por todo ello, la justificación racional de la inmortalidad de la persona humana no es sencilla, pero es entendible. Santo Tomás se sirve de argumentos poderosos a partir de nuestra constitución esencial: corpórea y a la vez espiritual. Por el cuerpo somos caducos y morimos. Pero no por el alma racional o espiritual, porque ésta es capaz de realizar una actividad que trasciende la materia, como pensar y elegir; y porque, además, por no estar compuesta de materia no sufre la corrupción. El hecho de que trascienda la materia se debe a que obra sin ella, por lo tanto, subsiste sin ella y no se corrompe, mientras el cuerpo comienza a corromperse en una vez separado de aquélla. "No hay corrupción allí donde no hay contrariedad; puesto que la generación y la corrupción suponen elementos contrarios, combinados por aquella y disueltos por ésta" (*Suma Teológica*, Ia, q. 75, a. 6).

Las palabras de Jesús: «Yo soy la Resurrección y la Vida, quien crea en Mí vivirá para siempre» (Juan 11, 17-27), están avaladas por la vida y resurrección de Jesucristo, ya que, en efecto, venció el pecado y su secuela la muerte; pero también pueden ser comprendidas de otra manera, ya que el creer en la vida eterna no es irracional, sino todo lo contrario.

El miedo a la muerte no debe eclipsar la mente; por el contrario, debe iluminarla asumiendo con conciencia la existencia de esa inevitable posibilidad de morir que nos espera a cada uno y superar ese dramático trance por el que todos pasaremos algún día. Aceptar esa ineludible realidad nos permite sumergirnos en nuestra vida de manera plena y consciente sin huir ni evadir, pues toda existencia espiritual e intelectual es semilla de esa vida inmortal (*Idem*). Ni la enfermedad ni la muerte tienen la última palabra; ése es el gran misterio que nos envuelve y cobija cuando cruzamos el pasillo entre la vida y la muerte en un hospital, y en la realidad de cada miembro de la humanidad. No son números, sino personas con historia y memoria las que dejan esta vida que aquí no termina.

No morimos, pues, cuando el corazón deja de latir. Nos espera otra vida, que tiene mucho que ver con la actual pero la supera. Fe y razón unidos en un horizonte infinito de la inmortalidad. Esto es el inicio de la ACEPTACION, como fase del duelo, ante el óbito de seres humanos





DIMENSIÓN PASTORAL



sacar de cada uno de nosotros mismos nuestra mejor versión traducida en términos de servicio profesional o ministerial a favor de esta humanidad que vive un duelo no terminado ni superado y está necesitada de nosotros. Gracias, gracias profesionales de la salud y hermanos sacerdotes por ayudar a las personas a bien morir en la medida de nuestras posibilidades; y muchas más gracias por ayudar a bien vivir, pues nuestra misión es salvar el mayor número posible de vidas humanas.

en un hospital o en el hogar, de personas conocidas o no conocidas; son seres humanos cuyos derechos nos facultan a tratarlos con dignidad e incluso a vivir su último adiós con solidaridad y auténtica caridad. Al enfermo, aunque no se le pueda curar, se le puede cuidar y se le puede acompañar en su trance final: eso nos hace más profesionales socialmente comprometidos, y a los sacerdotes más conscientes de nuestro ministerio ante la vida y la muerte. Es más, a cualquiera de quienes acompañamos a alguien a bien morir, la persona moribunda nos enseña a morir con dignidad; como vivimos, morimos. Al respecto dijo Leonardo da Vinci "Así como una jornada bien empleada produce un dulce sueño, así una vida bien usada produce una dulce muerte".

Queridísimos profesionales de la salud, hombres y mujeres de buena voluntad, me permito enunciarles estas palabras del gran literato inglés William Shakespeare: "Los cobardes mueren muchas veces antes de su verdadera muerte, los valientes gustan de la muerte una única vez". También cito a Mahatma Gandhi: "Si la muerte no fuera el preludio a otra vida, la vida presente sería una burla cruel".

Con lo expuesto, pues, quiero insistir en que cada vez que estemos en la línea que está entre la vida y la muerte tendremos la maravillosa posibilidad de vivir nuestra propia vida de manera más plena; procuremos



Hemos perdido a seres queridos en esta pandemia: ¿qué hacer?



P. Antonio Rivero, L.C.

Licenciado en Humanidades Clásicas,
Licenciado en Filosofía,
Doctor en Teología Espiritual

Hicieron una entrevista al padre Nicanor Robles Austriaco –de hecho, le llaman “Fray Austriaco”–, filipino y norteamericano al mismo tiempo. Tiene, pues, las dos nacionalidades, a parte de ser un científico, microbiólogo, profesor. Es un sacerdote de la orden de los Dominicos¹. Aquí están sus respuestas.

¿Cuál fue su primer llamado: al sacerdocio o a investigar? Es raro, ¿por qué ser sacerdote y científico?

Encontré al Señor mientras completaba mi doctorado en Biología en el MIT en los Estados Unidos; así que primero fui científico antes de ser ordenado sacerdote. Es raro, pero no tiene por qué serlo. Como recordó San Juan Pablo II a la Iglesia, la fe y la razón son ambos dones de Dios.

¿Cómo describiría al COVID? ¿Es una maldición? ¿Es el fin de los tiempos? ¿Este virus es apocalíptico?

COVID-19 es una enfermedad respiratoria causada por un nuevo coronavirus que ha alcanzado proporciones pandémicas. El mundo ha experimentado pandemias antes y volverá a experimentarlas. Las pandemias son parte del tejido de la historia. Desde una perspectiva teológica, pueden ser tanto un tiempo de castigo como un tiempo de renovación.

Finalmente, ¿cuál considera que es la mejor vacuna para el alma, ante la depresión, la tristeza, la desesperanza?

¡Una amistad personal e íntima con Jesucristo, el Salvador del mundo!

Hasta aquí parte de la entrevista de este padre dominico.

Ahora me toca desarrollar este tema difícil: la muerte, pues dos golpes seguidos he sufrido en menos de una semana en el mes de enero: el Covid se cobró dos vidas.

Primera muerte: la de un laico amigo mío que conocí en Buenos Aires cuando estuve de vicario parroquial durante 12 años. Falleció el viernes 29 de enero de este año 2021. Hombre comprometido con su fe en un movimiento eclesial. Con una familia maravillosa: esposa y tres hijos. Se llamaba Alfredo Boccardo. Tenía 60 años recién cumplidos en diciembre pasado. Dejó desolada a su familia y a sus amigos. ¿Cómo reaccionaron su esposa e hijos? Sí, les pesa la tristeza por perder a ese ser querido. Y ahora compensan su dolor yendo a Misa TODOS LOS DÍAS y rezando más en familia. Allí sacan la fuerza para no deprimirse y ver la pérdida de Alfredo con mirada de fe.

¹ Cf. qui está toda la entrevista que hicieron a este padre dominico: https://es.aleteia.org/2021/02/04/sacerdote-catolico-desarrolla-vacuna-contr-el-covid-19-para-los-pobres/?utm_campaign=NL_es&utm_source=weekly_newsletter&utm_medium=mail&utm_content=NL_es



Segundo caso: el domingo 31 de enero esta misma pandemia se llevó a un compañero mío sacerdote que estuvo conmigo estos tres últimos años como profesor en el seminario que tenemos los legionarios de Cristo aquí en Monterrey, nuestro noviciado de Santa María de la Montaña. Falleció en Guadalajara. Su nombre es Sergio Arturo Córdova. Este virus cortó su vida a los 59 años. Llevaba varios días con Covid, su salud se complicó y falleció de un paro cardiorrespiratorio. Estaba cuidando a su mamá en Guadalajara desde septiembre, pues estaba enferma también, aunque no de coronavirus. Para mí fue un golpe muy duro, muy duro. Rápido elevé mi mirada al cielo y pregunté a Dios: ¿Por qué, Señor?

¿Quién fue el padre Sergio Arturo Córdova? Este es el currículum del padre Sergio.

El padre Sergio Córdova, Legionario de Cristo, nació el 7 de septiembre de 1961 en Atotonilco el Alto, Jalisco, México. Ingresó en el seminario menor de los legionarios en Madero 12, Tlalpan, en la ciudad de México, el 14 de agosto de 1972, y el 15 de septiembre de 1976 comenzó sus dos años noviciado en Salamanca, España.

Durante su período de pastoral, después de la filosofía, cursada en Roma, en la Universidad Gregoriana, antes de la ordenación, se desempeñó como profesor en

el entonces Centro de Noviciado y Humanidades de Salamanca, España. Además, colaboró en las casas provinciales de la Congregación en España y México.

Emitió la profesión perpetua el 15 de septiembre de 1984. Hizo su teología en la Universidad Pontificia de Santo Tomás de Aquino, el "*Angelicum*", en Roma. Fue ordenado sacerdote por san Juan Pablo II el 3 de enero de 1991 en la Basílica de San Pedro, Ciudad del Vaticano.

En diversos momentos y durante varios años colaboró como auxiliar de la secretaría general de la Congregación en Roma. De 1996 a 1999 ejerció su ministerio en la pastoral de adultos en Medellín y Bogotá, Colombia. De 2001 a 2006 fue profesor en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum en Roma. De 2006 hasta 2010 fue asesor espiritual de peregrinos en el centro Notre Dame de Jerusalén, que llevamos adelante los legionarios por encargo del Vaticano.

Trabajó en la pastoral de adultos de 2010 a 2014 en Roma, Italia, y luego hasta 2016 en Guadalajara, México. Desde 2017 a 2020 se desempeñó como encargado de estudios y profesor en el Centro de Noviciado de Monterrey. Desde inicios del ciclo escolar 2020-2021 vivía con su mamá en Guadalajara, a quien atendía y cuidaba. En uno de sus últimos mensajes enviados a una lista de difusión que tenía pedía, de hecho, oraciones y Misas por la salud de su mamá. El 31 de enero de 2021 regresó a la casa del Padre, después de una lucha contra el coronavirus COVID-19.

El padre Sergio tiene otro hermano legionario, el padre Marco Antonio Córdova.

¿Por qué Dios permitió esto? Esta es la pregunta que me he hecho y que quiero compartir con ustedes, sacerdotes, que también están lidiando con tantos casos de enfermos en sus respectivas diócesis. Incluso algunos de ustedes han perdido familiares y amigos.



Y entonces me fui a la Palabra de Dios para encontrar alguna respuesta.

Me iluminó mucho lo que san Pablo dice en la carta a los Romanos: *“¿Es que no sabéis que cuando fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Por el bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva. Pues si hemos sido incorporados a Él en una muerte como la suya, lo seremos también en una resurrección como la suya; sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con Cristo, para que fuera destruido el cuerpo de pecado, y, de este modo, nosotros dejáramos de servir al pecado; porque quien muere ha quedado libre del pecado. Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre Él. Porque quien ha muerto, ha muerto al pecado de una vez para siempre; y quien vive, vive para Dios...”* (Romanos 6, 3-10).

Comentemos, pues, esta realidad de la muerte. Sólo desde la fe se puede barruntar un poco este misterio.

Vivimos normalmente un determinado número de años, habiendo sufrido, como todo mundo, algunas enfermedades pasajeras. Pero un buen día descubrimos con pena que tenemos cáncer y ese cuerpo tan fiel, tan duradero, tan útil, se nos empieza a desmoronar irremediablemente. Y después de muchos o pocos cuidados, en un plazo más o menos corto, morimos.

O bien, puede suceder que estando perfectamente sanos, caemos fulminados por un paro cardíaco o perecemos víctimas de un accidente fatal.

Al final, de una manera u otra, TODOS MORIREMOS. Nadie, absolutamente nadie, escapará de la muerte. Es la realidad más irrefutable del mundo. Desde que somos concebidos en el vientre de nuestra madre, somos por definición, mortales.

El poeta Horacio (65 a.C - 8 a.C) lo dijo así: *“Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres”*, cuya traducción es: *“La muerte hiere con el mismo pie las tabernas de los pobres y las torres de los reyes”* (Odas I, 4,13).

Y aunque el poeta español Antonio Machado (1875-1939) diga esto: *“La muerte es algo que no debemos temer porque, mientras somos, la muerte no es y cuando la muerte es, nosotros no somos”*, sin embargo, sí la tememos.

Me gusta más esta frase de André Malraux, novelista y político francés (1901-1976): *“La muerte sólo tiene importancia en la medida en que nos hace reflexionar sobre el valor de la vida”*.

También es muy iluminadora esta otra de Mahatma Gandhi (1869-1948): *“Si la muerte no fuera el preludio a otra vida, la vida presente sería una burla cruel”*.

Más realista es esta frase: *“La muerte para los jóvenes es naufragio y para los viejos es llegar a puerto”* (Baltasar Gracián, escritor español, 1601-1658).

Sigamos reflexionando sobre esta realidad que tocará a nuestra puerta tarde o temprano.





La muerte es el trance definitivo de la vida. Ante ella cobra todo su realismo la debilidad e impotencia del hombre. Es un momento sin trampa. Cuando alguien ha muerto, queda el despojo de un difunto: *un cadáver*.

Esta situación provoca en los familiares y la comunidad cristiana un clima muy complejo. El cuerpo del muerto genera preguntas, cuestiones insoportables. Nos enfrenta ante el sentido de la vida y de todo, causa un dolor agudo ante la separación y el aniquilamiento. Todo el que haya contemplado la dramática inmovilidad de un cadáver no necesita definiciones de diccionario para constatar que la muerte es algo terrible.

Ese ser querido, del que tantos recuerdos tenemos, que entrelazó su vida con la nuestra, es ahora un objeto, una cosa que hay que quitar de en medio, porque a la muerte sigue la descomposición. Hay que enterrarlo. Y después del funeral, al retirarnos de la tumba, vamos pensando con Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870): *“¡Qué solos y tristes se quedan los muertos!”*.

Recordemos las Coplas a la muerte de su padre del poeta español Jorge Manrique (1440-1479):

*Recuerde el alma dormida
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando...*

*Nuestras vidas son los ríos
Que van dar a la mar
que es el morir,
allí van los señorios
derechos a se acabar
y consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
y más chicos,
y llegados, son iguales
los que viven por sus
manos
y los ricos.*

¿QUÉ ES LA MUERTE?



La definición dada por un diccionario muy en boga es: *“La cesación definitiva de la vida”*. Y define la vida como *“el resultado del juego de los órganos, que concurre al desarrollo y conservación del sujeto”*.

Habría que reconocer que estas u otras definiciones tanto de la vida como de la muerte no expresan toda la belleza de la primera y todo el horror de la segunda.

La muerte es trágica. El hombre, que es un ser viviente, se topa con la muerte, que es la contradicción de todo lo que un ser humano anhela: proyectos, futuro, esperanzas, ilusiones, perspectivas y magníficas realidades.

ACTITUD INSTINTIVA ANTE LA MUERTE

No es de extrañar, pues, el horror a la muerte. Y no tan solo al misterioso momento de la *“cesación de la vida”*, sino, tal vez más, al proceso doloroso que nos lleve a la muerte.

Tenemos el maravilloso instinto de conservación que nos hace defender y luchar por la vida. Sabemos que la vida es un don formidable, y la humanidad ama la vida, propaga la vida, defiende la vida, prolonga la vida y odia la muerte. En muchos casos luchamos por la vida aunque ésta sea un verdadero infierno.



Si hay personas que en el colmo de la desesperanza recurren al suicidio, lo normal es que no queremos morir y estamos dispuestos a pasar por todos los sufrimientos y a gastar toda nuestra fortuna para curar a un enfermo. Le peleamos a la muerte de un ser querido a costa de lo que sea, de vez en cuando incluso en contra de la voluntad del interesado. ¡La vida es la vida!

Gracias a los progresos de la ciencia y la tecnología podemos ahora recurrir a métodos sensacionales en la lucha contra la muerte.

Ejemplo formidable de ello es el trasplante de órganos, incluido el corazón. Por desgracia en algunas ocasiones esa lucha no es en realidad prolongación de la vida, sino de una dolorosa agonía sin sentido. Nos sentimos obligados a sacar del cuerpo del enfermo agonizante hasta el último latido de un corazón que por sí solo se detendría, totalmente agotado.

Triste espectáculo el ver a nuestro ser querido lleno de tubos por todos lados y rodeado de sofisticados aparatos en una sala de terapia intensiva. No nos resignamos a dejarlo morir.

¿SABEMOS ALGO DEL MÁS ALLÁ?

Desde que el hombre es hombre, ha tenido la intuición de que la vida, de alguna manera, no termina con la muerte. Los más antiguos testimonios arqueológicos de la humanidad son precisamente las tumbas, en las cuales podemos descubrir la idea que las diferentes culturas tenían del más allá.

Del mismo modo, el hombre siempre ha intentado de mil maneras entrar en contacto con los difuntos. Diversas clases de espiritismos, apariciones, fantasmas, ánimas en pena, han sido un vano y supersticioso intento de trasponer los dinteles de la muerte y saber algo del más allá.

¡Cuántas teorías ha inventado el hombre! ¡Cuántos experimentos ha hecho! Proliferan libros, novelas y revistas desde las más inocentes hasta las más terroríficas, pasando por la ciencia-ficción que, aparentando solidez

científica, no hace sino descubrir su falsedad.

La realidad es que nuestros esfuerzos por investigar lo que sucede después de la muerte son por demás frustrantes. Podemos decir que todo queda en especulaciones, algunas totalmente equivocadas o fraudulentas, que no explican nada ni consuelan a nadie. No sabemos prácticamente nada.

UNA LUZ EN LAS TINIEBLAS

Sin embargo, nuestro Creador, profundo conocedor de nuestra naturaleza humana, no podía habernos dejado en completas tinieblas acerca de un asunto tan inquietante e importante como es la muerte y lo que sucede en el más allá.

En su inmenso amor por la humanidad nos envió a Su Hijo Unigénito, su Segunda Persona Divina, como Luz del Mundo.

En Jesucristo Nuestro Señor todas las tinieblas quedan disipadas. Su infinita sabiduría nos ilumina hasta donde Él quiso que viéramos: *"Yo soy la Luz del Mundo. Quien me sigue no andará en tinieblas"* (Juan 8, 12).

SOMOS INMORTALES

Toda la Sagrada Escritura nos enseña, pero especialmente el Nuevo Testamento nos descubre el sentido de la





vida y de la muerte y nos hace atisbar lo que Dios tiene preparado para nosotros en la eternidad.

Lo primero que debería asombrarnos es que Dios, el Eterno por antonomasia, haya querido compartir nuestra naturaleza humana hasta el grado de sufrir Él también la muerte. Por eso mandó a su Hijo eterno que se hizo hombre.

Jesucristo no vino a suprimir la muerte sino a morir por nosotros. *“Se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz”* (Filipenses 2, 8). El misterio de la Cruz nos enseña hasta qué punto el pecado es enemigo de la humanidad, ya que se ensañó hasta en la humanidad santísima del Verbo Encarnado.

En su vida pública, el Señor Jesús se refirió de muchas maneras al momento de la muerte y su tremenda importancia.

En aquella ocasión en que los Saduceos, que ni creían en la otra vida, le preguntaron maliciosamente de quién sería una mujer que había tenido siete maridos cuando ésta muriera; Jesús les contestó: *«En este mundo los hombres y las mujeres se casan, Pero los que sean juzgados dignos de entrar al otro mundo y de resucitar de entre los muertos, ya no se casarán. Sepan además que no pueden morir, porque son semejantes a los ángeles. Y son hijos de Dios, pues El los ha resucitado»* (Lucas 20, 34-36).

Cuando murió su amigo Lázaro, ante la profesión de fe de Marta, el Señor dijo: *«Yo soy la Resurrección. El que cree en Mí, aunque muera vivirá. El que vive por la fe en*

Mí, no morirá para siempre» (Juan 11, 25).

Hay que tener en cuenta que cuando Jesucristo habla de la vida, en ocasiones se refiere explícitamente a la vida del cuerpo, que promete será restituida con la resurrección de la carne: *“No se asombren de esto: llega la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán mi voz. Los que hicieron el bien, resucitarán para la vida; pero los que obraron el mal, resucitarán para la condenación”* (Juan 5,29).

En otras ocasiones, en cambio, se está refiriendo a la vida de la gracia o sea a la participación de su propia Vida Divina que nos comunica por amor.

Ejemplo de esto es el sublime discurso del “Pan de Vida” que San Juan nos transcribe en su capítulo sexto: *«yo soy el Pan vivo bajado del Cielo; el que coma de este Pan, vivirá para siempre»* (Juan 6, 51). Y más adelante, en el versículo 54 nos hace esta maravillosa promesa: *“El que come mi carne y bebe mi sangre, vive de la vida eterna y yo lo resucitaré en el último día”*.

MUERTE Y RESURRECCIÓN

Así, el cristiano sabe que la muerte no solamente no es el fin, sino que por el contrario es el principio de la verdadera vida, la vida eterna.

En cierta manera, desde que por los sacramentos gozamos de la vida divina en esta tierra, estamos viviendo ya la vida eterna. Nuestro cuerpo tendrá que rendir su tributo a la madre tierra, de la cual salimos, por causa del pecado, pero la vida divina de la que ya gozamos, es, por definición, eterna como eterno es Dios.

Llevamos en nuestro cuerpo la sentencia de muerte debida al pecado, pero nuestra alma ya está en la eternidad y al final, hasta este cuerpo de pecado resucitará para la eternidad. San Pablo (Romanos 8, 11) lo expresa magníficamente: *“Mas ustedes no son de la carne, sino del Espíritu, pues el Espíritu de Dios habita en ustedes. El que no tuviera el Espíritu de Cristo, no sería de Cristo. En cambio, si Cristo está en ustedes, aunque el cuerpo vaya a la muerte a consecuencia del pecado, el*



espíritu vive por estar en gracia de Dios. Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos está en ustedes, el que resucitó a Jesús de entre los muertos dará también vida a sus cuerpos mortales; lo hará por medio de su Espíritu, que ya habita en ustedes”.

El cristiano iluminado por la fe, ve pues la muerte con ojos muy distintos de los del mundo. Si sabemos lo que nos espera una vez transpuesto el umbral de la muerte, puede ésta llegar a hacerse deseable. O al menos puede ser aceptada con serenidad y calma. La muerte es la puerta que nos abre a la sala de la eternidad, para gozar eternamente de Dios y de sus amigos.

El mismo San Pablo, enamorado del Señor, se queja “del cuerpo de pecado” pidiendo ser liberado ya de él: “*Para mí la vida es Cristo y la muerte ganancia*” (Filipense 1, 21); “*Cuando se manifieste el que es nuestra vida, Cristo, ustedes también estarán en gloria y vendrán a la luz con El*” (Colosenses 3, 4).

EL CIELO

Por desgracia somos tan carnales, tan terrenales, que nos aferramos a esta vida. Después de todo, es lo único que conocemos, lo único que hemos experimentado.

A partir del uso de la razón, aprendemos a discernir entre las cosas buenas de la vida y las malas, entre lo bello y lo feo, entre lo placentero y lo desagradable. Y trabajamos arduamente para obtener de la vida lo mejor para nosotros. Todos los afanes del hombre están motivados para acomodarnos en la tierra lo mejor que podamos.

No podernos negar que la vida puede ofrecernos cosas preciosas. Gozar de la belleza del mundo prodigioso, abrir los sentidos al cosmos entero, la inteligencia a los secretos que la materia encierra, aprender a amar y ser amados, crear obras de arte, terminar bien un trabajo, ver el fruto de nuestros afanes, tener lo que llamamos “satisfactores”, porque precisamente satisfacen nuestros gustos, conocer otras culturas, leer un buen libro, etc...

No es fácil relativizar todo ello o restarle importancia.

Nuestros parientes y amigos, nuestras posesiones, nuestros proyectos, son todo lo que tenemos y por lo que hemos trabajado toda la vida. Nos hemos gastado en ello, invirtiendo todas nuestras fuerzas.

Y por ello, ni pensamos en la otra vida. Ni en el cielo ni el infierno. Ni el cielo nos atrae, ni el infierno nos asusta. Vivimos inmersos en el tiempo, como si fuéramos inmortales. Hablar de cielo o de infierno hasta puede parecer ridículo. ¡Y sin embargo es, una cosa u otra, nuestro destino ineludible!

Podemos decir que todos los goces o todas las penas de esta vida temporal, no tienen tanta importancia, no son para tanto. San Pablo, que fue arrebatado en éxtasis para tener un atisbo de los que nos espera, no puede describir con palabras humanas su experiencia: “*Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman*” (1 Corintios 2, 9). Y en 2 Corintios 12, 4, nos confía que arrebatado al paraíso, donde oyó palabras que no se pueden decir; son cosas que el hombre no sabría expresar.

Ante lo efímero de los goces o sufrimientos de esta vida, el mismo Apóstol nos recomienda en la carta a los Colosenses 3, 1-4: “*Busquen las cosas de arriba, donde se encuentra Cristo; piensen en las cosas de arriba, no en las de la tierra*”.

EI CAMINO Y LA META





Esta manera de pensar puede ser comparada con un viaje: por encantador que sea el paisaje del camino eso no es lo importante, sino el llegar al lugar de destino. Sería una torpeza desear que el camino nunca terminara y olvidar que al fin de éste, nos esperan, por ejemplo, unas vacaciones deliciosas a la orilla del mar.

Podría existir la posibilidad de que cambiáramos de opinión y decidiéramos detenernos en un lugar más hermoso que el mismo fin planeado anteriormente. Pero en la vida esto no puede suceder: vamos a la muerte indefectiblemente; no podemos detener el tiempo, no podemos “cambiar los planes”. Y si avanzamos fatalmente al fin del viaje, es de sabios fijar nuestra vista en lo que nos puede esperar.

Podría alguien decir que pensar “en las cosas de arriba” como nos aconseja el apóstol, va en detrimento del progreso de la humanidad y del desarrollo de todas las posibilidades del ser humano. Por eso dijo Marx que la religión era el opio de los pueblos. Y no le faltaba razón al estudiar ciertas religiones, sobre todo orientales, en las que parece que todo el esfuerzo humano radica en fugarse de la realidad cotidiana.

El cristianismo no cae en esa posición. La historia lo demuestra ampliamente al comprobar cómo ha sido precisamente en los países cristianos, en donde se han dado los más grandes pasos en el bienestar del ser humano.

El peligro no radica tanto en “fugarse” sino, por el contrario, en aferrarse a lo temporal, perdiendo de vista lo eterno. El auténtico seguidor de Jesucristo, al mismo tiempo que trabaja por hacer este mundo más habitable, no pierde de vista, sin embargo, que esto no es sino el camino a la felicidad eterna y sin límites que Dios nos promete.

Vivimos con los pies bien asentados en la tierra, pero con el anhelo de obtener, al fin de nuestros días, la corona de gloria eterna.

ENVEJECER ES MARAVILLOSO



El instinto de conservación y la falta de fe nos hacen tener horror al envejecimiento irremediable. Hemos hecho de la juventud un mito. “Juventud, divino tesoro”, dijo el poeta nicaragüense Rubén Darío (1867-1916); perder la juventud lo consideramos un drama.

Da pena ver a personas maduras y post-maduras intentar defenderse de la calvicie, de las canas, de las arrugas... No logran, por supuesto, engañar a nadie, y menos detener el tiempo.

Todas las operaciones de cirugía plástica que sufren, ni preservan la belleza juvenil, ni restan un sólo día a su avanzada edad. Todos esos intentos vanos por beber en la fuente de la eterna juventud, no hacen sino evidenciar que hemos perdido el sentido de la vida y de la muerte.

La edad no solamente nos hace poner en su justa medida las cosas temporales (cosa que los jóvenes no han aprendido todavía), sino que, además, nos acercan más y más a Dios, nuestro último fin. Los ancianos llevan ventaja a los muchachos. Ya van llegando a su realización plena, van llegando a la meta.

El gran San Pablo nos escribe: *“Por eso no nos desanimamos. Al contrario, mientras nuestro exterior se va destruyendo, nuestro hombre interior se va renovando día a día. La prueba ligera y que pronto pasa, nos prepara para la eternidad una riqueza de gloria tan grande que no se puede comparar. Nosotros, pues, no nos fijamos en lo que se ve, sino en lo invisible, ya que las cosas visibles duran un momento y las invisibles son*



para siempre" (2 Corintios 4, 16-18).

Y no es que nos resignemos mansamente a lo inevitable; es, por el contrario, la conciencia jubilosa de que estamos siendo llamados por Dios.

Las canas y arrugas son los signos de este gozoso llamado. Y las enfermedades y achaques nos dicen lo mismo: la meta está ya cerca. Pronto verás a Dios.

El gran San Ignacio de Antioquía (muere en 108), anciano y camino al martirio, avanza gozoso al encuentro con Dios y escribe a los romanos: *"Mi amor está crucificado y ya no queda en mí el fuego de los deseos terrenos; únicamente siento en mi interior la voz de una agua viva que me habla y me dice: Ven al Padre. No encuentro ya deleite en el alimento material ni en los placeres de este mundo"*.

¡Qué maravilla llegar a comprender que la muerte es el inicio de la verdadera vida y que todo esto no ha sido sino un ensayo, un camino, una invitación!

LA LITURGIA DE LOS DIFUNTOS

La reforma litúrgica, implementada a raíz del Concilio Vaticano II, ha puesto empeño en hacer resaltar los aspectos positivos del trance de la muerte. Lo primero que nos llama la atención es el abandono de los ornamentos color negro en las Misas de Difuntos, por



ser el negro signo de duelo sin asomo de consuelo ni esperanza.

Sin ignorar el aspecto trágico de la muerte, lo que sería una falacia, el Ritual de Sacramentos, en la introducción a las Exequias, acentúa la esperanza del creyente. Sí, a pesar de todo, la comunidad celebra la muerte con esperanza. El creyente, contra toda evidencia, muere confiado: *«En tus manos encomiendo mi espíritu»* (Lucas 23, 26).

En medio del enigma y la realidad tremenda de la muerte, se celebra la fe en el Dios que salva.

En el corazón de la muerte, la iglesia proclama su esperanza en la resurrección. Mientras toda imaginación fracasa ante la muerte, la Iglesia afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz. La muerte corporal será vencida.

En la celebración de la muerte, la Iglesia festeja "el misterio pascual" con el que el difunto ha vivido identificado, afirmando así la esperanza de la vida recibida en el bautismo, de la comunión plena con Dios y con los hombres honrados y justos, y, en consecuencia, la posesión de la bienaventuranza.

En un equilibrio notable entre las realidades temporales como son el pecado y la muerte, en la Oración Colecta de la Misa de Difuntos, se asegura la acción salvadora de Jesucristo: *"Dios, Padre Todopoderoso, apoyados en nuestra fe, que proclama la muerte y resurrección de tu Hijo, te pedimos que concedas a nuestro hermano N. que así como ha participado ya de la muerte de Cristo, llegue también a participar de la alegría de su gloriosa resurrección"*.

Al mismo tiempo que se ora por el difunto, pidiendo al Señor se digne perdonar sus culpas; hay un grito de esperanza en la misericordia infinita del Salvador.

En la oración sobre las Ofrendas, queda expresado perfectamente este sentimiento: *"Te ofrecemos, Señor, este sacrificio de reconciliación por nuestro hermano N. para que pueda encontrar como juez misericordioso a tu hijo Jesucristo, a quien por medio de la fe reconoció siempre como su Salvador"*.



"La muerte es, por tanto, un momento santo: el del amor perfecto, el de la entrega total, en el cual, con Cristo y en Cristo, podemos plenamente realizar la inocencia bautismal y volver a encontrar, más allá de los siglos, la vida del Paraíso" (Romano Guardini, 1885-1968).

La mejor y más completa respuesta al problema de la muerte la encontramos en los escritos de San Pablo. Recordemos la magnífica frase: *«Al fin de los tiempos, la muerte quedará destruida para siempre, absorbida en la victoria»* (1 Corintios 15, 26).

Con el realismo que caracteriza a la Iglesia Católica, toda la liturgia de difuntos ofrece a Dios sufragios por los muertos, sabiendo que todos, en mayor o menor grado, hemos ofendido a Dios, pero con la plena confianza en la infinita misericordia divina, que garantiza al final el goce de la bienaventuranza. Por ello el libro del Apocalipsis nos enseña: *«Bienaventurados los que mueren en el Señor»* (Apocalipsis 21, 4).

Repetimos una y otra vez al orar por nuestros seres queridos: *"Dale Señor el descanso eterno y brille para él la Luz Perpetua"*. Descanso de las luchas y fatigas de esta vida; luz para siempre, sin sombras de muerte, sin tinieblas de angustias, dudas o ignorancias. La luz total de contemplar la gloria de Dios en todo su esplendor, en la consumación del amor perfecto y eterno.

"La muerte es la compañera del amor, la que abre la puerta y nos permite llegar a Aquel que amamos" (San Agustín).

La Vida se nos ha dado para buscar a Dios, la muerte



para encontrarlo, la eternidad para poseerlo.

¿POR QUÉ EXISTE LA MUERTE? ¿POR QUÉ TENEMOS QUE MORIR?

La respuesta nos la da la Biblia:

"Así pues, por medio de un solo hombre entró el pecado en el mundo, y con el pecado la muerte, y la muerte pasó a todos porque todos pecaron" (Romanos 5, 12); "El pago que da el pecado es la muerte; pero el don que da Dios es vida eterna en unión con Cristo Jesús, nuestro Señor" (Romanos 6, 23).

La muerte existe en el mundo como consecuencia del pecado. Como nosotros también somos pecadores, un día moriremos. Desde la fe vemos que, en la muerte unidos a Cristo, también resucitaremos con Él.

¿CÓMO AFRONTAMOS LOS CATÓLICOS LA MUERTE?

Con serenidad, con confianza. Para nosotros la muerte no es "nada del otro mundo". Nos fijamos en Jesús cuando vio que su muerte se aproximaba y tratamos de tener sus mismas actitudes y su confianza en el Padre Dios: *"Adelantándose unos pasos, se inclinó hasta el suelo, y oró diciendo: Padre mío, si es posible, líbrame de esta copa de amargura; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú" (Mateo 26, 39).*

Hay que aprender a aceptar la muerte como algo que forma parte de la vida. Esto se logra poco a poco, fiándonos de Dios, poniendo en Él nuestra confianza. Los cristianos sabemos que con la muerte no acaba todo. Sabemos que el amor es más fuerte que la muerte.

Cuando muere una persona que queremos, nuestro amor hacia ella permanece intacto y, aunque pasen los años, el amor no muere nunca. Si hemos amado a Jesús con



toda nuestra vida y con todo nuestro corazón, podemos decir con el apóstol san Pablo: *"Porque para mí la vida es Cristo, y la muerte ganancia. Pero si viviendo en este cuerpo puedo seguir trabajando para bien de la causa del Señor, entonces no sé qué escoger. Me es difícil decidirme por una de las dos cosas: por un lado, quisiera morir para ir a estar con Cristo, pues eso sería mucho mejor para mí; pero, por otro lado, es más necesario por causa de ustedes que siga viviendo"* (Filipenses 1, 21-24).

No podía terminar mi artículo sin citar a santa Teresa de Jesús (1515-1582) en su famosa coplilla:

*"Vivo sin vivir en mí,
que tan alta vida espero
que muero porque no muero..."*

*¡Ay, qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
esta cárcel, estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero..."*

ORACIÓN FINAL

Dios mío, pasa tu mano poderosa y sanadora y trae la curación total a los enfermos contagiados del covid-19. Protege al personal médico que cuida de ellos. Derrama tu paz y consuelo en el alma de los familiares que han perdido a un ser querido por este virus. Que los que han partido, estén ya contemplando tu rostro. Que tu Providencia Divina esté presente en todos los hogares del mundo para que nunca falte lo necesario. Amén.





Unidos por el bien común

**Conferencia del Episcopado Mexicano**

Mensaje de los obispos con motivo de diversos proyectos de reforma constitucional y legal en México

Ciudad de México, a 11 de marzo del 2021.
Prot. N°22/21

Vivimos una época convulsa en la historia de la humanidad y del país. La Iglesia, que peregrina atendiendo las necesidades de pobres, enfermos y los más vulnerables, palpa la realidad de millones de personas que están experimentando dolor y confusión en el contexto presente.

Caminamos junto con el pueblo de Dios enfrentando una situación crítica: la enfermedad y muerte a causa de la pandemia por COVID 19 y el escaso índice de vacunación; la crisis económica que ha detonado desempleo, mayor pobreza y marginación social; el flagelo del crimen organizado que diariamente cobra vidas y dinamita el crecimiento de las regiones; así como el rezago educativo que enfrentan las niñas, niños y jóvenes.

Este panorama con múltiples frentes, nos obliga a unirnos como País para caminar juntos en la construcción del bien común, así como priorizar los esfuerzos y concentrarnos en lo esencial.

Por esta razón, los Obispos mexicanos deseamos enviar un mensaje a toda la sociedad, a las instancias de los tres poderes de la Unión, a las instituciones políticas, empresariales, educativas, religiosas y sociales que dan vida a nuestro país, a todos los actores que desde distintas trincheras están preocupados por el presente y el futuro de México.

Hemos conocido, en las últimas semanas, diversas iniciativas legislativas que parecen no atender, ni entender, la gravedad de la situación. Impulsando agendas ideológicas que deberían exigir una discusión social pausada y responsable, así como una fundamentación mucho más sólida, basada en la inalienable dignidad de toda persona; por el contrario, han ido recibiendo aprobación en el proceso legislativo en el Congreso, sin tener un consenso social amplio y un cimiento técnico riguroso.

Con gran preocupación advertimos que, en una situación como la presente, se pretendan introducir modificaciones en la Constitución y en leyes secundarias, que abran las puertas a



la ampliación de la práctica del aborto, a la restricción del derecho a la libertad de religión, de conciencia y de expresión, a limitar peligrosamente el ejercicio de la patria potestad, a intervenciones biotecnológicas en el ámbito reproductivo, al consumo lúdico de la marihuana, entre otros asuntos más.

Exhortamos de la manera más firme y atenta a todos los actores sociales y políticos a que reconsideren sus prioridades. A nadie conviene tener en estos momentos a un México dividido y fracturado por temas que exigen un debate social ordenado, paciente, respetuoso y bien fundamentado. En momentos como los actuales es preciso, trabajar por la fraternidad, la amistad social y la unidad nacional. Recordando que nadie se salva solo, que únicamente es posible salvarse juntos (FT 32).

Invitamos a todos los hombres y mujeres de nuestra Nación a mirar que hay causas más grandes que nuestras diferencias por las que vale la pena luchar en éste y en los próximos años. No saldremos adelante fracturando a nuestras familias y comunidades sino tendiendo puentes solidarios y fraternos de reconciliación. El tejido social no se reconstruye alimentando espirales de tensión y de presión, sino con compromiso firme a favor de lo esencial, de las verdaderas prioridades de una Nación que se desangra.

Rogamos a Santa María de Guadalupe para que, dejando orgullos, egoísmos y vanidades, trabajemos como hermanos mirando siempre las causas más altas que pueden rescatarnos en esta ardua coyuntura tan necesitada de esperanza y generosidad auténtica.

A nombre de los obispos de México.

† **Rogelio Cabrera López**
Arzobispo de Monterrey
Presidente de la CEM

† **Alfonso G. Miranda Guardiola**
Obispo Auxiliar de Monterrey
Secretario General de la CEM



Un católico escribe a sus hijos



P. Fernando Pascual, L.C.

Doctor en Filosofía

Licenciado en Teología

Takashi Nagai (1903-1951) fue médico japonés que se convirtió al catolicismo. Se bautizó con el nombre de Pablo. Antes de morir, quiso dejar a sus hijos un libro que puede ser considerado como un testamento de su fe.

Cuando lo redactó, Nagai sufría las consecuencias del cáncer que contrajo tras largos años de servicio a los enfermos a través de los rayos X. Además, había perdido a su esposa Midori en la terrible explosión de la bomba atómica en Nagasaki, el 9 de agosto de 1945.

"Muy pronto os quedaréis huérfanos y, queráis o no, tendréis que tomar un camino empinado, duro y solitario. Vuestra fe cristiana no es ninguna medicina que anestesie el dolor", escribía su padre a Nakoto, el hijo mayor (14 años), y a Kayano, la hija menor (6 años).

El camino puede parecer difícil, pero Nagai sabe que Dios lo escoge para cada uno. ¿Cómo aceptarlo? Como algo venido de Dios. A ese Dios, en ocasiones, hay que preguntarle: ¿cómo darte gloria en esto que me pides?

"Esto no es psicología barata ni un método inteligente para sacudir la tristeza. No: es la respuesta verdadera al misterio de la vida. Y, cuando seáis felices, aceptadlo también como su Providencia y en la oración pedidle que custodie esa felicidad para su gloria".

Una situación difícil y dolorosa no debe hacernos pensar

que Dios se ha alejado. Él está siempre cerca de nosotros. Es algo que se palpa en ejemplos de santos como Teresa de Lisieux o Bernardette, como recuerda Nagai. Y añade:

"Nosotros no creemos en un Dios de pequeñas hazañas que permite que sus elegidos ganen la lotería e ignora caprichosamente a los demás: Él es demasiado grande para obrar así. Sin embargo, sí responde siempre a nuestras oraciones".

Hay personas enfermas que rezan y empiezan a mejorar. No siempre se trata de un milagro, explica Nagai a sus hijos, sino la "consecuencia natural de una vida en gracia y en paz". Pero no importa curarse o no curarse: "La única vida que importa es la que se vive para Él un día detrás de otro, apoyado en la oración".





Dios no pide grandes hazañas. Todos pueden vivir a fondo su fe, aunque sus existencias no parezcan “útiles”. “Pero es que no es la utilidad lo que importa. Nuestras vidas adquieren su valor si aceptamos de buen grado la situación en la que nos ha colocado la Providencia y si seguimos viviendo en el amor”.

Existe el riesgo de protestar contra Dios, de pensar que existen injusticias en la Providencia divina. Ante situaciones difíciles, Pablo Nagai no tiene una respuesta completa, pero sí una seguridad: “Os puedo asegurar que, si nos aceptamos como somos, indudablemente llegará el día en que podamos ver cumplidos los planes de Dios a través precisamente de nuestra debilidad”.

Cada uno tiene su propia misión, y puede, desde lo que es, amar y servir a Dios. De este modo, alcanzará la felicidad aquí en la tierra y la vida eterna tras la muerte.

“Hijos míos, vosotros no sois ningunos genios y el futuro que os espera es duro: es cierto. Pero, si tomáis la importante decisión de vivir en el amor y con humildad, vuestras vidas darán fruto y seréis felices”.

Al final, tras la muerte, solo importa una cosa: preguntarnos sobre lo que ha sido nuestra vida. “A todos se nos juzgará con la misma medida: ¿hemos hecho buen

uso de nuestros talentos?, ¿los hemos empleado para gloria suya? Tanto los que han recibido mucho como los que han recibido poco tendrán que responder si eligen ignorar sus talentos. Por el contrario, si os esforzáis en hacer rendir lo mejor posible los que tenéis, no os costará más o menos si sois ministros o carpinteros, capitanes de barco o grumetes”.

Los consejos de Nagai reflejan fe y cariño. Están firmados con una vida de dolores y de cruz, afrontados siempre con esperanza. Sus hijos recibieron un gran tesoro de su padre.

Ese tesoro también llega hasta nosotros, como una invitación a la esperanza en medio de cualquier situación que permita la Providencia. Dios estará siempre a nuestro lado, como lo estuvo con Takashi Nagai y con su esposa, y con tantos hombres y mujeres que, en el pasado y en el presente, aceptan a Cristo en sus vidas y reconocen que todo lo que dispone el Padre es para nuestro bien.